

CAPÍTULO V
EL DON DE SABIDURIA
(Resumen)

EL DON DE SABIDURIA

- I. La sabiduría cristiana**
Las tres sabidurías
- II. Esencia intelectual del don de sabiduría**
Una sabiduría intelectual.
- III. Función primordial y especificadora del amor**
Una sabiduría de amor.
- IV. Dos formas del don de sabiduría**
Una sabiduría contemplativa y una sabiduría de acción.
- V. Su modo divino**
Una sabiduría deiforme.
- VI. Estudio comparado**
 1. El don de sabiduría y la virtud de la fe.
 2. La función arquitectónica del don de sabiduría.
 3. El don de sabiduría y de la experiencia mística:
Un problema-encrucijada.
Las verdaderas perspectivas del problema.
El mejor método.
Dos aspectos fundamentales de la experiencia mística:
 - A. La acción primordial de Dios.
 - B. Las reacciones del alma.
- VII. Sabiduría y locura.**
*El Espíritu de sabiduría nos comunica
la mirada de la Trinidad.*

Si se quisiera reunir todos los textos que se refieren a esta sabiduría divina participada por el hombre, sería necesario citar en testimonio la Biblia entera. En las

LOS DONES DEL ESPÍRITU SANTO

CAPÍTULO QUINTO

EL DON DE SABIDURÍA

Con el don de sabiduría llegamos a la cima más alta del pensamiento cristiano y de la vida espiritual.

I

LA SABIDURÍA CRISTIANA

Todas las formas de civilización y de cultura poseen su tipo de sabiduría: sabiduría hindú o china, sabiduría griega o romana, sabiduría de Israel y sabiduría cristiana, sabiduría de los grandes pueblos modernos. La amplitud de su mirada varía según los períodos históricos, las tendencias afectivas o el genio nacional, con una característica dominante, iluminadora de todos los horizontes. Cada forma de sabiduría constituye una visión del universo.

La sabiduría cristiana es deiforme. A través de miles de páginas de la Biblia brilla el primado de Dios. Todo se aclara en el Libro sagrado a la luz de la claridad de lo alto. La Biblia es el Libro de la luz de Dios. El Espíritu de Dios lo anima en ella todo: Espíritu de verdad, de inteligencia, de ciencia, de sabiduría y de consejo, Espíritu de fortaleza y de santidad, Espíritu de piedad y de temor de Dios, Espíritu de amor. Ningún otro tipo de sabiduría hace resplandecer con tantos fulgores el sentido de Dios.

Si se quisiera reunir todos los textos que se refieren a esta sabiduría divina participada por el hombre, sería necesario citar en testimonio la Biblia entera. En las

Sagradas Escrituras la palabra "DIOS" es la más a menudo repetida. Se la encuentra a cada instante, y en ciertos libros, como los Salmos, casi en cada línea. Anima todas las páginas del Libro sagrado: indicio éste revelador del lugar único, trascendental, que ocupa el misterio de Dios en el pensamiento de los escritores inspirados. No existe ninguna visión de sabiduría más alta entre los hombres.

Desde la primera frase de la Biblia aparece este soberano dominio de Dios. "Al principio, Dios creó el cielo y la tierra." (*Gen*, 1, 1.) Y en la exposición de la obra de los seis días prosigue, escandida por la misma fórmula estereotipada, la evocación poderosa de la Sabiduría creadora:

Dijo Dios: "Haya luz", y hubo luz (1, 3).

Dijo luego Dios: "Haya en el firmamento de los cielos lumbreras para separar el día de la noche" (1, 14).

Díjose, entonces, Dios: "Hagamos al hombre a nuestra imagen y a nuestra semejanza" (1, 26).

De este modo, todo se refiere a la intervención personal de Dios. Esta primera página de la Biblia es típica de la sabiduría revelada. El mismo tono se mantendrá hasta el Apocalipsis, manifestando el lugar excepcional de Dios en la creación y en el gobierno del mundo. Dios es el Personaje principal de la Biblia. El régimen del Antiguo Testamento se confirmará como una teocracia. Los anales del pueblo de Israel serán un recital de los hechos y gestas de Dios. En cada página de nuestros Libros santos, Dios transparece en filigrana. A través de los acontecimientos históricos, Dios está siempre presente. ¿Es sorprendente que los Profetas se aventuren a proclamar su poder y a exaltar la santidad de su Nombre? No son ellos solamente. Todos los escritos del Antiguo y del Nuevo Testamento atestiguan esta primacía de Dios, en particular los bellísimos trozos literarios contenidos en los diversos Cánticos. Así, en el Cántico de Moisés:

"Cantaré a Yavé, que se ha mostrado sobremano
[glorioso,
Yavé es mi fortaleza y el objeto de mi canto;

Él fue mi salvador.
 Él es mi Dios, yo le alabaré.
 Es el Dios de mi padre, yo le exaltaré.”¹

El mismo tema, con una orquestación todavía mayor, en el *Cántico de Moisés* del Deuteronomio:

“Ved pues, que soy Yo, Yo sólo,
 Y que no hay Dios alguno más que Yo.
 Yo doy la vida, Yo doy la muerte.
 Yo hiero y Yo sano.
 No hay nadie que se libre de mi mano.”²

¡Cuántos otros textos bíblicos se podrían citar, reflejando las mismas consideraciones de alta sabiduría! Pero nada iguala el poder de la ironía y la magnificencia del discurso de Dios en Job:

“¿Dónde estabas al fundar Yo la tierra?
 ¡Dímelo, si tanto sabes!
 ¿Quién determinó, si lo sabes, sus dimensiones?
 ¿Quién tendió sobre ella la regla?
 ¿Sobre qué descansan sus cimientos
 o quién asentó su piedra angular
 entre las aclamaciones de los astros matutinos
 y los aplausos de todos los hijos de Dios?
 ¿Quién cerró con puertas el mar,
 cuando impetuoso salía del seno,
 dándole Yo las nubes por mantillas
 y los densos nublados por pañales,
 dándole Yo la ley
 y poniéndole puertas y cerrojos,
 diciéndole: De aquí no pasarás
 ahí se romperá la soberbia de tus olas?”³

La misma transparencia del brillo y del poder de Dios, bajo una forma menos lírica, pero también vigorosa, en los libros históricos de la Biblia.

1. Ex 15, 2.
2. Deut 32, 39-40.
3. Job 38, 4-11.

Los libros sapienciales marcan, sobre este punto, la cima de la revelación, plenamente conscientes de la trascendente sabiduría de Israel.

“Bienaventurado el que alcanza la sabiduría
y adquiere inteligencia.

Porque es su adquisición mejor que la de la plata
y es de más provecho que el oro.

Es más preciosa que las perlas
y no hay tesoro que la iguale.

Lleva en su diestra la longevidad
y en su siniestra la riqueza y los honores.

Sus caminos son caminos deleitosos
y son paz todas sus sendas.”⁴

“Con la sabiduría fundó Yavé la tierra,
con la inteligencia consolidó los cielos.

Con su ciencia hizo brotar las fuentes
y por ella los cielos destilan el rocío.”⁵

Job, los Proverbios, el Eclesiastés, el Eclesiástico y la Sabiduría abundan en textos admirables, reveladores de la sabiduría divina manifestada a los hombres.

Así, en el Antiguo Testamento se puede recoger una rica cosecha de documentos positivos que pueden servir de base para un estudio bíblico de los dones intelectuales del Espíritu Santo.

Espiguemos al azar:

— en *Job*: el himno a la sabiduría omnipotente (36, 22-37, 1-24), el elogio de la sabiduría (28), y el himno al Poder divino (cap. 25);

— el famoso Prólogo de los *Proverbios* sobre los gozos de la sabiduría, sus enseñanzas, su valor, su función de guía y de moderador de las pasiones;

— los nueve primeros capítulos del Libro de la *Sabiduría*, que termina con una admirable oración para pedir la sabiduría:

4. *Prov* 3, 13-17.

5. *Prov* 3, 19-20.

“Dios de los padres y Señor de la misericordia,
 que con tu palabra hiciste todas las cosas.
 Y en tu sabiduría formaste al hombre
 para que dominase sobre tus creaturas
 y para regir al mundo con santidad y justicia,
 y para administrar justicia con rectitud de corazón.
 Dame la sabiduría asistente de tu trono
 y no me excluyas del número de tus siervos.”⁶

La sabiduría teocrática de Israel sobrepasa todas las otras formas de la sabiduría antigua, pero ella misma ha tenido que borrarse ante la aparición de la Sabiduría increada venida a habitar entre los hombres. El paso del Verbo trayéndonos la Presencia personal de la Sabiduría divina, ha iluminado para siempre nuestra tierra de la Encarnación. Su Evangelio ha fijado la mirada de los hombres sobre los puntos más altos de la sabiduría cristiana: la gloria de Dios, los vastos horizontes de la salvación del mundo, las luchas cotidianas de la Iglesia militante para establecer el reino de Dios, el precio infinito del alma humana, todos los valores de la eternidad, la consumación de todos los hombres en la unidad de la Trinidad. Habría que citar aquí todo el Evangelio, más los escritos apostólicos, en particular los de San Pedro, San Juan y San Pablo. En ellos todo resplandece a la luz de la sabiduría de Dios, pero de una sabiduría crucificada. “La doctrina de la cruz de Cristo es necedad para los que se pierden, pero es poder de Dios para los que se salvan. Según está escrito: Perderé la sabiduría de los sabios y reprobaré la prudencia de los prudentes. ¿Dónde está el sabio? ¿Dónde el letrado? ¿Dónde el disputador de las cosas de este mundo? ¿No ha hecho Dios necedad la sabiduría de este mundo?... Porque los Judíos piden señales, los Griegos buscan sabiduría, mientras que nosotros predicamos a Cristo crucificado, escándalo para los Judíos y locura para los gentiles, mas poder y sabiduría de Dios para los llamados ya Judíos ya Griegos. Porque la locura de Dios es más sabia que los hombres, y la flaqueza de Dios, más poderosa que los hombres...

6. Sap 9, 1-4.

Hablamos, sin embargo, entre los perfectos, una sabiduría que no es de este siglo... sino que enseñamos una sabiduría divina... Pues Dios nos lo ha revelado por su Espíritu, que el Espíritu todo lo escudriña, hasta las profundidades de Dios".⁷

¿Podría esperar, nuestra tierra, algo más que la Sabiduría Encarnada? Es en su irradiación donde hay que abordar el estudio del don de sabiduría.

Las tres sabidurías

La cultura cristiana nos presenta tres formas de sabiduría: metafísica, teológica y mística.

Mientras que la ciencia considera en el universo el juego de las causas segundas, la sabiduría lo ve todo a la luz de la Causa Primera. Estas tres sabidurías constituyen la fuente de los juicios supremos de nuestro saber.

La sabiduría humana del filósofo se adquiere a partir de la experiencia sensible y de la reflexión personal, penetrando más allá de las apariencias hasta los primeros principios de las cosas, al término de una dialéctica ascendente. Esta sabiduría se eleva por encima del mundo físico; se la llama: metafísica. Es ya la mirada real del hombre sobre la creación, dominando toda la naturaleza por su pensamiento, llegando, de causa en causa, infinitamente por encima del cosmos material y del mundo de los espíritus hasta el descubrimiento de un Ser, puro Espíritu, Eterno, cuya soberana dominación e infalible Providencia gobierna el mundo. Mirada sublime, nuestra más alta actividad de inteligencia aquí abajo. Todo el universo creado aparece como un juguete de niño en total dependencia del Artista creador. Estamos ya en presencia de una altísima sabiduría: visión contemplativa de todos los seres supeditados al Poder sin límites y a la atracción irresistible de "Aquél que Es", Dios verdadero, Causa eficiente, ejemplar y final del universo.

La fe da al hombre dos nuevas sabidurías:

7. 1 Cor 1, 18-25; 2, 6-10.

— una sabiduría científica, técnica, que utiliza todas las ciencias, todas las artes y todos los resortes del espíritu humano: la sabiduría teológica;

— una sabiduría sabrosa, experimental, la sabiduría mística, incomparablemente superior, que procede, no por conceptualización y dialéctica discursiva, como la sabiduría teológica, sino por experiencia de las cosas divinas y por vía de amor: es la sabiduría de los santos. Estas dos grandes sabidurías están llamadas a ayudarse mutuamente, trabajando en sinergia, con una misma facultad intelectual, para penetrar la misma Verdad divina. Las dos tienen su origen en la fe, a falta de la visión, su régimen normal. Mientras nos hallemos en tiempo de prueba, la teología y la mística permanecerán en el exilio, a la espera de la visión "cara a cara" por la que lo contemplaremos todo en el Pensamiento del Padre.

Los artículos de nuestra fe constituyen los principios de la sabiduría teológica. La inteligencia se ampara en estas verdades iniciales, las escruta por el método histórico y el análisis doctrinal, las reúne, en fin, en una vasta síntesis que ilumina por las cimas la casi-definición de Dios, principio arquitectónico supremo de todo nuestro saber. Todo se aclara a la luz del Dios-Trinidad. Esta sabiduría del teólogo es como la participación e imprimación, en nuestros espíritus creados, de la ciencia y de la sabiduría misma de Dios.

Hay una sabiduría aun más alta, a la que se llega, no por camino científico, sino por vía de amor. El origen de esta sabiduría mística es todo divino. Las claridades de sus noches, a la vez obscuras y transluminosas, le vienen directamente de Dios que cuida del temperamento, de las aptitudes, de la educación, de las tendencias somáticas y psíquicas del sujeto humano. De ahí las mil variedades de iluminaciones y mociones del Espíritu en los místicos. Todo está dominado por las libres intervenciones personales del Espíritu Santo. La sabiduría mística es una participación en la espiración del Amor por el Verbo.

La existencia de esta sabiduría de lo alto, multiforme —sabiduría bíblica, sabiduría de Israel, sabiduría evan-

gética o sabiduría cristiana— nos ha sido revelada por los Libros santos, transmitida por la tradición patristica y la Liturgia de la Iglesia, reafirmada en los documentos pontificios, en particular para el don de sabiduría, por la encíclica *Divinum illud munus* (9 de mayo de 1897).

La vinculación del don de sabiduría con la caridad proviene de la congénita imperfección de nuestra vida teologal bajo el obscuro régimen de la fe, que mantiene a Dios distante. La caridad es especificada inmediatamente por el Bien divino, tal cual Éste es en sí mismo en los esplendores y el secreto de la Trinidad. Mas este Bien no nos es presentado sino entre velos, “en el espejo” de las creaturas y “de manera enigmática”,⁸ en condiciones subjetivas deficientes. De suyo, la caridad divina está hecha para la visión. A falta de evidencia, “una cierta experiencia de la dulzura” de Dios,⁹ a través de los efectos sobrenaturales de su acción en las almas, constituirá un sucedáneo que favorecerá el desarrollo de esta vida de amor. Gran afinidad une el amor y la fruición, perfecta o imperfecta, en beneficio de todo el ser humano. Ésta es toda la razón de ser del don de sabiduría, don de la experiencia mística, el más eficaz auxiliar del desarrollo de la caridad.

II

ESENCIA INTELECTUAL DEL DON DE SABIDURÍA

Una sabiduría intelectual

Si el don de sabiduría está al servicio de la caridad, en la que tiene su origen, su modo deiforme y su fin, no por eso es menos esencialmente un acto de la inteligencia y, sobre todo, un acto contemplativo. La vinculación del don de sabiduría a la caridad no debe hacernos olvidar que él facilita a la fe misma sus actos más ele-

8. *I Cor* 13, 12.

9. *I-II*, 112, 5.

vados y sus más excelsas luces en tanto no llegue la visión beatífica. Importa subrayar este carácter esencialmente intelectual del don de sabiduría para no minimizar la función de los conceptos en su ejercicio normal. El don de sabiduría está sometido a todas las leyes del conocimiento conceptual, y la dominante causal del amor, al venir a modificar las condiciones de su objeto, no puede suprimir la necesidad de una conceptualización. La inteligencia sólo piensa por ideas, incluso cuando el amor viene a colorearlas de afectividad concreta, experimental. En la visión de Dios "cara a cara", el Verbo increado habrá de estar supliendo la ausencia de todo verbo creado, inadecuado para expresar la infinitud del misterio de Dios.

Su acto esencial es un juicio por las causas supremas, análogo al de la sabiduría metafísica y teológica, pero bajo el impulso motor y especificador del Espíritu de Amor. Ya lo hemos hecho notar, existe una doble sabiduría científica:

— la que, en el orden de las ciencias humanas, juzga de todo por la Causa suprema del universo: sabiduría del filósofo, del metafísico, que lo ordena todo a la luz de "Aquél que Es", descubriendo en Dios la Causa Primera y el Fin explicativo de todo;

— y la del orden sobrenatural de la fe: sabiduría teológica, organizadora de todo el saber revelado, analizadora de la Palabra de Dios, estudiosa de cada uno de los misterios cristianos, los cuales junta en una síntesis orgánica en la que todas las verdades hallan su sitio y se conexionan armoniosamente. La *Suma* de Santo Tomás de Aquino nos ofrece un tipo perfecto de esta sabiduría.

Hay otra tercera sabiduría, que "Dios revela a los pequeñuelos",¹⁰ una sabiduría amorosa, de orden supracientífico, por vía de conocimiento místico: la sabiduría de los santos. Es la del don de sabiduría.

Toda sabiduría ahonda hasta la raíz de las cosas,

10. *Mt* 11, 25.

manifestando sus causas más profundas, las más divinas, y elevándose hasta la explicación última, más allá de la cual no puede ir el espíritu humano.

Una triple función caracteriza a la sabiduría: juzgar de todo en última instancia, ordenar todas las cosas en una armonía universal, defender el valor de todas las ciencias, esclareciendo a la vez plenamente la indemostrabilidad y la evidencia inmediata de los primeros principios, cimientos de todo el edificio de nuestro saber natural y sobrenatural. El sabio lo relaciona todo con Dios.

III

FUNCIÓN PRIMORDIAL Y ESPECIFICADORA DEL AMOR

Una sabiduría amorosa

¿Cuál es la naturaleza de esta sabiduría evangélica de orden místico? Tocamos aquí el punto más difícil del análisis del don de sabiduría: conocimiento amoroso, por connaturalidad, común a la actividad de todos los dones del Espíritu Santo, pero que en el don de sabiduría alcanza su grado máximo y presenta su ejemplo más revelador. La escuela tomista y la filosofía moderna han multiplicado sus reflexiones, en estos últimos años, acerca de este punto crucial.

El conocimiento intuitivo, por connaturalidad, bajo la influencia dominante de un elemento afectivo que viene a inspirar y a modificar intrínsecamente la manera misma de conocer, es un hecho universal.

El mismo proceso se vuelve a hallar, analógicamente, en el orden de la naturaleza y de la gracia, en el plano psicológico del conocimiento contemplativo y de los juicios prudenciales, que rigen, mediante el don de consejo, la práctica concreta de las virtudes.

Todos los seres son empujados hacia su bien propio por una inclinación amorosa que deriva de su naturaleza y por ella se mide: "pondus naturae". Pero, mientras que

los seres inanimados no tienen conciencia de esa inclinación, los vivientes dotados de conocimiento pueden percibirla en grados distintos. El hombre lleva en sí todas las tendencias afectivas y todas las inclinaciones del universo. Es atraído por todas las formas de que se reviste el bien en el reino mineral, en el vegetal, en el animal, en el espiritual y aun en el orden divino reservado a las Tres Personas de la Trinidad.

En el hombre, cada potencia, cada facultad está orientada por instinto hacia su objeto especificador, por una connaturalidad que brota de la más íntima estructura de su ser. El ojo está hecho para ver y distinguir los colores; el oído para oír y distinguir los sonidos; el gusto para saborear; la imaginación y la memoria para moverse en el mundo de las imágenes; la inteligencia para llegar a las realidades inteligibles en el corazón mismo de todas las cosas; la voluntad, en fin, tiende de suyo hacia su propio bien y hacia el de toda la persona.

En el plano moral, cada virtud se halla, igualmente, inclinada hacia su propio fin. Sin reflexión dialéctica, el casto es atraído instintivamente hacia la pureza, el hombre honesto y morigerado hacia el "justo medio" y la equidad en todas las relaciones con sus semejantes. Y así para todas las virtudes. Este discernimiento instintivo proviene, en el hombre virtuoso, no de un razonamiento explícito y de la aplicación de la ciencia de las costumbres a un caso particular, sino de un instinto espontáneo, según la inclinación profunda y connatural de todo su ser afectivo.

Una madre adivina los sentimientos de su hijo o de su hija mejor que el psicoanalista más agudo. El amor pesa con todo su peso para inclinarla hacia un juicio instintivo que surge en ella no de un subconsciente irrracional y tenebroso, sino de un sentimiento infalible, suprarracional, de connaturalidad amorosa entre dos seres unidos por una afinidad profunda.

Lo mismo acontece, con mayor fuerza todavía y mayor perfección, en el orden sobrenatural, en el que el cristiano es introducido en la vida íntima de Dios, no por una imputación extrínseca de los méritos de Cristo, según la concepción protestante, sino por una renovación

interior, por una transformación radical que le diviniza en su misma esencia y crea en él inclinaciones e instintos nuevos, por una verdadera participación física, ontológica, a la vez estática y dinámica, en la naturaleza misma de Dios. La gracia le da el ser Dios, el pensar como Dios, el amar y obrar a la manera de un Dios, a semejanza del Dios hecho carne y habitante de la tierra entre nosotros. Esta divinización hace de cada bautizado "otro Cristo" en su ser y en su actuar, llamado a vivir según el mismo Espíritu, dentro del ciclo de la vida trinitaria, hijo adoptivo del Padre, a imagen del Hijo, impulsado por un mismo Amor. La Trinidad es su casa.

El hombre divinizado está connaturalizado con Dios en todos los planos del ser, del conocimiento, del amor, de la acción y del gozo. La gracia imprime en él, hasta en sus menores reacciones, un instinto divino. En adelante, y en la medida misma en que se deje guiar por el Espíritu de Dios, el hombre actuará espontáneamente de igual manera que Dios. "Porque los que son movidos por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios."¹¹ De esta concepción realista de la gracia se desprenden innumerables consecuencias: Atraído por Dios como hacia su Bien supremo queda transformado en lo más profundo de su psicología, pasando a ser Dios, a título de último Fin, el centro de atracción y de polarización de todos sus movimientos amorosos. Todas sus inclinaciones se divinizan. En lo hondo de su constitución sigue siendo mineral, vegetal, animal, racional, pero deificado, disponible, por la gracia de la adopción, a recibir los impulsos motores del Espíritu Santo, que le inclinan hacia Dios. ¿Cómo medir los efectos de esta transformación en Dios?

La gracia, que nos diviniza configurándonos a la viva imagen de la Trinidad, nos asemeja, en los hondones de nuestro ser y en nuestras facultades, a la Naturaleza, al Ser y al Obrar de Dios, depositando en nosotros nuevas tendencias afectivas que nos inclinan hacia las Tres Personas divinas como hacia el Bien connatural a nuestro ser divinizado. Convertidos en Dios por participación,

11. *Rom* 8, 14.

en el trasfondo sustancial de nuestra alma, somos inclinados hacia Él como hacia la Verdad de nuestra inteligencia, la Fuente de nuestra felicidad y la Bondad soberana, infinitamente amable en sí misma y la más deleitable para nuestra voluntad. Dios polariza todo el impulso de nuestra fe, de nuestra esperanza y de nuestra caridad. La gracia de la adopción filial nos reviste de los sentimientos de Dios. Nuevos instintos, enteramente divinos, proceden en nosotros de esta deificación de nuestro ser y de nuestro obrar. El enraizamiento de nuestras divinizadas facultades en la esencia de una misma alma, la sinergia y la pertenencia de nuestros actos a una misma personalidad operan entre sí una conexión indisoluble. Nuestras facultades apetitivas son penetradas de conocimiento, lo mismo que nuestros actos intelectuales experimentan el impulso motor, y a veces especificador, de nuestras tendencias afectivas. La unidad sustancial del compuesto humano implica la mutua dependencia y la interacción de todas nuestras facultades en el juego concreto y en la perpetua interferencia de principios de acción, que permanecen distintos, pero dentro de una misma alma, al servicio de una misma personalidad. La psicología moderna, mediante decisivas experiencias, ha puesto muy de relieve esta ley primordial de la síntesis, que rige todo el psiquismo humano. Analizando la actuación humana nos volvemos a encontrar siempre en presencia de concomitancias somáticas y espirituales, en una continua interpenetración de nuestras facultades cognitivas y apetitivas. En todo instante, nuestros juicios son influidos por nuestras tendencias afectivas, y nuestras opciones intelectuales, las más objetivas en apariencia, son dictadas a menudo, "imperadas", por un subconsciente de afectividad que nos mueve en el sentido de nuestras simpatías o antipatías. En el dominio vital y concreto, sobre todo cuando está en juego nuestro propio destino, la afectividad ejerce una función dominante, que orienta nuestros juicios en el sentido de nuestros amores. Es éste un hecho de experiencia.

Tal conocimiento afectivo halla su correspondencia, al nivel más elevado del orden sobrenatural, en la vida mística. La congénita oscuridad de nuestra fe y la nece-

alidad de efectuar la adhesión de la inteligencia bajo la presión esencial de la voluntad, la predispone a recibir en el interior de sí misma su íntima influencia. Con la fe iluminada por los dones, esta inclinación afectiva se convierte en el elemento dominante y especificador de este nuevo género de conocimiento que se llama "conocimiento por connaturalidad". Ciertamente, no es la voluntad la que elicitó el juicio. Todo acto de conocimiento es, en esencia, acto de la mente. No hay conocimiento alguno, ni siquiera el místico, sin conceptos. En el alma divinizada por la gracia, elevada al estado místico, cambian las perspectivas: el concepto sigue siendo el medio formal de alcanzar la verdad, pero bajo la transfiguradora influencia del amor, que toma un papel especificador predominante. El Dios de la experiencia mística no es sólo el término de un juicio de adhesión a la verdad. Es alcanzado como mi Fin último, como mi Bien supremo, que actúa sobre mi voluntad con el más poderoso atractivo, el único capaz de saciar mi ansia de amor, la más fundamental. La experiencia, o, más bien, la cuasiexperiencia de Dios, a través de los efectos de su Presencia, le hace aparecer a mi alma como el Ser más amado, más deleitable y más beatificante. Mientras que por la fe la infinitud de Dios es empedecida, puesta a la medida de nuestros conceptos, los cuales, como abstraídos del mundo sensible, son limitados, el amor, en el orden de la especificación, tiene por objeto inmediato a Dios tal cual es Él. De ahí que se dé un hiato insalvable entre la inadecuación de la inteligencia humana y la infinita amabilidad del Dios de Amor. Es el mismo sujeto, la misma persona humana quien recibe la infinita distancia que separa a la inteligencia de la voluntad en cuanto al modo de alcanzar su objeto, siendo así que el mismo acto de contemplación infusa procede simultáneamente de ambas facultades, según un orden inviolable, y es un acto único, mirada de amor, elicitado esencialmente por la inteligencia, pero penetrado todo él de afectividad bajo la acción eficiente y transformante de la voluntad amorosa que se lanza hacia Dios, objeto de su fruición. Este acto de contemplación mística, brotando de la fe, pero de una fe iluminada toda ella por

los dos dones del Espíritu Santo, participa de la eminente simplicidad de la ciencia o de la sabiduría divina, que se identifica en una misma Realidad con su Acto de Amor. El mismo acto puede proceder de dos "hábitos" subordinados en la indisociable sinergia de dos facultades distintas, que conjugan sus esfuerzos para elicitar un mismo acto eminente, afectándolo cada una con su propia modalidad: la inteligencia con su función conceptualizante y contemplativa; la voluntad, primeramente por modo de eficiencia, en el orden de ejercicio y de posición en la existencia, pero también en el plano de la especificación y en su esencia íntima de conocimiento amoroso, por connaturalidad. Éste lleva consigo una modificación de la estructura del objeto mismo de tal conocimiento, a la que penetra intrínseca y totalmente de afectividad, de misteriosa armonización y concordia entre el sujeto y su Bien supremo, amado por encima de todo, atrayendo hacia sí, en un movimiento indivisible de representación y de apetición, todas las energías de una persona viviente.

Precisemos el *carácter original* de éste conocimiento místico, por connaturalidad afectiva, que halla su realización suprema en el don de sabiduría, bajo la moción directa, inmediata y personal del Espíritu de Amor.

La voluntad desempeña aquí un doble papel:

- de *aplicación* de todas las potencias a sus actos;
- y, bajo la especial inspiración del Espíritu Santo, de *transfiguración objetiva* y *condición especificadora* en el plano del objeto mismo.

Ante todo, la voluntad se mueve ella misma y aplica las demás facultades a sus actos. Desde este punto de vista, su función no pasa de ser la de una potencia motora, que actúa sobre las otras por modo de eficiencia en el orden de la ejecución.

Pero la voluntad humana, enamorada de Dios, "toda pasiva" bajo la acción inmediata y personal del Espíritu Santo, dócil a sus impulsos amorosos, asume un nuevo cometido, que viene a transformar profundamente nuestro modo de conocer, aportándole una nueva modifi-

cación intrínseca que atañe a la esencia de este modo místico de saber, conocido sólo por quienes lo experimentan. Sucede esto cuando la voluntad del hombre, divinizada por la gracia y sobreelevada por la adopción filial al nivel mismo de Dios, entra del todo en el movimiento amoroso que suscita en ella el Espíritu Santo en Persona y que la lleva hacia la Santísima Trinidad para saborear su infinita dulcedumbre. Entonces todo cambia: este Objeto divino, unido al alma por experiencia de amor, es "inviscerado" en lo más hondo de su ser; ella goza de Él, se siente plenamente armonizada con Él, le degusta, se embriaga amorosamente de todo Él, de sus riquezas íntimas, de su inagotable Bondad, de su Belleza infinita. Esta experiencia de amor hace que este Objeto divino de nuestro conocimiento aparezca como una Persona viva que le atrae a la unión hasta la unidad, en la medida en que es posible para una simple creatura convertida en Dios por la gracia. Este Objeto le está de tal manera unido, es de tal modo "suyo" que todo el ímpetu de su persona tiende hacia Él, para perderse en Él como en su supremo Fin, el cual la atrae a toda ella. Así, su emoción afectiva palpita en su inteligencia y en todas sus facultades, viniendo a penetrar, modificar y transfigurar este acto de visión amorosa del Dios de su vida.

Y no sólo no querría la persona dejar escapar ninguna de las infinitas riquezas de su Bien Amado, no sólo escudriña con avidez todas las profundidades de Dios, sino que percibe su Presencia beatificante *en los efectos* de dulzura y de suave deleite que la penetran por entero, transformando todo su ser en ardiente inclinación hacia Él, de suerte que aun la misma inteligencia le queda bajo el dominio del amor. ¿Es de admirar que el amor adquiera el rango de modificación especificadora del objeto en esta contemplación experimental y frutiva? De aquí la célebre fórmula de Juan de Santo Tomás, el mayor teólogo místico de la escuela tomista: "así el amor pasa a la condición de objeto", "*et sic affectus transit in conditionem obiecti*". Esta experiencia de amor hace el objeto cada vez más conforme al sujeto que ama y que, por una correspondencia de todo su ser y de todas sus tendencias afectivas, responde a sus amorosas llama-

das. Dios no es, para el alma mística, un objeto indiferente y lejano, sino una Persona viva que se une a ella como su Bien supremo, preferido a todas las cosas.

Sin duda, el amor no puede experimentar más que este Objeto que le descubre y presenta la inteligencia iluminada por la fe; ni cabría aquí otro objeto de experiencia; pero, si se considera este conocimiento amoroso en correlación con el sujeto, al que viene a modificar profundamente por una experiencia de unión que actualiza hasta el supremo grado las tendencias afectivas de todo un ser, se verá que se opera una transformación en el seno mismo de este Objeto, hacia el que tiende con todas sus fuerzas el sujeto cognoscente, atraído en forma de amoroso apasionamiento por su Dios. No hay más bien para su amor que en el Objeto que le descubre su conocimiento por la fe, pero el modo de alcanzarlo es incomparablemente superior, puesto que el Bien es el objeto mismo especificador, inmediato, de su amor. Aun a través de las oscuridades de la fe, la voluntad se lanza hacia su Dios de Amor, "tal cual es Él" en Sí mismo, en su amabilidad infinita, que le atrae hacia sí como con una fuerza irresistible. Esta unión amorosa, que se termina inmediatamente en Dios mismo, en este Dios al que la fe mantiene a distancia, le hace experimentar al místico, no en términos formulables, no con ideas claras, sino por presencia de amor, que hay "más" bien en Dios del que puede darnos a conocer nuestra limitada y fragmentaria inteligencia. Y es este "más allá" del conocimiento, esta "superación" que el amor siente, lo que pasa a ser condición determinante, objetiva, especificadora, bajo la forma de tendencia afectiva que viene a informar, subjetiva y objetivamente, todo nuestro modo de saber. El alma mística se abisma en las profundidades de Dios, no por simple testimonio ni por simple conocimiento conceptual, sino por atracción de amor.

El Dios de los místicos es un Dios percibido experimentalmente. Se trata de una formalidad nueva que obliga a poner este conocimiento por connaturalidad aparte de todo el cuadro epistemológico corriente: un conocimiento no ya abstracto y por meras nociones, sino penetrado todo él de amor y transfigurado por una in-

clinación afectiva que le hace aquietarse en Dios como en el Objeto supremo de su felicidad y su fruición. Lo que hay de nuevo en este conocimiento por connaturalidad es, precisamente, esta dominante afectiva, elemento especificador, característico de esta "ciencia amorosa".

IV

DOS FORMAS DEL DON DE SABIDURÍA

Una sabiduría contemplativa y una sabiduría de acción

A imitación de la ciencia de Dios, el don de sabiduría es a la vez especulativo y práctico. Su oficio primordial es el de contemplar a Dios. Bajo su luz, la mirada del contemplativo permanece inmutablemente fija en Dios, abarcando en su campo visual las verdades eternas y las contingencias de la historia, atento a la esencia y a la existencia de las cosas.

"El hombre no vive sólo de pan" y de alimentos terrenales. En lo mejor de sí siente nostalgia de Dios y de las cumbres del amor, en las que el alma, transformada en Dios y configurada con Cristo, ansía asociarse a la Vida del Inmutable y a la redención del mundo. El don de sabiduría realiza en el grado supremo esta perfecta comprensión de todos los misterios de Dios y del universo, concediéndonos el poder participar hasta el máximo en la amplitud, la profundidad y la unidad de la mirada de Dios. Es el don contemplativo por excelencia. Juzga todas las cosas a una purísima luz divina. No se detiene en las causas segundas, sino que se remonta siempre hasta Dios. Todos sus juicios los hace al resplandor de la Esencia y de los Atributos divinos. Lo ve todo a la luz del Verbo. Lo contempla todo envuelto en la claridad refulgente de la Trinidad. "O lux, beata Trinitas!"

Por añadidura, el don de sabiduría se extiende a todo el juego de las causas segundas, a todo el dominio de la

acción, iluminándolo con los enfoques de la Providencia misma. Todo se esclarece, en la vida de un hombre o de una mujer, con esta claridad divina. La sabiduría contemplativa se hace práctica mediante la consulta de las razones divinas, directrices de nuestro obrar: "intendit rationibus aeternis, scilicet divinis et conspiciendis et consulendis".¹² Es a la luz del Ser Increado y de las Perfecciones divinas como aprecia y mide esta sabiduría las orientaciones más concretas y las menores decisiones de su vida cotidiana. El don de sabiduría lo considera todo bajo el aspecto divino y eternal, "sub specie aeternitatis".

V

SU MODO DIVINO

Una sabiduría deiforme

Los dones del Espíritu Santo hallan directamente en Dios su inspiración y su regla, de donde se sigue que su medida y su modalidad son divinas.

Mientras que, según el régimen de las virtudes, al modo humano, es el hombre, con el concurso evidentemente de la Causa Primera, quien toma la iniciativa de sus actos, al contrario, bajo la acción de los dones del Espíritu Santo, es Dios mismo quien se pone, por así decirlo, frente de nuestro obrar. Su acción recae simultáneamente sobre nuestra inteligencia para iluminarla y sobre nuestra voluntad para moverla. Estos actos surgen de nosotros a la medida divina de Aquél que, Presente en nuestro interior por su gracia, los produce en nosotros, mediante nosotros y más que nosotros mismos. Cada uno de los siete dones del Espíritu Santo participa de esta propiedad divina. Los dones intelectuales nos asemejan, como a su modelo supremo, a la inteligencia, a la ciencia, a la sabiduría de Dios y a sus consejos eternos. El don de piedad nos impulsa a rivalizar

¹², San Agustín, *De Trinitate*, 12, 14.

con la gloria que Dios se da a Sí mismo en su Verbo, Alabanza eterna del Padre y de toda la Trinidad. El don de fortaleza nos reviste de la Fuerza misma de Dios y nos capacita para actuar, en medio de insuperables dificultades humanas, con la apacible serenidad del Dios inmutable. El don de temor nos mantiene conscientes de nuestra fragilidad y de nuestra nada ante la infinita grandeza de "Aquél que Es". Así, toda la actividad del hombre, hijo de Dios por adopción, participa de la manera de pensar y de querer propia de Dios mismo, y nuestros actos, movidos por el Espíritu de Dios, se revisten de un modo deiforme que los modela según el Actuar divino.

El don de sabiduría participa al máximo de este modo divino de pensar y de obrar. Con todo, se han de tener en cuenta las condiciones limitadoras por parte del sujeto receptor. Dios no violenta las naturalezas, y la experiencia de las almas revela lo muy adaptable que es la Providencia. La mayor parte del tiempo, el ejercicio del don de sabiduría se realiza al ritmo de un pensar esencialmente discursivo, ligado al funcionamiento de la memoria y de la imaginación, en concomitancia con todos los elementos somáticos que acompañan en el hombre, espíritu encarnado, a la actividad de sus más altas facultades espirituales. Pero esta actividad superior está maravillosamente facilitada por las iluminaciones especiales del Espíritu de Dios, que hacen al alma mística participante de la luz del Verbo.

No es necesario exagerar indebidamente el modo deiforme de los dones del Espíritu Santo. El hombre divinizado no es Dios. Pretender hacerle pensar por ideas infusas, sin imágenes, sin reflexión discursiva, a la manera de los espíritus puros, es arrancarle a su condición de animal racional e imponer, a un régimen de vida espiritual muy elevado pero normal, características milagrosas. Para explicar el ejercicio de los dones del Espíritu Santo no hemos de recurrir a lo extraordinario. Sería deslizarnos por un terreno de falsas maravillas y perdernos en el iluminismo. Salvo en casos excepcionales, de matiz carismático, la actividad de los dones del Espíritu Santo se efectúa bajo el régimen de la fe, por

simple sobreelevación debida a la asistencia personal, iluminante y motriz del Espíritu de Dios.

No se trata, sin embargo, de caer en la interpretación de tipo opuesto, minimizante de la acción personal de Dios en las almas. La potencia obediencial está inscrita en la estructura de todas las naturalezas creadas. Una cierta intuición es un procedimiento de la inteligencia humana que Dios puede utilizar según le plazca, lo mismo que un gran artista emplea con virtuosismo todos los recursos de sus instrumentos. En vez de razonar lentamente, con grandes trabajos, a partir de las realidades sensibles, a través del largo dédalo de los juicios sucesivos y discursivos, la mente humana, bajo la acción directa e iluminadora del Espíritu Santo, penetra de un solo golpe hasta el fondo de las cosas. Juzga de la conexión de las causas segundas a la manera de un Dios que vive en la tierra. Lo aprecia todo a la manera de Dios, contemplando el universo, a la luz de Aquél que es su Causa suprema, de un modo supradiscursivo, sobrehumano, cuasi intuitivo, deiforme, participación eminente de la Sabiduría increada, llegando así a la más alta vía intelectual que es posible alcanzar aquí abajo. En el hombre purificado y convertido hasta este punto en semejante de Dios, los actos más mínimos son inspirados por el puro amor, operándose una transformación total del alma en Dios, de suerte que ya no forma sino "un solo Espíritu con Él".¹³

VI

ESTUDIO COMPARADO

Una vez estudiado el don de sabiduría en sí mismo, es indispensable compararlo con las luces de la fe, señalar su función arquitectónica con respecto a las virtudes morales y a los demás dones, y analizar, finalmente, la experiencia mística, fruto por excelencia del don de sabiduría.

13. 1 Cor 6, 17.

1. EL DON DE SABIDURIA Y LA VIRTUD DE LA FE

Por elevada que sea la actividad de los dones del Espíritu Santo, permanece, con todo, al servicio de las virtudes teologales, de las que es raíz y desarrollo, principio de "derivación", medio de vida y término. Los dones del Espíritu Santo están subordinados enteramente a las virtudes teologales, y en ellas se armonizan, hallando en servir las su propia razón de ser. Nada iguala la perfección de estas virtudes de la fe, la esperanza y la caridad, las cuales nos unen inmediatamente a las Tres Personas divinas. Todo el resto del organismo sobrenatural de las virtudes y de los dones no tiene, con respecto a ellos, sino valor de medios que nos ayudan a unirnos mejor a Dios. Los dones constituyen los medios privilegiados, los que hacen a todas las facultades del hombre dóciles a las más mínimas iniciativas del Espíritu, Principio Motor Personal, inmediato, de sus actos deiformes.

La fe hace adherir: es su acto esencial, de capital importancia, puesto que nos entrega, de una vez, la Realidad divina y todas las riquezas del mundo sobrenatural. No resta sino explorarlas. Y éste será el cometido complementario de los dones del Espíritu Santo. El don de inteligencia le ayudará a penetrarlas en profundidad; el don de ciencia le mostrará todas sus conexiones al nivel de las causas segundas; el don de inteligencia la iluminará en sus cimas, haciendo resplandecer ante sus ojos la infinitud de las divinas perfecciones, las razones eternas de todos los misterios, los motivos providenciales de todos los acontecimientos de nuestro universo de la Redención. Los dones elevan también nuestra fe a una contemplación deiforme que descubre a nuestras miradas todos los horizontes de Dios. A esta luz deífica, el alma divinizada se inflama en amor y en deseo ardentísimo de contemplar y saborear la divina Bienaventuranza: entra en íntima comunión con el Verbo, que espira el Amor y que la arrastra con Él al ciclo de la vida trinitaria. Transformada de esta suerte en Dios, iluminada

por el don de sabiduría, la fe mística goza de las Personas de la Santísima Trinidad, hecha "participante del Verbo y del Amor Subsistente"¹⁴ que de Él procede.

2. *FUNCIÓN ARQUITECTÓNICA DEL DON DE SABIDURÍA*

Si comparamos ahora el don de sabiduría con los demás dones, veremos que desempeña respecto a ellos una función arquitectónica, en constante sinergia con ellos y con todas las virtudes.

El don de sabiduría contempla y dirige todo el movimiento de nuestra vida espiritual en el reverberar del misterio de Dios. Él inspira desde lo alto las decisiones del don de consejo; él descubre al don de piedad las infinitas perfecciones de Dios, a fin de que, en unión con Cristo, Sumo Sacerdote y Rey del universo, le rinda un culto digno; él ilumina al don de fuerza mediante la Presencia, sumamente próxima, de Dios Inmutable; en fin, él suscita el temor filial mediante la revelación de la Majestad divina, tan temible a los pecadores.

Mientras que el don de inteligencia nos comunica, por divina iluminación, las intuiciones primordiales de nuestra fe, que escruta, a su vez, el don de ciencia en sus repercusiones dentro del ámbito de las causas segundas, el don de sabiduría sitúa todas estas verdades parciales en el conjunto del plan de la Providencia, esclareciendo los misterios unos por otros: el misterio eclesial por el marial, el de la Redención por el de la Encarnación, y todos los misterios derivados, que considera a la luz del supremo misterio de la Trinidad. Los dones de ciencia y de inteligencia, ellos también, son esclarecidos desde lo alto. Las mismas verdades reaparecen con claridad nueva que baja hasta ellas del don de sabiduría, el cual lo juzga todo: los principios y las conclusiones, los enunciados más especulativos y las aplicaciones más concretas, proyectando sobre cada uno de

14. I, 38, 1.

ellos la claridad de "Aquél que Es". El don de ciencia comprende mejor el sentido de las creaturas cuando el don de sabiduría le da a contemplar su nada ante Aquél que es TODO. A la misma luz del TODO de Dios, que le manifiesta el don de sabiduría, el don de consejo escoge las sendas que llevan más rápidamente hasta las más elevadas cumbres de la perfección.

Haciéndole saborear dentro del ciclo de la Familia trinitaria su gracia de adopción, el don de sabiduría inspira al don de piedad para que musite con el Espíritu mismo del Hijo: "¡Abba!, ¡Padre!", sentimiento que culmina en el silencio de la adoración. A su vez, los dones de fortaleza y de temor hallan en la contemplación deiforme del don de sabiduría el secreto de una inquebrantable fidelidad y de una confianza absoluta.

Adivínanse las mil formas diversas que puede presentar el "septiforme" actuar del Espíritu de Dios en las almas de los santos. Dios nunca se repite. A través de esta infinita variedad, va configurando a sus hijos adoptivos de modo que se asemejen a su Hijo Único, Sabiduría hecha carne, cuyo Espíritu de Amor realiza en cada uno de sus elegidos una imagen viviente de la Santidad de Dios.

3. DON DE SABIDURIA Y EXPERIENCIA MISTICA

El don de sabiduría es, por excelencia, el don de la experiencia mística. De aquí su mayor importancia en la vida espiritual.

Un problema crucial

Pocas cuestiones hay tan embrolladas y tan ásperamente discutidas. Nos hallamos ante un auténtico problema crucial cuya solución exige que se consideren múltiples nociones conexas y convergentes, en primer lugar, del lado de Dios, y, después, del lado del alma.

En la determinación de la *acción de Dios* entran en

juego seis nociones: procesiones eternas, procesiones temporales, misiones divinas, don del Espíritu Santo, múltiples formas de la Presencia de Dios, inhabitación de la Trinidad en el alma;

— otras cuatro nociones ayudan a definir *la función del alma*: divinización, cohabitación con la Trinidad, posesión de Dios, fruición perfecta o imperfecta de las Tres Personas divinas.

Un minucioso análisis de todos estos elementos requeriría un volumen. Nos reduciremos aquí a tratar de entender, sencillamente y en conjunto, el papel que desempeña el don de sabiduría en la experiencia mística. Este ponernos en presencia de elementos de solución dispersos por toda la *Suma teológica* necesita, para evitar toda deformación objetiva, una larga familiaridad con la obra entera del Santo Doctor. No basta con haber estudiado durante toda una vida su síntesis viviente, enciclopédica, para captar los múltiples aspectos y las conexiones orgánicas de este problema central, el más difícil de la teología espiritual.

El genio de Santo Tomás de Aquino es esencialmente sintético. Rehuyendo por instinto cualquier espíritu ecléctico, ha intentado reunir, en una obra de sabiduría cristiana, las verdades dispersas por la cultura profana y por el pensamiento religioso de los Padres griegos y latinos, en la unidad de una misma ciencia teológica. Causa asombro hasta qué punto se desconoce en la práctica este hecho capital. Muchísimos autores toman de la *Suma Teológica*, como de un arsenal, textos que arrancan sin escrúpulos de su contexto histórico y doctrinal. En vez de volver a situarlos mediante una imparcial reconstitución, se extraen esos textos a girones, separándolos de su medio vital, haciéndoles sufrir artificiales recortes, se les trata por aislado, como si se bastaran a sí mismos, se les somete a operaciones de disección que los matan. Mientras que lo oportuno verdaderamente sería introducirlos de nuevo en la corriente de vida que les hizo nacer y darles su verdadera luz dentro de la síntesis en que el genio de Santa Tomás los situó, analizó y contempló.

La cuestión presente de la experiencia mística cuen-

ta entre las más deformadas, alteradas y desnaturalizadas por éstos deficientes procedimientos metodológicos con que se estudia y se cita el pensamiento de Santo Tomás.

Las verdaderas perspectivas del problema

En cuanto abordan el problema de la experiencia mística, la mayoría de los teólogos y de los tratadistas espirituales se limitan a emplear el método de la introspección. Ciertamente es éste el método privilegiado para explorar las reacciones íntimas del alma bajo la acción divina. Pero a sus minuciosos análisis de las honduras del alma fáltales el contexto de una dogmática de conjunto y de una visión universal que sirvan de grandioso cuadro al despliegue de la acción de Dios en el interior de las almas, en la Iglesia. Hace falta esta abertura a la inmensidad de los espacios habitados y de los espíritus de todos los tiempos para descubrirnos en su realidad las incesantes intervenciones de la Trinidad, inclinada continuamente sobre las almas y sobre los espíritus puros a fin de asociarlos a su vida íntima de pensamiento, de amor y de beatitud divina.

Sirviéndose de la doctrina platónica del "exitus-reditus", de la "emanación" y del "retorno" de las creaturas, pero comunicándole mayor amplitud aún con las perspectivas de la fe, el genio de Santo Tomás de Aquino ha sabido trazar las auténticas líneas cósmicas del problema de las misiones divinas y de la inhabitación de la Trinidad en las almas. A través del juego de las causas segundas, atrae Dios el mundo hacia Sí, por medio de su Hijo y al soplo de su Espíritu. "En esta emanación de las creaturas a partir del Primer Principio, es preciso atender al movimiento circular que las conduce hacia Él, retornando todo ser por su finalidad hacia su principio originario. Las mismas perspectivas requieren, pues, la emanación de todas las creaturas a partir de su Principio y su retorno hacia su Fin. El misterio de las procesiones de las Personas divinas es la razón que explica la emanación de las creaturas a partir de su Primer Principio: una procesión análoga de orden temporal explicará, por tanto, su retorno hacia su último Fin. Así como nosotros

hemos sido creados por el Hijo y por el Espíritu Santo, así realizaremos nuestra unión con nuestro Fin último”, por estas mismas Personas divinas, según las palabras de San Agustín: “el Padre es el Principio hacia el que nos dirigimos, y el Hijo, la Forma misma que seguimos”.¹⁵ — “Por el misterio de las misiones de las Personas divinas a nosotros es como se opera el retorno del hombre hacia su último fin.” “Per misiones divinarum Personarum in nos, homo in finem ultimum ducitur.”¹⁶

La Trinidad creadora aparece entonces como meta final de todo el movimiento de los cuerpos y de los espíritus, para los unos de una manera inconsciente y a través de lejanas semejanzas, para los otros por la visión cara a cara y “la consumación en la unidad” con el Padre, en un mismo Verbo Espirador del Amor.

Así, se ilumina todo por las cumbres. Dios Padre engendra a su Hijo Único en la Luz y, con Él, en un acto indivisible, espira un mismo Espíritu de Amor. Él envía a este mismo Verbo y a este mismo Espíritu al mundo de los espíritus y de las almas rescatadas, queriendo asociarles a su propia Vida. Por ahí, las procesiones eternas “ad intra” se prolongan hacia fuera, por las iluminaciones del Verbo y las mociones del Amor, introduciendo a los ángeles y a los hombres en el ciclo mismo de la vida trinitaria. El Espíritu Santo, Don eterno y mutuo del Padre al Hijo y del Hijo al Padre, nos es dado en el tiempo, cuando el alma, divinizada por la gracia de la adopción, entra en posesión de la naturaleza del Padre y se hace por la fe “participante del Verbo”, y, por la caridad, “participante del Amor Subsistente”.¹⁷

Procesiones eternas y temporales, Don del Espíritu y misiones divinas que traen a las almas la Presencia real, substancial, como objeto de conocimiento y de fruición experimentada del Padre, del Verbo y del Amor: todo ello se encadena en el movimiento de comunicación de esta vida divina, que halla su prototipo y su modelo ideal en la “circuminsesión” o presencia mutua de las

15. *I Sent.*, d. 14, 9, 2, a. 2.

16. *III Sent.*, d. 25, 9, 2, a. 2, sol. 4.

17. *I*, 38, 1.

Tres Personas divinas en su indivisible Unidad, descansando el Padre en el Hijo, el Hijo en el Padre, y el Padre y el Hijo en su común Espíritu. Esta visión divina rige nuestro propio destino. "Padre, Yo quiero que allí donde Yo estoy, estén también ellos conmigo... que todos sean uno como Tú, Padre, estás en Mí y Yo en Tí, que ellos también sean uno en Nosotros... uno como Nosotros." Imposible el no perderse en tales abismos de unión divina, y apenas osaríamos balbucir estas sublimes verdades si no las hubiese formulado el Hijo mismo, la Palabra divina Encarnada. Su divina afirmación nos deja seguros y en paz. Quien las ha pronunciado no es sólo un doctor místico, ni de valor excepcional, sino el Maestro de los maestros, el Doctor de los doctores, la Verdad misma.

La Iglesia ha adoptado resueltamente la explicación dada por el genio de Santo Tomás y basada en San Agustín y en las Sagradas Escrituras. Las palabras de Jesús son clarísimas: "Si alguno me ama..." El Amor es la condición para esta presencia amistosa que conduce a la manifestación del Verbo en las almas habitadas por Dios. "El que recibe mis preceptos y los guarda, ése es el que me ama; el que me ama a mí será amado de mi Padre, y yo le amaré y me manifestaré a Él."¹⁸ Es toda la Trinidad la que desciende al alma para iluminarla con la claridad del Verbo y llevarla hacia el Padre al ritmo de un mismo Espíritu de Amor.

Tales son las verdaderas perspectivas del problema de la experiencia mística. Dios ha creado el mundo de los espíritus y el de los hombres, y ha enviado a su Hijo al mundo en la Encarnación tan sólo para encaminar a los elegidos hacia la beatificante visión de la Trinidad y, allí, "consumarlos a todos en la Unidad".

El mejor método

El método mejor para penetrar en el misterio de las misiones divinas y de la inhabitación de la Trinidad en el alma, fundamento de toda vida cristiana, consis-

18. *Io* 14, 21.

te en partir de la visión beatífica, que nos revela el sentido de nuestra vida divina en su pleno desarrollo. La anatomía explícita la embriogenia, la encina explica la bellota.

Este es el método preconizado por la Iglesia. "Importa observar —declaraba explícitamente el Papa Pío XII— que se trata aquí de un misterio" oculto, envuelto en un velo durante nuestro destierro sobre la tierra, misterio que nunca se podrá comprender del todo ni expresar en lenguaje humano. Se habla de inhabitación en nosotros de las Personas divinas, designándolas como presentes en las creaturas inteligentes, de un modo que permanece inescrutable. El alma llega a las Personas divinas *mediante el conocimiento y el amor*, de una manera que rebasa a toda naturaleza creada, enteramente íntima, verdaderamente singular.

"Si queremos intentar hacernos siquiera una idea de lo que es esto, no hemos de descuidar el método que recomienda tanto el Concilio Vaticano para tratar asuntos así: quien desee obtener alguna luz acerca de estos misterios de Dios debe compararlos entre sí y todos ellos con el fin último. Nuestro sabio predecesor León XIII, hablando de nuestra unión con Cristo y de la inhabitación del Espíritu Santo en nosotros, nos invita con razón a volver la mirada hacia aquella visión beatífica del Paraíso, en la que esta misma unión mística alcanzará su consumación perfecta." "Esta admirable unión llamada "habitación", explica él, no difiere más que por su condición y estado de la de los bienaventurados del cielo a los que Dios colma de felicidad." (Encíclica *Divinum illud munus*, del 9 de mayo de 1897.)

"En esta visión se nos permitirá contemplar de una manera inefable al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, con la mirada de nuestra alma, confortados por la luz de lo alto, asistiendo muy de cerca y eternamente a las procesiones íntimas de las Personas divinas y gozando de la misma dicha que la beatísima, santísima e indivisible Trinidad." (Encíclica *Mystici corporis*, del 20 de junio de 1943.)

Es preciso, pues, considerar esta experiencia divina, en primer lugar, en un estadio más evolucionado de la

visión del Verbo, y después, *por un método regresivo*, tratar de discernir análogos lineamientos en la imperfecta fruición de Dios que puede conseguirse aquí abajo. Las mismas líneas estructurales aparecen aquí en condiciones diferentes: mientras que en el cielo son de claridad plena, en la tierra se muestran a través de las obscuridades de la fe. Es el mismo Dios, que se halla presente como Agente realizador, como Objeto de conocimiento y de amor, como Ejemplar y como Fin.

Toda la Trinidad actúa *en el espíritu de los bienaventurados* para comunicarles la luz de gloria. Esta primera fase de pura causalidad eficiente es un prerrequisito, por el que la Trinidad se hace realmente presente con una presencia creadora y divinizadora.

El alma, elevada al nivel de Dios, hecha verdaderamente deiforme en su ser, es en adelante capaz de captar a Dios directamente en su Esencia Increada. Transformada en Él por su filiación de gloria, es introducida en plena visión divina para participar allí de la misma vida de luz en el Verbo y de amor en el Espíritu Santo. La esencia divina pasa a ser el objeto inmediato y deslumbrador de su contemplación amorosa. Entonces se halla presente la Trinidad con un nuevo título, con una presencia no ya sólo creadora y divinizadora, ontológica, sino objetiva, a la manera de Personas familiares con quienes se vive en el "cara a cara", a rostro descubierto.

Las tres Personas divinas, realizadoras de estas riquezas de gracia y de gloria en el alma, imprimen en ella su propia semejanza, lo mismo que todo agente en sus efectos: el Verbo viniendo a ser en ella su propio Pensamiento, el Espíritu Santo arrebatándola con Él en un mismo movimiento de Amor. Presencia asimiladora, que imprime en el alma bienaventurada la imagen viviente de la Trinidad.

El alma así beatificada no puede querer otra cosa que la posesión y la perfecta fruición de la Trinidad, encontrando en ello una dicha infinitamente deleitable en un abrazo sin fin. Pero, lejos de detenerse en este gozo divino que la colma de felicidad, el alma va más allá y lo refiere todo a Dios y a su Gloria. La Trinidad es su supremo fin. En su impotencia para alabarla dignamente,

abísmase el alma, con el Cristo Total, en la eterna loa del Verbo.

En el cielo de la gloria, la Trinidad es la causa eficiente, objetiva, ejemplar y final de la bienaventuranza, totalmente divina, de los elegidos.

Lo mismo sucede, salvadas todas las proporciones, *en la experiencia mística sobre esta tierra*. Es verdaderamente de toda la Trinidad de quien goza ya el alma por el amor. El Hijo de Dios hecho carne nos lo ha asegurado: "Si alguno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre le amará, y vendremos a él y en él haremos morada".¹⁹ La presencia del Espíritu es afirmada igualmente, y siempre con la misma condición, la del amor que se prueba con las obras y la práctica de todas las virtudes: "Si me amáis, guardaréis mis mandamientos; y Yo rogaré al Padre, y os dará otro Abogado, que estará con vosotros para siempre, el Espíritu de Verdad, que el mundo no puede recibir, porque no le ve ni le conoce; vosotros le conocéis, porque permanece con vosotros y está en vosotros". Y prosiguen las declaraciones del Maestro, indicando los maravillosos efectos de unión que produce esta presencia divina: "Conoceréis que Yo estoy en mi Padre, y vosotros en Mí y Yo en vosotros. El que recibe mis preceptos y los guarda, ése es el que me ama; el que me ama a Mí será amado de mi Padre, y Yo le amaré y me manifestaré a él".²⁰ Con el Verbo todo acaba siempre en una luz de amor.

Los textos de la Escritura son claros. Verdaderamente, las Tres Personas divinas, Padre, Hijo y Espíritu Santo, moran en nosotros en la verdad de su substancia, en la realidad de su Ser Increado. La indivisible Trinidad está ahí toda entera. Donde el Padre, allí está el Hijo y allí el Espíritu Santo.

19. *Io* 14, 23.

20. *Io* 14, 15-21.

*Dos aspectos fundamentales
de la experiencia mística*

Según el método regresivo preconizado por el magisterio de la Iglesia, una explicación íntegra de la experiencia mística requiere que se examinen con atención estos dos puntos fundamentales:

- la acción de la Trinidad en nosotros,
- las reacciones del alma.

A. La acción primordial de Dios

Detenerse en el mero análisis de los estados del alma equivaldría a contentarse con dar sólo una explicación parcial, inadecuada, y desconocer la acción primordial de Dios, tan relevante en los santos. Cuanto más se elevan las almas en perfección, más actúa Dios en ellas. La acción principal de Dios y la colaboración personal de las almas constituyen dos verdades correlativas, inseparables.

Importa que subrayemos con fuerza este primado de Dios. Todo se explica así. Ahora bien, la acción de Dios en el universo tiene su origen en las procesiones eternas del Verbo y del Amor. Es en estas perspectivas trinitarias donde hay que saber colocarse a los comienzos de todo estudio de la experiencia mística. Dios Padre lo conoce todo en su Verbo, prototipo de las creaturas, Sabiduría creadora emanante de Él y constituyente de su eterno "Arte", "Ars Patris", según la bella fórmula de San Agustín.²¹ El Padre y el Hijo, juntos, han creado el universo en el impulso del indivisible Amor que procede de Ellos.

Nosotros, creaturas, nos hallamos envueltos de la misma luz y del mismo Amor que brota en el seno de la Trinidad, al conocerse a Sí mismo el Padre y conocer todas las cosas en su Verbo, y al amarse el Padre, el

21. *De Trinitate*, VI, 10; PL, 42, 931.

Hijo y el Espíritu Santo entre Sí y amarnos a nosotros en el mismo Acto de Amor. Este Amor creador ha hecho salir de la nada el universo y lo mantiene a cada instante en la existencia. Esta acción creadora y conservadora pone a Dios en contacto con toda creatura, en la raíz de su ser, en una intimidad de coexistencia que rebasa infinitamente todos los modos de presencia de las creaturas a sí mismas. La Trinidad está en todas partes, "ubique Trinitas", con una presencia creadora que lo penetra todo de su indivisible Realidad, y lleva hasta la parcela más minúscula del ser la generación del Verbo y la espiración del Amor Eternal, todas las perfecciones de los atributos divinos en el orden del Ser, del Pensamiento, del Amor y de la Acción, en una infinita beatitud.

Es tan sólo a título de Causa eficiente, Primera y Creadora, como la indivisible Trinidad se halla así en todos los seres, sin que la mayor parte de ellos, privados de conocimiento, puedan sospechar esta Presencia divina, que tiene ocultos en ellos los infinitos tesoros de la Trinidad. Esta Presencia creadora les es común a todas las creaturas, y la desigualdad de efectos que produce libremente el Agente divino no constituye nuevos grados que se diferencien específicamente. Toda la acción divinizadora de Dios Trino en el mundo de la gracia y de la gloria no es sino una extensión de una misma causalidad eficiente.

Es maravillosa la Omnipotencia de Dios en su actuar sobre el universo material. Su acción creadora y motriz, lo mismo en el mundo de lo inmensamente pequeño como en el de las más grandes dimensiones, retiene la atención de nuestros sabios. ¿Quién piensa en la acción íntima de Dios en cada uno de nosotros? A los Ojos del Eterno, una sola alma tiene más valor que todo el universo, y las maravillas que Dios opera en lo secreto de nuestras vidas son, con mucho, más extraordinarias que todos los esplendores del cosmos material. A cada momento, la Trinidad creadora hace surgir de la nada nuevas almas que vienen a poblar y enriquecer nuestro universo. El Poder de Dios las mantiene fuera de la nada, las mueve a sus actos, las ilumina con la claridad del Verbo, las conduce mediante el soplo de un Espíritu de

Amor. El Dios interior no se está inactivo. La Trinidad se inclina perpetuamente sobre las almas para divinizarlas.

Nada escapa de la influencia todopoderosa de Dios sobre las más pequeñas parcelas del ser. Así el más imperceptible movimiento del átomo como el más elevado impulso espiritual de los serafines, requieren la intervención directa, inmediata, personal de Dios: Padre, Hijo y Espíritu Santo. Esta actividad presenta multiformes aspectos, según recaiga sobre la inteligencia o la voluntad, sobre nuestras facultades sensibles o sobre los elementos materiales de nuestro cuerpo.

Las profundidades del alma son el teatro privilegiado de las divinas operaciones: iluminaciones incesantes del Verbo, inspiraciones y mociones continuas del Espíritu, progresiva transformación de todo el ser humano a imagen de Cristo. A través del juego de las causas segundas, va realizando Dios en las almas y en los espíritus la total transformación de los mismos en Él. Su personalidad sigue siendo la propia de cada uno, pero con una identificación espiritual cada vez más perfecta con Dios, hasta la "consumación en la unidad", según el supremo voto de Cristo. La historia del universo se reduce, en definitiva a los avances y retrocesos de estas misiones divinas. Todo lo restante es secundario y perecerá.

Esta acción puede apropiársele al Padre, al Hijo o al Espíritu Santo. Esta aproximación a la ejemplaridad trinitaria no va más allá del modo de la apropiación. Nuestra gracia de filiación divina se le atribuye, así, al Padre como a su Autor, al Verbo como a su Prototipo por su filiación eterna, al Espíritu Santo como al Artesano que la realiza. De hecho, es la Trinidad toda la que nos adopta y nos comunica una participación en su común Naturaleza divina. Al atribuir a las Tres Personas divinas las obras de Dios "ad extra", no es posible soslayar la ley absoluta de la apropiación. Un uso discreto de esta ley permite, no obstante, recurriendo a evocadoras aproximaciones que esclarecen mucho, comprender mejor la especial correspondencia que media entre los efectos del mundo de la gracia y el carácter propio de cada una de las Tres Personas divinas. La Unidad de

las Personas divinas entre Ellas viene a ser así el ejemplar supremo de la unión consumada de las almas con Dios.

Estas Tres Personas divinas se hacen Ellas mismas conductoras de las almas para encaminarlas hacia la unidad divina. Dios Padre las ilumina por su Verbo para guiarlas hacia Él con su Espíritu de Amor. La "consumación" de todos los elegidos "en la unidad" de la Trinidad es el fin a que tiende el gobierno del mundo. El fin supremo del universo es que los predestinados rindan a la Trinidad la mayor gloria en la visión de Dios.

B. Las reacciones del alma

A la acción divinizadora de Dios debe corresponder la colaboración personal del alma. La experiencia mística es la síntesis de esta doble actividad convergente en el momento en que el alma alcanza las más altas cimas de la vida espiritual. Dios no concede habitualmente tales gracias de unión sino después de haber hecho pasar a las almas por grandes pruebas. San Juan de la Cruz ha notado con tristeza el escaso número de almas a las que Dios eleva a la unión transformante porque la mayoría de ellas no tienen el coraje necesario para aguantar las purificaciones pasivas que preparan para la unión amorosa. Si se rehusa el padecer, Dios retiene sus dones.

No es nuestro cometido aquí el pararnos a considerar las formas de la vida espiritual propias de los incipientes y de los proficientes, sino el explicar la experiencia mística reservada por lo común a los perfectos bajo la acción predominante del don de sabiduría.

En la raíz de toda experiencia mística está la gracia santificante. He aquí un criterio decisivo. No puede haber experiencia de Dios sin su gracia. No puede haber ningún contacto experimental con la Divinidad en el plano natural. Un abismo infranqueable separa a la creatura de su Creador. Para el alma abandonada a sus solas fuerzas naturales, "Dios habita en una luz inaccesible".²² El diá-

22. 1 Tim 6, 16.

logo de amor no puede establecerse. El "vivir juntos" propio de la amistad exige cierta igualdad. Sola la gracia eleva al hombre al consorcio con la naturaleza divina. Entonces cambian todas las perspectivas. El alma cristiana es introducida, por su divina filiación, en la intimidad de las Tres Personas divinas. El Dios ya presente en ella por su Causalidad creadora, le aparece de repente como Padre y como Amigo. A las simples relaciones de creatura añádense ahora los vínculos de filial intimidad con su Dios, que se ha hecho el objeto de su contemplación y de su amor.

Para comprender cómo pueden las almas entrar en comunión íntima con las Tres Personas divinas, es indispensable discernir bien las múltiples formas de la Presencia de Dios y el sentido de la inhabitación de la Trinidad en las almas, condición para la experiencia mística.

La Trinidad está presente a Sí misma por "circuminsección" en la comunicación íntima de la Esencia divina y en el reposo mutuo del Padre en el Hijo y en el Espíritu Santo, o recíprocamente. "¿No sabéis vosotros —decía Jesús— que Yo estoy en el Padre y el Padre está en Mí?"²³

Hay otra presencia de Dios, absolutamente única, por subsistencia personal del Verbo en la humanidad, de Jesús, presencia substancial en el orden del Ser, que mantenía a Dios en Persona siempre presente en Cristo, formando unidad con Él.

Finalmente, Dios está presente en sus creaturas de dos maneras:

— por su presencia creadora, es decir por su causalidad eficiente, en todos los seres del universo,

— por su presencia de gracia y de amistad, a modo de objeto y de fin beatificante, en las almas de los justos que gozan de Él por el conocimiento y el amor.

Dios está en todos los seres por su causalidad creadora. El menor átomo de ser, para subsistir fuera de la nada, necesita la presencia inmediata de "Aquel que Es".

23. *Io* 10, 38.

Y como en Dios la Esencia es indivisible, allí donde se manifiesta su Acción, allí están su Naturaleza, su Ser, las Tres Personas divinas y sus infinitas Perfecciones. Dios es indescomponible, está todo Él en todas partes, tan presente en un grano de arena como en Sí mismo y en todo el universo. Y a cada uno de los seres de la creación viene con todas las riquezas de su Trinidad.

La Trinidad está, así, en todos los justos y en todos los pecadores, como la Fuente productora de su ser. Pero este Dios oculto sólo se revela a sus amigos. Está en todas partes por su presencia creadora, pero no habita más que en las almas de los santos.

No es en la línea de la causalidad eficiente donde se ha de intentar descubrir el modo característico de esta especial presencia de Dios Trino en las almas de los justos, sino en la *línea de la finalidad*, del retorno de la creatura hacia Dios mediante sus propios actos, hasta alcanzar a Dios en Sí mismo, en la unidad de su Naturaleza y en la Trinidad de las Personas, *a título de objeto de conocimiento y de amor*. La fe no basta, ni tampoco ninguna otra forma de conocimiento natural o sobrenatural; aquí son absolutamente necesarias la gracia y la caridad, la divinización del alma, su sobreelevación infinita al nivel de Dios mismo, su familiar introducción en la intimidad de las Tres Personas divinas. Solamente en estos términos puede hablarse de inhabitación, de "vida conjunta", según el realismo de las Sagradas Escrituras y las declaraciones expresas del Señor: "Si alguno me ama"... La condición de esta recíproca unión y de este cohabitar Dios con sus creaturas inteligentes es indicada de modo expreso: el amor. Sólo entonces se presenta Dios a ellas como objeto de conocimiento y de amistad: "Yo me manifestaré a él",²⁴ decía Jesús.

Esta presencia de gracia "presupone" la presencia creadora que le aporta la presencia real, substancial, de toda la Trinidad, en el trasfondo de su alma, en la fuente misma de su ser. Siguiendo a San Agustín y a otros maestros medievales, Santo Tomás ha insistido en esta presencia ya realizada en el alma por modo de

24. *Io*, 14, 21.

eficiencia, en el que la gracia hace aparecer a Dios bajo un nuevo aspecto, específicamente distinto, no ya como Agente creador, sino como Persona viva y amiga, objeto deleitable de su mirada amorosa. Es toda la Trinidad, que viene a establecer en el alma su mansión.

El modo propio, específico, que precisa el medio formal de esta nueva presencia especial de Dios que se sobreañade a la presencia creadora, lo había anunciado Santo Tomás, desde sus primeras enseñanzas parisienses, en una fórmula que se haría clásica y que el magisterio eclesiástico adoptaría como expresión de su pensamiento: Dios está presente "*a modo de objeto*". Hay que leer con gran atención este texto de juventud, extraordinariamente preciso: "Dicendum quod aliae creaturae, quamvis consequantur divinam similitudinem per operationem ipsius Dei, non tamen attingunt ad ipsum Deum secundum suppositum; et ideo, quamvis Deus in eis sit, non tamen ipsae cum Deo sunt. Sed creatura rationalis amat et cognoscit; et ideo cum Eo esse dicitur. Et eadem ratione dicitur capax Dei, sicut suae perfectionis, *per modum obiecti*; et propter hoc etiam dicitur templum Dei et inhabitari a Deo".²⁵

El problema de la diferencia entre la presencia universal de Dios en todas las creaturas y su especial presencia en los santos es tratado aquí "*ex professo*". En el primer caso, las creaturas reciben de la acción divina una cierta similitud con Él, pero que no les otorga el alcanzar a Dios en Sí mismo, en su Realidad personal. Dios está *en* todos los seres, pero todos no están "*con*" Él. Por la gracia, al contrario, la creatura racional alcanza a Dios en Sí mismo. A Él es verdaderamente a quien conoce y ama. Vive *con* Él. Se hace así "*capaz de Dios*", en quien halla su perfección a modo de objeto de contemplación y de amor. El alma es templo de Dios. Él habita en ella. El Santo Doctor se mantendrá en esta línea de pensamiento hasta el final de su vida, y la Escuela tomista será inviolablemente fiel a esta enseñanza. Si algunos teólogos modernos han creído deber apartarse de ella, es porque no han comprendido todo el

25. *I Sent.*, d. 37. Expositio primae partis textus. Cf. también el artículo clásico, *I Sent.*, d. 37, 1, 2.

realismo de esta posición. La historia de las variaciones de las opiniones contrarias demuestra que es imposible alejarse de ella sin correr el riesgo de meterse por un callejón sin salida.

Más allá de los dones creados, el alma divinizada alcanza a Dios mismo por un contacto personal con Él. No se detiene en la gracia, ni en los dones recibidos, sino que los supera en una nueva relación: no ya de efecto a causa, sino de unión por la fe y el amor. Y esta relación nueva la pone en posesión objetiva y frutiva de su Dios. El Espíritu Santo se le da en Persona, a través de sus dones, y, con Él, el Padre y el Hijo. Cuando se ha llegado a esto se esclarecen los dones de la experiencia mística. El alma deificada puede gozar con entera libertad de la posesión de las Tres Personas divinas. El alma está dispuesta, habilitada por la gracia de la adopción, para entrar como en la suya en la Familia divina y gozar de toda la Trinidad. Se sirve del don creado para unirse a la Persona divina. El Dios Trino se le da en gozo, a su gusto, como dos seres que se aman se dan mutuamente el uno al otro. Dios, sin disminución ninguna de su dignidad, se hace nuestro Amigo, sin dejar de ser, en su Bondad soberana, nuestro Fin supremo y beatificante.

Dentro de este mundo nuevo cabe distinguir varios grados de presencia e inhabitación divina:

— una presencia denominada sencillamente "habitual", a título de simple disposición latente, como la que se da en el niño recién bautizado, en el adulto distraído, en el santo mientras duerme;

— una presencia actualizada, cuando el alma cristiana se lanza hacia Dios por la fe y el amor. Alcánzalo "tal cual es Él", en Sí mismo, con todo el realismo de su fe. Dios está presente en ella como Padre y como Amigo. Y no se le pide más al alma: la inhabitación de la Trinidad en el alma no exige que se tenga conciencia refleja de que Dios está dentro; hay santos que gustan de hallar a Dios en el espectáculo que les ofrece el universo, otros en la contemplación intensa y penetrante de su Vida íntima en el misterio de la generación del Verbo

y de la espiración del Amor Eternal. ¿Habrá que excluir de la experiencia mística a quienes saborean así la infinita grandeza del Dios Trino? Parece que no. Hay mil formas de experiencia mística y de unción transformante. Cada santo posee su fórmula personal de unión con Dios. Al lado de las grandes formas benedictinas, dominicanas, franciscanas, sanjuanistas, teresianas, ignacianas, salesianas... existen en la Iglesia innumerables tipos de santidad y de unión amorosa con Dios.

Semejantemente, tampoco hay que reservar a algunas almas místicas el beneficio de la inhabitación íntima de la Trinidad, que las palabras de Jesús y las enseñanzas de las Escrituras reconocen en todos los amigos y servidores de Dios. Esta inhabitación de Dios en su pueblo es uno de los grandes temas bíblicos. Tal vez los estudios contemporáneos, con su atención casi exclusiva a los estados superiores de la vida espiritual bajo el régimen de los carismas y de los dones del Espíritu Santo, hayan desviado la reflexión teológica apartándola de un punto esencial que es el fundamento de toda la vida de unión con Dios entre los fieles. Los textos evangélicos no justifican semejante ostracismo. Por el contrario, adjudican a todos los hombres que se hallen en estado de gracia, tanto a los del Antiguo Testamento como a los del Nuevo, el beneficio de esta inhabitación de la Trinidad en las almas de los justos. Allí donde haya gracia santificante, allí está Dios presente como Amigo, y se hace posible con esto, en su más profunda raíz, la experiencia mística, bajo la personal intervención del Espíritu de Dios, que sopla cuando y como le place.

La vida mística comienza con el régimen de los dones, y la experiencia mística, en su sentido más propio, es, en los santos, coronamiento de la vida de la gracia. Todo el mundo es llamado a experimentar a Dios, pero, por falta de correspondencia a la gracia y de docilidad constante a las inspiraciones del Espíritu Santo, de hecho, la experiencia mística es muy rara en sus grados más altos. Se dan, no obstante, preparaciones y anticipaciones de ella.

El alma experimenta a Dios a través de sus efectos,

cuando, bajo el impulso actual del Espíritu Santo, su fe se hace translúcida, sin llegar a suprimir totalmente sus oscuridades, y los ardores de la caridad aseguran el triunfo, en su vida, de la gracia y de la voluntad de Dios. Esta experiencia mística presenta diversas formas, según el temperamento, el ambiente, la época y el coeficiente personal. En esencia, la experiencia mística depende principalmente de la caridad y del don de sabiduría, pero supone también el concurso de todas las virtudes y de todos los dones. En unos casos, la sabiduría aparece penetrada toda de la virtud de religión y del don de piedad; en otros, más bien de los dones de consejo, fortaleza o temor. "Dios es admirable en sus santos." Unos experimentan la infinita trascendencia de Dios sobre la creación; otros la descubren en el fondo de sí mismos, en el retiro de su alma, en el silencio del amor. Los privilegiados saborean la interior Presencia de un Ser de Luz y de Amor, cuyas gracias de iluminación, de fuerza, pureza y paz experimentan en sus facultades.

Si Dios imprime su semejanza en las almas, si las colma con sus gracias de luz y sus inspiraciones de amor, es para concederles que puedan gozar de Él, de una manera imperfecta y siempre progresiva bajo el régimen de la fe, en espera del perfecto goce de la visión del Verbo.

¿Cómo explicar este modo oscuro de la experiencia mística en la tierra?

Algunos teólogos han pensado que la unión mística se realiza a base de ideas esencialmente infusas, comunicadas directamente por Dios al hombre sin pasar por los sentidos y sin concomitancia de imágenes sensibles, como en el mundo de los espíritus puros. Mas esto sería cambiar la naturaleza y el modo de obrar propios del hombre, que es espíritu encarnado. Otros suprimen el concepto, en un uso supraindicial reservado al don de sabiduría; hay quienes reducen su función a un simple papel de acompañamiento material: el amor proporcionaría el elemento dominante y el medio formal de este conocimiento místico. Parece ser, más bien, que, lejos de dormir o de dormitar como los Apóstoles en Getsemaní, los conceptos mantienen los ojos de los místicos tan abiertos

como los de los Apóstoles sobre el monte Tabor. En la experiencia mística es donde los conceptos logran su máxima actualización e iluminación, pero de un modo negativo, congénito al hombre en su toma de conciencia de las realidades espirituales. De las tres vías de acceso a Dios: causalidad, eminencia, negación, esta última, la de la negación, es el método privilegiado. Versa, no sobre las realidades expresadas, sino sobre la manera supereminente como posee Dios todas esas perfecciones, sin las limitaciones que llevan consigo a todos los modos creados. Por negaciones sucesivas es como los místicos, y los mismos teólogos, se van acercando más y más a la divina trascendencia. Sabiduría teológica y sabiduría mística están ambas ligadas a este modo negativo, sujetas al régimen tenebroso de la fe. Todos nuestros conocimientos, científicos o supracientíficos por inspiración divina, se elevan hacia Dios por las iluminaciones suprasensibles y superracionales, dejando inevitablemente al espíritu en un conocimiento confuso e indistinto, como lo ha descrito magistralmente San Juan de la Cruz. La última intuición negadora, la que versa sobre cómo en todo ser creado se componen realmente la esencia y la existencia, nos hace llegar al supremo conocimiento de Dios que aquí abajo podemos conseguir. Por algo todos los místicos, siguiendo el Pseudo-Dionisio, encarecen lo más posible este asimiento de Dios, comprensión oscura y translúcida a la vez, dándole el nombre de "divina tiniebla", conscientes de que, aquí abajo, la unión con Dios tiene lugar, para todos los hombres, en la noche.

Dios se halla más ausente que presente sobre la tierra.²⁶ Santo Tomás rechaza con energía, incluso del conocimiento místico, una aprehensión inmediata de Dios por el don de sabiduría. Bajo el régimen de la fe, ni los mayores místicos pueden alcanzar a Dios como no sea a través de los efectos de su Presencia. "Sapientia, qua nunc contemplamur Deum, NON IMMEDIATE respicit Ipsum Deum, sed *effectus* ex quibus Ipsum in praesenti contemplamur".²⁷ Es la explicación decisiva. Dios produce en nuestras diversas facultades efectos reveladores de su

26. II-II, 28, 1.

27. De *virtutibus in communi*, a. 12, ad 11.

Presencia: gracias de iluminación en la inteligencia, en la imaginación, en la memoria y en todos los sentidos interiores y exteriores; gracias de inspiración y de impulsos en la voluntad; gracias de fortaleza, de paz, de alegría en nuestra sensibilidad y en todo el ser humano. El alma es advertida de la Presencia de Dios lo mismo que de su propia existencia: no por reflexión abstracta, razonada, sino por conciencia psicológica, empírica, por aprehensión experimental a través de sus actos. Ella descubre con certidumbre que es ella misma la que ve, entiende, piensa, quiere, sufre y goza. La percepción de todo este mundo interior, por introspección concreta, depende de un registro epistemológico diverso de un conocimiento puramente dialéctico y razonador. Nuestra alma espiritual, fuente de todas sus actividades, es percibida no directamente, sino a través de sus actos, en una simultánea toma de conciencia de estos actos y del alma misma de la que dimanan. Sólo a través de los efectos de su presencia, por lo demás sin inferencias dialécticas, sino percibiendo meramente síntomas sensibles y espirituales, tomamos conciencia de nuestra alma como raíz viviente, como forma constitutiva y fuente vivificadora de todos nuestros actos.

Lo mismo ocurre con nuestra aprehensión experimental del Dios presente aunque oculto. Dios está más presente en nosotros que nosotros mismos y que nuestra alma, no como forma constitutiva de nuestro ser, sino como Causa eficiente, creadora y conservadora, como Fuente vivificadora de todas nuestras actividades, las del cuerpo y las del espíritu, iluminadora de nuestros pensamientos, inspiradora de nuestros querer, purificadora de nuestra sensibilidad, motora de todos nuestros actos. Pero la Esencia divina, presente ontológicamente como Causa creadora y conservadora, no está inmediatamente presente como objeto de conocimiento a nuestra inteligencia de espíritus encarnados, ligados inevitablemente a lo sensible en todos los escalones del saber. Y, por lo demás, tal es el caso de nuestra alma. "Quamvis Deus sit in anima per essentiam, praesentiam et potentiam, NON tamen est in ea SICUT OBIECTUM INTELLECTUS; et hoc requiritur ad cognitionem. Unde etiam anima sibi

ipsi praesens est, tamen maxima difficultas est in cognitione animae, nec devenitur in ipsam nisi ratiocinando ex obiectis in actus et ex actibus in potentiam." (*I Sent.*, d. 3, q. 1, a. 2, ad 3.) — "Unde mens nostra NON potest seipsam intelligere ita quod seipsam IMMEDIATE apprehendat; sed ex hoc quod apprehendit alia, devenit in suam cognitionem." (*De Veritate*, q. 10, a. 8.) — "Ad talem enim cognitionem non sufficit praesentia rei quolibet modo, sed oportet ut sit ibi in ratione obiecti." (*I Sent.*, d. 3, q. 4, a. 5.)

Podrían acumularse los textos de Santo Tomás que notifican cómo nuestra cuasiexperiencia de Dios aquí abajo se opera siempre a través de los efectos de su acción: "Per effectum amoris filialis quem in nobis facit" (*Ep. ad Rom.*, VIII, 16). — "Duplex cognitio divinae bonitatis... Una speculativa... Alia... affectiva sive experimentalis, dum quis experitur in seipso *gustum* divinae dulcedinis..." (*II-II*, q. 97, a. 2, ad 2.) — "Per quamdam experientiam *dulcedinis* novit." (*I-II*, q. 112, a. 5.)

Sin embargo, esta toma de conciencia psicológica, experimental, no se detiene en los meros efectos: atáñenle directamente, pero, a través de ellos, por ellos y en ellos, como en signos evocadores de sus causas, percibe oscuramente la Realidad divina de la que esos efectos proceden. Así, Dios viene a ser cuasiexperimentalmente cognoscible por nosotros, a través de los efectos de su Amor, de su Poder, de su Sabiduría, de su Misericordia y de su Acción sobre las creaturas. Nosotros experimentamos en lo más íntimo de nuestro ser y de nuestras facultades esta Acción divina. No se trata del conocimiento de un ser lejano, como podría serlo un chino o un japonés, sino de la percepción de un Ser que está presente en nosotros como Fuente vivificadora cuyo luminoso y cálido fluir experimenta nuestra alma sin ver el manantial mismo, lo mismo que en una habitación oscura percibimos, por su respiración, la presencia de un ser conocido y amado. Se encuentra allí, muy junto a nosotros, y, aunque no le veamos, le adivinamos, le sentimos. Esta presencia real, sustancial, personal de un ser querido, aunque esté envuelto en la oscuridad, no es fruto subjetivo de nuestros actos, sino que son nuestros actos de

percepción los que nos aseguran de su presencia objetiva a través de indicios reveladores ciertos.

Si llamamos a esta experiencia de Dios aquí abajo una *cuasi*-experiencia, no es para negarle su carácter empírico, sino simplemente el de conocimiento directo, de visión inmediata, evidente. Trátase de una captación de Dios, pero a través de los efectos de su Presencia y en la noche.

La única verdadera experiencia directa de Dios es la visión beatífica.

VII

SABIDURÍA Y LOCURA

Juzgar de todas las cosas a la luz de Dios es la suprema sabiduría. Rechazar a Dios, la mayor locura. Nuestros Libros sagrados insisten en que es locura una existencia humana sin Dios. Los escritos sapienciales oponen a menudo la sabiduría a la locura. Los elogios de la sabiduría llevan frecuentemente, por contraste, a la descripción de la locura y de sus disparates. Sin Dios, nada tiene sentido, el hombre avanza por la vida sin finalidad y sin control.

“Dirige el sabio su mente a la derecha,
y a la izquierda el necio.”²⁸

La Sabiduría hecha carne y descendida entre los hombres para revelarles a Dios nos dirá que los verdaderos sabios no son los más ricos, ni los más inteligentes, sino los pobres de espíritu y los humildes de corazón. “Yo te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque ocultaste estas cosas”, es decir, todos estos misterios del reino de Dios, “a los sabios y discretos y las revelaste a los pequeñuelos”.²⁹

A su vez, San Pablo opondrá la falsa sabiduría de

28. *Eccl* 10, 2.

29. *Mt* 11, 25.

este mundo, que es "locura a los ojos de Dios", al escándalo de la Cruz, que es la verdadera sabiduría divina.

La civilización moderna, penetrada toda de ateísmo, hundida en el materialismo y amenazada de autodestrucción por la gigantesca potencia de su propia técnica, nos ofrece el espectáculo dramático de "un mundo sin Dios y sin Cristo".³⁰

Uno no puede menos de angustiarse cuando se pregunta que ocurrirá mañana: Dios o la bomba atómica, el dilema es insoslayable.

¿Cómo medir el cometido y la influencia de un don que mantiene al alma siempre de cara a Dios en el ejercicio del amor? Si la caridad es la reina de las virtudes, el don de sabiduría es el regio don de la contemplación y la acción. Su afinidad con el amor, su perpetuo contacto con el pensamiento mismo de Dios, confiérenle la primacía sobre todos los restantes dones y sobre todas las virtudes, exceptuadas las teologales, con las que, por lo demás, se halla en estrecha conexión. Para desenvolverse y expandirse, el don de sabiduría necesita este clima teologal, enteramente divino, que conserve su mirada contemplativa fija sobre su Dios. Todo el resto le parece vano. "Todo y nada." El "Todo" de Dios y la "Nada" de la creatura: tales son los dos polos en que se apoya el don de sabiduría. Jamás se demora en las creaturas por sí mismas. Lo ve todo a la luz de Dios. No se detiene en las contingencias; juzga todas las cosas bajo su aspecto de eternidad. Contempla a Dios en todas partes, en el bien y hasta en el mal.

Cuando se ha comprendido a Dios, no hay ya más problemas: es el descanso de la inteligencia y, para el alma, una paz inmutable. Es "la bienaventuranza de los pacíficos" realizada en esta tierra, la alegría de los hijos adoptivos que se saben amados por un Padre Omnipotente y Misericordioso cuyo solo deseo es colmarles de felicidad. El mal sigue siendo el mal, el pecado sigue siendo el mayor enemigo de Dios, el único en definitiva, pero aun el mismo mal, tanto en su culpa como en su pena, aparece formando parte del orden de los designios

30. Eph 2, 12.

EL DON DE SABIDURÍA

divinos. El infierno es la creación vengadora del Primer Amor.

Mas es sobre todo el cielo lo que atrae al alma; el cielo: para proclamar allí la gloria de Dios y participar con todos los ángeles y todos los santos en el cántico de las divinas misericordias, en el himno del amor eternal. Este mundo es efímero, pasará. El alma, iluminada por el don de sabiduría, no detiene ya su vista sobre este mundo creado, sino que lo descubre todo a la luz del Verbo, y, dirigida por el Espíritu, lo mide todo por su valía de amor. Nada de la tierra la retiene ya. Con espíritu de eternidad, saborea aquí de antemano, en la delectación del Amor, el TODO DE DIOS.

IV. Su medida divina y su modo de formar.

V. Su lugar en el organismo sobrenatural.

VI. Vicios opuestos.

VII. La desaventuranza correspondiente.

VIII. Su función en la vida espiritual.

*El Espíritu de consejo nos descubre
los sentidos de Dios.*

CAPITULO VI
EL DON DE CONSEJO
(Resumen)

I. Su revelación

II. Su naturaleza

III. Su campo de acción.

IV. Su medida divina y su modo deiforme.

V. Su lugar en el organismo sobrenatural.

VI. Vicios opuestos.

VII. La bienaventuranza correspondiente.

VIII. Su función en la vida espiritual.

El don de consejo tiene precisamente por fin dirigir nuestros actos conforme al plan eterno con que Dios gobierna el mundo. Nos permite entrar a formar parte de los designios de la Providencia, todavía entre las obscuridades de la fe, pero con todo el impulso de nuestro amor y con total libertad. Siendo fieles a las inspiraciones del Espíritu de consejo, nos identificamos en cada uno de nuestros actos con la voluntad de Dios, Regla suprema de toda santidad.

Al estudiar este don, analizaremos sucesivamente:

- su revelación,
- su naturaleza,
- su campo de acción,

*El Espíritu de consejo nos descubre
las sendas de Dios.*

CAPÍTULO SEXTO

EL DON DE CONSEJO

La acción del Espíritu Santo en las almas es preciso verla, en lo posible, desde los horizontes de Dios. Demasiado numerosos son los estudios sobre los dones del Espíritu Santo que se dejan encerrar en una problemática puramente escolar, siendo así que es éste un dominio que requiere gran experiencia de almas y en el que la consideración debería descender a las mil contingencias de la acción humana y tener la amplitud de visión necesaria para abarcar todo el universo. La Providencia vela por cada uno de los elegidos, y, a través de todos los acontecimientos de la historia del mundo, el Espíritu Santo endereza a los predestinados hacia la Ciudad de Dios. La Trinidad interviene en nuestras más insignificantes acciones cotidianas. Dios guía hacia Dios.

El don de consejo tiene precisamente por fin dirigir nuestros actos conforme al plan eterno con que Dios gobierna el mundo. Nos permite entrar a formar parte de los designios de la Providencia, todavía entre las obscuridades de la fe, pero con todo el impulso de nuestro amor y con total libertad. Siendo fieles a las inspiraciones del Espíritu de consejo, nos identificamos en cada uno de nuestros actos con la voluntad de Dios, Regla suprema de toda santidad.

Al estudiar este don, analizaremos sucesivamente:

- su revelación,
- su naturaleza,
- su campo de acción,

- su medida divina y su modo deiforme,
- su lugar en el organismo sobrenatural,
- los vicios opuestos,
- la bienaventuranza correspondiente,
- su función en la vida espiritual.

I

SU REVELACIÓN

Hay un hecho histórico dominante, que debe retener toda nuestra atención, antes de dedicarnos a buscar los textos de la Biblia concernientes a la revelación del don de consejo: todos los grandes personajes del Antiguo y del Nuevo Testamento aparecen, en su comportamiento al servicio del pueblo de Israel y de la Iglesia de Cristo, como “hombres de Dios” movidos por su Espíritu. Así, Abraham, Moisés, los Profetas, los Jueces y los Reyes, los testigos evangélicos de la infancia del Salvador, y, más que ningún otro, Cristo mismo en quien reposaba la plenitud del Espíritu, los Apóstoles, en fin, y los primeros discípulos de Jesús en los esplendores del día de Pentecostés. Los Hechos de los Apóstoles no son otra cosa que el relato de las maravillas operadas por el Espíritu Santo en la Iglesia primitiva.

El teólogo encuentra aquí numerosos tipos concretos del don de consejo, de hombres guiados por el Espíritu. Nada iguala en valor demostrativo a estos ejemplos vivientes, que dan a la acción directa y personal de Dios el máximo relieve.

Por añadidura, las declaraciones explícitas abundan sobre todo en los libros sapienciales y en las máximas espirituales diseminadas por los escritos del Nuevo Testamento, en las que se pueden ver formas características del don de consejo.

“Muéstrame, ¡oh Yavé!, tus caminos,
guíame por la senda recta.”¹

1. Ps 27, 11.

Y la magnífica respuesta de Dios a la súplica del salmista:

“Yo te haré saber y te enseñaré el camino que debes seguir; seré tu consejero, y estarán mis ojos sobre ti.”²

¡Cuántos otros textos del Antiguo Testamento evocan la acción conductora de Dios hasta en los más mínimos detalles de la vida de los hombres o en los mayores acontecimientos de la historia de Israel! Todos “los designios de los pueblos” se esfumarán, Dios les “obstaculizará todos sus proyectos”, mientras que “su propio plan perdurará para siempre”.

“Mira Yavé desde los cielos, y ve a todos los hijos de los hombres. Desde la morada en que se asienta ve a todos los habitantes de la tierra. Él es quien ha hecho todos los corazones y conoce a fondo todas sus obras.”³

El encamina a los justos “por sendas derechas” y deja que los malvados corran por sus “tenebrosos caminos”. Asiste a sus fieles servidores con sus luces divinas, guiándoles como el pastor lleva su ganado hacia los pastos de vida.

El derramará sobre su Servidor, Jesús, la plenitud de su Espíritu de consejo, y, en los tiempos mesiánicos, penetrará toda carne y llenará de su Espíritu a todos los hijos de los hombres, sean jóvenes o viejos. Pentecostés fue la deslumbrante realización de esta eflorescencia del Espíritu de Dios sobre sus hijos adoptivos profetizada por Joel. En continuidad con los Hechos de los Apóstoles, la historia de la Iglesia atestigua diariamente esta asistencia divina tanto en el trasfondo de las almas como en el engranaje de las instituciones: el Espíritu de Jesús va conduciendo a su Iglesia, paso a paso, hacia la Ciudad de Dios.

2. Ps 32, 8.

3. Ps 33, 10-15.

II

SU NATURALEZA

Para comprender la naturaleza del don de consejo es preciso parangonarla con la virtud de la prudencia, su correspondiente en el plano de la actividad de los dones del Espíritu Santo.

La virtud de la prudencia, proporcionándose al fin supremo de toda vida humana —la posesión beatificante de Dios—, elige los medios de alcanzarlo. Ella observa la inmediata finalidad de las virtudes inferiores, a las que debe dirigir y promover, asignándole a cada una su “justo medio” por conformidad con la razón, que es la regla próxima de la moralidad. La prudencia es la recta razón aplicada a todo obrar humano: “recta ratio agibilium”.

La prudencia se mueve en el orden de los medios. Implica, esencialmente, el consejo y el juicio sobre una situación concreta, pero su acto principal es el imperio con que hace pasarlo todo al dominio concreto de las realizaciones prácticas. La prudencia no consiste en sopesar indefinidamente los pros y los contras, sino en obrar con resolución una vez que la conciencia ha quedado suficientemente esclarecida. La verdadera prudencia se identifica con el espíritu de decisión. Es práctica y realizadora. Mueve todas las potencias del hombre y todas sus virtudes al servicio de la acción. El contemporizador es todo lo contrario del hombre prudente, que debe saber ser audaz cuando hace falta, actuar con rapidez desde el momento en que posee luz sobre los móviles de la acción y los procedimientos eficaces de realización. Muchas veces, la ocasión perdida no vuelve.

Para ser perfecta, la prudencia exige, a título de partes integrantes, el concurso de múltiples elementos constitutivos: la experiencia y la memoria del pasado, una razón juiciosa, equilibrada, un agudo sentido de la situación, la docilidad, la flexibilidad, el sentido de la adaptación a cada coyuntura circunstancial, la sagacidad para percibir lo complejo del acto humano, la previsión

de sus consecuencias para el porvenir, mucha circunspección, sin excesiva lentitud en el decidirse, una puesta en guardia llena de precauciones y que tiene en cuenta todas las contingencias.

El dominio de la prudencia abarca todo el terreno de nuestro obrar: prudencia individual para el gobierno de uno mismo, pero más aún para la dirección de los demás: prudencia familiar y profesional, prudencia política, social, internacional. Prudencia en el gobierno de la Iglesia entera. La prudencia es, por antonomasia, la virtud del jefe.

Va acompañada de virtudes complementarias, que la ayudan, según las circunstancias, a realizar su acción principal: la habilidad en el consejo cuando se trata de cuestiones corrientes, el sentido práctico de los hombres y de las cosas, y, en los casos más raros y difíciles, un sentido perspicaz de las medidas excepcionales que exige aquella situación determinada. Todos estos actos, elementos integrantes de la prudencia perfecta, se desarrollan a la luz de la razón y, para un cristiano, a la claridad superior de las directrices de su fe, siguiendo el ritmo de un caminar discursivo, humano.

Con el don de consejo, todo se simplifica y se ilumina bajo la acción directa, especial, del Espíritu de Dios, Presente en nosotros y que se hace, en Persona, el Guía de nuestro actuar. Todas las iniciativas de nuestras acciones proceden entonces de Dios. El alma, divinizada por la gracia, se mantiene dócil a las inspiraciones e impulsiones del Espíritu Santo, que se convierte en su Luz, su Fuerza, y el Principio permanente de sus más mínimas acciones. En lugar de referirse a las normas de la moralidad mediante una lenta reflexión discursiva y con la ayuda de largas deliberaciones, el alma es esclarecida directamente por Dios, que le inspira la elección de los medios y le va indicando, gradualmente, los caminos que le conviene seguir, hasta cuando el alma no los entiende; con lo cual puede avanzar segura, apoyada en Dios, a través de las oscuridades de la fe y en medio de la noche.

¡Qué gran necesidad tiene el hombre, el último de los espíritus y viviendo como vive entre las sombras de

este mundo sensible, de que le ilumine Dios en Persona! Dadas la inextricable complicación de nuestros caminos personales y las dimensiones internacionales que adquiere en seguida cualquier problema en el mundo moderno, no podremos ya confiar en la previsión humana. Hay que abandonarse a la Providencia y pedirle, en la oración, las luces directrices de nuestras acciones. ¡Se les escapan tantos aspectos y tantas circunstancias concretas aun a los más avisados diplomáticos y a los hombres de Estado que disponen de la mejor información! Un nuevo descubrimiento científico puede cambiar en un instante la faz de las cosas. Sólo Dios conoce el plan del mundo, decretado por su Providencia y que se desarrolla según una impecable armonía preestablecida, a través del libre ejercicio de las voluntades humanas guiadas infaliblemente por Dios. El hombre se agita, Dios le conduce.

La Providencia, a la que nada se le escapa, puede ella sola suplir, mediante aditamentos de iluminación, por los errores inevitables y las dudas inherentes a todo pensar humano, inadecuado para concebir el plan universal en que se inserta cada una de nuestras acciones individuales, plan que rebasa hasta el infinito a la humana mente. Siempre que nuestra razón se halla a punto de desfallecer, el Espíritu de Dios se cuida de intervenir, en Persona, para asegurar la salvación de los hijos de Dios amenazados por circunstancias que les desbordan. Dios jamás se desentiende de prestar este auxilio.

Tal es la naturaleza del don de consejo, que conserva a la inteligencia humana dócil a las iluminaciones divinas, de las cuales necesita el hombre en el dominio práctico de sus acciones cotidianas, con vistas a alcanzar el grado de perfección divina al que cada uno de los elegidos está predestinado.

III

SU CAMPO DE ACCIÓN

Dos líneas de fuerza determinan el campo de acción del don de consejo: el gobierno de sí mismo y la dirección de otros.

El cristiano debería caminar por este mundo con la mirada fija en el sublime destino que le espera: la consumación de su vida en la unidad de la Trinidad, en sociedad con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, con los demás hombres sus hermanos y con los ángeles, llamados ellos también a habitar con nosotros la misma Ciudad de Dios, formando todos juntos una sola familia divina: la Iglesia del Verbo Encarnado, el Cristo total.

¿Por qué toda nuestra actividad moral no brota en nosotros de esta suprema orientación de nuestra existencia hacia la beatificante visión de la Trinidad? Nos arrasamos en una atmósfera de vanidades, de horizontes meramente terrestres. Y, con todo, la gracia de Dios nos asiste para divinizar nuestros actos y valorizarlos hasta en sus menores detalles, sobreelevándolos hasta ponerlos al nivel de las intenciones de Cristo, nivel en el que nos deberíamos mantener sin descaecimientos, conscientes de nuestra divina filiación.

Nuestras vidas deberían desarrollarse, en todos sus instantes, al soplo del Espíritu del Padre y del Hijo, sin desviarse nunca hacia el mal, sin retardar jamás su impulso hacia Dios. El Espíritu Santo se halla no sólo muy cerca de nosotros, sino dentro de nosotros, en lo más hondo de nuestras almas, para iluminarnos con las claridades de Dios, para inspirarnos la realización de acciones enteramente divinas y facilitarnos su cumplimiento. Cuanto más se entrega un alma al Espíritu Santo, más se diviniza. La santidad perfecta consiste en no rehusarle nada al Amor.

La manera más perfecta de gobernarse a sí mismo no consiste en razonar sobre cada caso propio y tomar sus propias decisiones a la luz de una reflexión personal. Para las almas fieles, el mejor método es el de mantenerse atentas a las luces del Espíritu Santo, siéndole enteramente dóciles, viendo en Él al infalible Inspirador de todos sus actos y al auténtico Maestro interior de santidad. Este régimen de total disponibilidad a las inspiraciones directas y personales del Espíritu Santo no excluye el que se consulte a los demás ni el que se escuchen humildemente las directrices de la Iglesia. Al contrario, los santos se han mostrado siempre presurosos

a someterse al control de sus superiores, con el convencimiento de que la obediencia es el camino real, el más rápido y seguro, hacia la santidad más alta. El Espíritu Santo inspira El mismo esta filial sumisión a los legítimos representantes de la Iglesia de Cristo: "Quien a vosotros oye, a mí me oye, y el que a vosotros desecha, a mí me desecha".⁴

El hombre no es un ser aislado. Nadie puede apartarse por completo de sus semejantes. La misma vida eremítica supone, por lo menos a título de preparación, largos años de vivir en sociedad. Sólo Dios se basta a Sí mismo, pero no se le puede llamar "Solitario", puesto que goza de la Compañía de las Tres Personas divinas: Padre, Verbo y Amor, en indivisible gozo.

El don de consejo se ajusta a esta naturaleza social del hombre; el Espíritu Santo no tiene a las almas yuxtapuestas, El que es el Principio de unidad de la Iglesia de Cristo. Un cristiano no avanza nunca solo hacia Dios, sino unido a todos sus hermanos, llevando consigo los horizontes todos de la Redención. Hasta la oración contemplativa, en apariencia oculta e individual, versa sobre la Iglesia entera. En tanto, la acción directa, con responsabilidades variables, es tarea de la mayoría de los hombres, racimos de vidas humanas cuelgan de la nuestra, y la acción apostólica de ciertas almas se extiende sobre pueblos y sobre continentes enteros. El Espíritu de Dios se cuida de asistirlos de un modo especial. El don de consejo actúa diferentemente en el niño y en el hombre público. Pero, mientras que la actividad de la prudencia se diversifica en virtudes específicamente distintas dentro de una misma virtud cardinal, en cambio, con el Espíritu de consejo, se trata sólo de aplicaciones multiformes de un mismo don cuya amplitud es tan infinita como los planes de Dios.

4. Lc 10, 16.

IV

SU MEDIDA DIVINA Y SU MODO DEIFORME

Igual que todos los dones del Espíritu Santo, el de consejo, efecto en las almas de un instinto divino bajo una inspiración amorosa, tiene medida divina y modo deiforme. Es nuestra gracia de filiación la que nos vale el ser conducidos directa y personalmente por el Espíritu del Hijo.

El don de sabiduría no es el único que actúa así, por "pasividad" y "pasión" de amor de las cosas divinas. Sin duda, es en él donde se realiza, al máximo, este "conocimiento por connaturalidad"; en realidad, todos los dones benefician con iluminaciones místicas. Los santos, inspirados por el Espíritu, parecen actuar al dictado de Dios. Sus actos proceden de sus propias facultades, pero por iniciativa divina y a la medida de Dios. Así, las directrices del don de consejo no se miden por la sagacidad de juicio del hombre, sino por la infinita amplitud y la universalidad, ilimitada en el espacio y en el tiempo, de las miras de la Providencia, que inspiran hasta los menores pasos de un alma con iluminaciones especiales, haciéndola participar en los consejos de la Trinidad.

Correlativamente, estos actos presentan una modalidad sobrehumana, deiforme, que asemeja la actividad del alma a la manera de actuar propia de Dios mismo. El entendimiento ya no razona, sino que ve; no duda, sino que descubre la verdad con infalible certeza; no se arrastra más ni da pasos precavidos, sino que vuela como en alas de un Águila poderosa que la arrebatara consigo y la levanta por encima de las mezquindades de la tierra, asociándola a sus vastos horizontes.

No se ha de imaginar que la actividad del don de consejo presenta este modo deiforme como mera copia de la acción divina. Dios se adapta al sujeto receptor. Nunca, ni siquiera bajo la moción personal y especial del Espíritu Santo, igualará la actividad de una simple creatura el carácter intuitivo, la facilidad soberana y el

inmenso dominio de la Acción de Dios mismo. Los dones del Espíritu Santo nos hacen *participar*, simplemente, con diversidad de grados, en esta Perfección divina; y, en la comunicación de este modo divino, el Espíritu Santo atiende a las condiciones de las almas, a sus diversas circunstancias, a la infinita variedad de las aptitudes intelectuales, de los temperamentos, de la vocación respectiva y de la misión providencial de cada una. Si Dios no suprime siempre el caminar discursivo del pensamiento humano en la superior actividad de los dones de inteligencia, ciencia y sabiduría, ¡cuánto menos en el ejercicio del don de consejo, que se mueve en el plano de lo contingente! Dios no procede siempre por iluminaciones fulgurantes y definitivas, cual si con una varita mágica hiciese aparecer en plena claridad la solución divina. No. Dios tiene en cuenta nuestro estado de viandantes que caminan hacia Él paso a paso, por entre las obscuridades de la fe y, a menudo, por en medio de la noche. Su luz sabe ser discreta, apenas perceptible, pero lo bastante guiadora para que el hombre pueda avanzar, sin desviarse nunca, por las sendas de Dios.

La Providencia dispone de infinitas posibilidades para iluminar las almas, lo mismo que el Artista Creador posee en su Arte ilimitados recursos. Unas veces revela su voluntad por un súbito claror, otras nos deja discurrir lentamente, asistiéndonos con su Espíritu, igual que una ligera brisa acompaña y facilita el movimiento de los remos, sin que los remeros la perciban apenas. Esta manera, difusa y latente, trasciende en realidad las fuerzas connaturales del hombre, aun las del divinizado por la gracia. El Espíritu de Dios sopla cuando y como quiere. El hombre, movido por el Espíritu, se reviste entonces, más o menos, según el grado de inspiración divina, del modo de obrar deiforme que le asemeja, tanto cuanto es posible aquí abajo, sin igualarle jamás, al modo mismo del Obrar divino.

V

SU LUGAR EN EL ORGANISMO SOBRENATURAL

El don de consejo se sitúa en el centro de nuestra psicología sobrenatural:

— en dependencia de las virtudes teologales y de los dones contemplativos superiores de inteligencia, ciencia y sabiduría,

— desempeñando, a su vez, una función directiva con respecto a las virtudes morales y a los dones afectivos de piedad, de fortaleza y de temor.

Se halla en la encrucijada de todas nuestras actividades mentales orientadas a la acción.

El Espíritu de consejo participa de las luces de la fe en su función práctica, directiva de la acción. La fe no es solamente contemplativa de los misterios de Dios. En conformidad con los dogmas entrevistos, nos dirige en nuestros actos más secretos de cada día. Quien contempla a Cristo quiere parecerse a Él. "Contemplar para reproducir", es una ley espontánea de nuestra naturaleza: todo modelo provoca a la imitación. Así es como el dogma sirve de fundamento a la moral y a la mística.

El espíritu de consejo hace pasar al orden de las realizaciones, en la vida concreta, las más altas luces contemplativas de la fe iluminada por los dones. Saca de las profundidades de la Divinidad las decisiones de sus menores pasos cotidianos, transformando las acciones más vanas en actos enteramente divinos. Cuanto más contempla un alma deificada los insondables abismos de la Trinidad o del misterio de Cristo, más impulsada se siente a orientar toda su existencia hacia las más altas cumbres de la vida divina. Cuanto más le insufla el Espíritu Santo los ardores de la caridad, mejor quiere responder ella al Amor con amor, lo cual cambia totalmente su comportamiento en medio de las dificultades

de la vida. Todo le sirve de medio para demostrar su amor: elévase sin gran esfuerzo al heroísmo del exacto cumplimiento del deber cotidiano. El amor es la mayor fuerza de una vida. La caridad, al ir aumentando, sublima consigo todas nuestras potencias activas, eleva la calidad del ejercicio de todas las demás virtudes; pero no realiza toda esta orquestación de nuestro dinamismo interior, sino gracias al intermedio de la prudencia y del don de consejo.

Lo mismo sucede con la esperanza. Cierto que la confianza en Dios influye en las decisiones de la virtud de la prudencia y orienta los impulsos del don de consejo. La esperanza teologal cuenta entre los estimulantes más eficaces de la acción. Cuanto más ayudadas son estas tres virtudes teologales por los dones del Espíritu Santo correspondientes, más nuestra alma, iluminada por las inspiraciones del don de consejo, transforma el régimen de nuestro obrar virtuoso, dirigiéndolo hacia una participación más alta de la Luz del Verbo, hacia el Amor Subsistente y hacia la Omnipotencia del Padre. Superándose a sí mismo, bajo la acción transformante del Espíritu de Dios, el hombre alcanza en su vida espiritual el logro de un modo deiforme no turbado ya por nada efímero, a imitación de la uniforme Existencia del Ser inmutable.

Lejos de desinteresarse por la acción o de apartarse de ella por un repliegue egoísta y una búsqueda desordenada de las dulzuras del amor, como ocurre en los falsos iluminados, el alma cristiana despliega valientemente toda su actividad al servicio de la Iglesia y del reino de Dios. El don de consejo le inspira, proporcionadamente a su amor de caridad, el organizar su propia vida y su dedicación a los demás, con miras a contribuir por su parte con un máximo de colaboración al misterio de la Redención. Lo mismo que la prudencia pone en movimiento las virtudes cardinales de justicia, fortaleza y templanza, así también, bajo la moción especial, personal del Espíritu Santo, el don de consejo provoca de una manera constante la actividad de todas las virtudes y de todos los dones. Directa o indirectamente, si se trata de las virtudes y de los dones superiores, todo el fun-

cionamiento de nuestro organismo sobrenatural es dirigido por el don de consejo, que mantiene al hombre enteramente dócil al Espíritu de Dios, como una lira pulsada por el Artista creador. Iluminada toda ella por las claridades de una fe hecha refulgente por los dones de inteligencia, ciencia y sabiduría, la prudencia cristiana que inspira, en Persona, el Espíritu Santo, Presente en el fondo del alma, actúa en orden a cumplir, con todas sus potencias, la tarea providencial que espera Dios de cada uno de nosotros. Esta tarea no podrá realizarse a la perfección más que por la síntesis viva y orgánica de todas las virtudes y todos los dones en juego. Pero no es ya el hombre quien tiene la iniciativa y el gobierno de su propia vida, sino el Espíritu del Padre y del Hijo, que viene a animar todas las facultades de los hijos adoptivos para hacerles obrar al soplo de un mismo Espíritu de Amor.

VI

VICIOS OPUESTOS

Junto a las virtudes existen los vicios, que forman con aquéllas claroscuros como los de Rembrandt. Nada manifiesta tanto el sentido de una virtud, como, por contraste, el vicio opuesto. El orgullo hace comprender y apreciar la humildad. El vanidoso, hinchado y engreído de sí mismo, aparece como un estúpido al que la incesante exaltación de su propio "yo" hace ridículo y cargante. Al verle, deseamos ser mansos y humildes de corazón, ansiamos pasar desapercibidos.

El mismo procedimiento puede aplicarse al estudio de los dones del Espíritu Santo. El embotamiento de la inteligencia y la ceguera del espíritu hacen apreciar mejor las gracias de luz propias de los dones de inteligencia y de ciencia, mientras que la locura y la inanidad de las existencias vueltas de espaldas a Dios revelan mejor la riqueza y la sublimidad de una vida llena, por el don de sabiduría, de la presencia y la experiencia de Dios.

Lo mismo ocurre si bajamos del orden de los fines

al de los medios. El patente desorden y el desconcierto interior de los hombres que no han sabido encontrar a Dios en sus vidas, fallos manifiestos en su conducta diaria, dan un valor infinito a las iluminaciones que el Espíritu Santo no cesa de enviar a los hijos de Dios para la conducción personal de su vida hasta en sus menores detalles.

Todos los vicios que se oponen a la virtud de la prudencia se oponen al don de consejo. No se presta suficiente atención a esos desfallecimientos de la inteligencia que vician tantas vidas humanas en el plano moral. Solemos indignarnos contra los pecados de la carne, contra las oposiciones, las durezas, las repugnancias de la voluntad, y con razón. Pero ni siquiera paramos mientes en la importancia que tiene para nuestra vida moral la más excelsa de nuestras facultades, la inteligencia. El genio espiritual de Santo Tomás de Aquino acertó a comprender, por el contrario, todo su alcance en la existencia diaria de un ser racional, que debe dirigirse por el pensamiento. En la parte de su *Suma teológica* dedicada a la moral, ha multiplicado los análisis relativos al papel que desempeña la inteligencia en la moralidad. En el plano místico, con los dones de inteligencia, ciencia, sabiduría y consejo, nuestra inteligencia posee un organismo espiritual merced al cual es servida a la perfección por todo un conjunto de virtudes y dones, acompañados a veces de carismas intelectuales, para descubrir, penetrar y difundir la verdad.

El don de consejo, bajo la dirección superior de las virtudes teologales y de los dones contemplativos de inteligencia, ciencia y sabiduría, hace descender al detalle de nuestra vida diaria las más altas luces del Espíritu de Dios. Pero, para poder desplegarse en todas sus virtualidades, necesita que la inteligencia no ofrezca resistencia alguna a la luz. En sus facultades de conocimiento y en sus actos debe hallarse toda ella disponible para recibir las claridades divinas: utilización del pasado, comprensión del presente, previsión del porvenir. Todas las partes integrantes, subjetivas y potenciales de la virtud de la prudencia deben poderse mover aun a las más leves directrices del Espíritu de Amor. La menor resistencia

a uno cualquiera de los múltiples actos de la serie requerida para que se dé la virtud de la prudencia echaría a perder todo su funcionamiento.

El mostrarse indóciles a las inspiraciones actuales del Espíritu Santo es un obstáculo a la luz. El no prestar atención a las lecciones del pasado, el no querer comprender el presente y no mirar las consecuencias de una acción para el porvenir, constituyen otras tantas formas de imprudencia, otros tantos pecados contra el Espíritu de consejo. En todas estas faltas, peca el hombre contra la luz que le es necesaria para dirigir rectamente su vida.

Cabe referir asimismo, aunque de manera más lejana e indirecta, a los pecados contra el don de consejo, todas nuestras imprudencias culpables, todas las desviaciones de la conciencia que tienen por origen un rechazo de la inteligencia de los misterios de Dios y de sus vías.

Sin hablar de las falsas prudencias, es decir, de las prudencias carnales, ambiciosas, egoístas, organizadoras de una vida de pecado. Todo lo que contribuye a multiplicar las desviaciones o los atrasos en la subida de las almas hacia Dios, por falta de rectitud en la elección de los medios, supone pecados contra la prudencia y contra el don de consejo.

VII

LA BIENAVENTURANZA CORRESPONDIENTE

El régimen de los dones del Espíritu Santo, que nos hace realizar los actos más sencillos, al mismo tiempo que los más sublimes de la vida espiritual, nos da a gustar, anticipadamente, un poquito de la eterna bienaventuranza, sobre todo gracias a los dones de inteligencia, ciencia y sabiduría.

El don de consejo, ayudándonos a caminar hacia Dios por en medio de los grandes males de esta vida, en coexistencia con tantas fragilidades y malicias de los demás hombres y de nosotros mismos, nos inclina a la misericordia.

A medida que uno va avanzando más en la vida, se va haciendo más tolerante, más comprensivo y misericordioso, sin debilidad, pero con evidencia, renovada diariamente, de la fragilidad humana. La misericordia es la virtud de los perfectos, de los seres que más se parecen a Dios, cuya bondad sin límites hace salir el sol sobre los buenos y los malos, envolviéndolos, a todos, en un mismo Amor salvífico. No sin motivo, desde San Agustín, la tradición cristiana ha relacionado con la bienaventuranza de la misericordia el don de consejo. Éste no efectúa de por sí los actos de misericordia, pero los inspira. Nadie es tan bueno como Dios, y quienes más llevan en sí mismos la impronta de la semejanza divina se inclinan hacia sus hermanos con el máximo de comprensiva bondad. La experiencia de nuestra propia debilidad debería inclinarnos más y más a la misericordia. Todos hemos pecado, todos tenemos necesidad de perdón. "Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia."

VIII

SU FUNCIÓN EN LA VIDA ESPIRITUAL

Vitalmente ligado con los dones de inteligencia, ciencia y sabiduría, cuya mirada se extiende a Dios y a todo el universo con tres modalidades complementarias, el don de consejo dirige todo el dominio de nuestro actuar. Su campo de acción no es tan vasto como el de los tres dones contemplativos superiores, pues él, por sí mismo, no llega a penetrar el misterio de Dios; pero, en el plano del obrar, su influencia es ilimitada. Nada escapa a su impulso directo y organizador. Gracias a él, el Espíritu Santo puede ser, hasta en nuestros actos más minúsculos, el Maestro interior de nuestra vida. El don de consejo viene a ser así como el instrumento realizador de todas las maravillas de Dios, que, por medio de él, modela las alas a su imagen y a la de Cristo.

Cuanto más dócil es un alma a este Espíritu de Amor, más obra Dios en ella esta transformación divina, ha-

ciendo que cumpla con facilidad, prontitud y una alegría enteramente divina, los actos más heroicos. Las acciones más ordinarias, realizadas al soplo del Espíritu, se revisten así de perfección divina.

La función del don de consejo en nuestra vida espiritual debe considerarse en relación con el de los otros dones y con el de todas las virtudes. En efecto, el don de consejo es como el director de un coro o de una orquesta, ya que armoniza todos los actos de nuestra vida:

II. Formas bíblicas del don de consejo.

— actos superiores de las virtudes teologales y de los dones de inteligencia, ciencia y sabiduría, los cuales no elicitó él, pero cuyo uso y cuyas manifestaciones externas dirige;

— actos de las virtudes morales y de los dones afectivos, a los que él da salida, impera y dirige, orientando todo el juego de nuestras facultades y de nuestros actos hacia el fin supremo del hombre: la posesión y la glorificación de Dios.

El don de consejo lo controla y lo dirige todo. Él nos hace caminar por las sendas de Dios. Gracias a él, secunda el hombre los designios de la Providencia. Al soplo del Espíritu en cada uno de sus actos, va realizando el plan eterno de Dios en el gobierno del mundo.

*El don de consejo nos hace exclamar
con el Hijo:
«Abba, ¡Padre!»*

CAPÍTULO VII
EL DON DE PIEDAD
(Resumen)

I. Su lugar en el organismo sobrenatural.

II. Formas bíblicas del don de piedad.

III. Naturaleza del don de piedad

IV. Ejemplaridad divina y modo deiforme

V. Estudio comparado

1. Don de piedad y virtudes teologales
2. Don de piedad y vida de oración.
3. Don de piedad y virtudes morales.
4. El don de piedad y los demás dones.

VI. Vicios opuestos

1. Una actitud demasiado familiar.
2. Una rigidez excesiva.

VII. Su función en la vida espiritual

Don de piedad y espíritu de adopción.

— los dones intelectuales de inteligencia, ciencia, sabiduría y consejo, los cuatro al servicio de la inteligencia en la doble función de ésta, especulativa y práctica.

— los dones afectivos de piedad, fortaleza y temor, los tres auxiliares de la voluntad para asegurar el ejercicio perfecto de nuestras tendencias y de nuestros apetitos, bajo el impulso regulador del Espíritu del Padre y del Hijo, otorgándonos el vivir "en comunión" con los Tres.

El Espíritu de piedad, que *El don de piedad nos hace exclamar*
formas de la virtud de la justicia, nos impele *con el Hijo:*
a todas nuestras relaciones con Dios y con *«Abba!, ¡Padre!»*

CAPÍTULO SÉPTIMO EL DON DE PIEDAD

I

SU LUGAR EN EL ORGANISMO SOBRENATURAL

Dios ha dotado al ser humano de un organismo sobrenatural que le permite vivir "en comunión" con Él. Nuestras dos facultades espirituales son especialmente ricas en virtudes y en dones: la inteligencia, sujeto de la fe contemplativa y de la prudencia, organizadora de nuestra vida práctica, y la voluntad, principio de la caridad y sede de la justicia, que rige todas nuestras relaciones con los demás, mientras que la fortaleza y la templanza mantienen en orden nuestras pasiones y en equilibrio nuestra sensibilidad.

Dos grupos de dones del Espíritu Santo nos conservan dóciles a la acción directa, personal del Espíritu de Dios:

— los dones intelectuales de inteligencia, ciencia, sabiduría y consejo, los cuatro al servicio de la inteligencia en la doble función de ésta, especulativa y práctica,

— los dones afectivos de piedad, fortaleza y temor, los tres auxiliares de la voluntad para asegurar el ejercicio perfecto de nuestras tendencias y de nuestros apetitos, bajo el impulso regulador del Espíritu del Padre y del Hijo, otorgándonos el vivir "en comunión" con los Tres.

El Espíritu de piedad, que se extiende a todas las formas de la virtud de la justicia, nos impele a imprimir a todas nuestras relaciones con Dios y con el prójimo

ese sentido filial y fraterno que debe regular las relaciones de los hijos de una misma familia. El don de piedad nos comunica el Espíritu de la Familia de Dios.

II

FORMAS BÍBLICAS DEL DON DE PIEDAD

Puede que no haya ningún otro don tan claramente manifestado por la Biblia como el don de piedad. Las formas bíblicas del don de piedad son innumerables: se perciben, como una lección elemental, en muchos personajes del Antiguo y del Nuevo Testamento, familiares a Dios, y, más particularmente, en su vida de oración, tan rica y tan expresiva de la personalidad de cada uno. Allí se muestra el don de piedad en todos sus aspectos: oración de alabanza y de petición; sentimientos admirativos y de adoración en presencia de la infinita grandeza de Dios y de su Omnipotencia; confidencias íntimas, en las que exponen con suma sencillez a su Padre celestial sus alegrías, sus dificultades, sus angustias, sus tristezas, sus disgustos, sus miserias, sus esperanzas... El secreto movimiento de un alma mientras hace oración varía hasta lo infinito.

Nunca acabaríamos si quisiéramos analizar con detención las formas bíblicas del don de piedad. El Sagrado Libro nos las presenta no de una manera sistemática y didáctica, sino según las diversas circunstancias, con resonancias concretas difícilmente reducibles a una clasificación demasiado rigurosa, puesto que las formas de la plegaria son tan libres como el soplo del amor que las anima.

¡Qué diferencia de tono entre la humilde intercesión de Abraham en favor de los habitantes de Sodoma y Gomorra¹ y el cántico triunfal de Moisés una vez pasado el Mar Rojo por el pueblo de Dios!:

1. Gen 18, 16-33.

“Cantaré a Yavé, que se ha mostrado sobremanera glo-
 Él arrojó al mar al caballo y al caballero. [rioso;
 Yavé es mi fortaleza y el objeto de mi canto;
 Él fue mi salvador,
 Él es mi Dios, yo le alabaré;
 Es el Dios de mi padre, yo le exaltaré.
 Yavé es un fuerte guerrero;
 Yavé es su nombre.”²

Aliento más grandioso aún anima el relato de los prodigios realizados por Dios a favor de Israel, en el postrer cántico de Moisés antes de morir:

“Escuchad, cielos, y hablaré.
 Y oiga la tierra las palabras de mi boca...
 ...¡Yavé es la Roca! Sus obras son perfectas,
 todos sus caminos son rectísimos.
 Es fidelísimo, y no hay en Él iniquidad;
 es justo, es recto.
 Indignamente se portaron con Él sus hijos,
 generación prevaricadora y perversa.
 ¿Así le pagas a Yavé,
 pueblo insensato y necio?
 ¿No es Él el Padre que te crió,
 el que por Sí mismo te hizo y te formó?”³
 “¡Exultad, cielos, con Él,
 y que los hijos de Dios le adoren!”⁴

Lo que importa notar, en esta antología de textos de piedad bíblica, es la extrema variedad de acentos con que oran las almas al soplo del Espíritu. Oigamos, por ejemplo, la plegaria de los levitas delante del Arca, confiada por David a Asaf y a sus hermanos:

“Alabad a Yavé, invocad su nombre;
 pregonad a los pueblos sus hazañas.
 Cantadle, cantad salmos en su honor.
 Referid todos sus portentos.

2. Ex 15, 2-3.

3. Deut 32, 1-6.

4. Deut 32, 43.

Gloriaos en su santo nombre;
alégrese el corazón de los que buscan a Yavé.

...Fielmente se ha acordado siempre de su alianza,
de sus promesas para mil generaciones,
de lo que pactó con Abraham,
de lo que juró a Isaac.

...Cantad a Yavé, habitantes todos de la tierra;
pregonad uno y otro día su salvación,
contad a los pueblos su gloria,
sus maravillas a los pueblos todos.

Porque Yavé es grande, digno de la mayor alabanza,
temible sobre todos los dioses.

Porque los dioses de las gentes son ídolos,
pero Yavé es el hacedor de los cielos”⁵.

¡Qué confianza tan grande supone el grito angustioso de Susana, condenada a muerte por las instigaciones y calumnias de los dos viejos depravados!:

“¡Dios eterno, conocedor de todo lo oculto.

que ves todas las cosas antes de que sucedan!

Tú sabes que han declarado falsamente contra mí.

Tú sabes que muero sin haber hecho nada de cuanto
en su malicia, han inventado contra mí!”⁶ [éstos,

Dios la libró milagrosamente, valiéndose de la sabiduría de Daniel. Y “entonces toda la asamblea levantó la voz, bendiciendo a Dios, que salva a los que en Él esperan”⁷.

Considérese ahora la emocionante plegaria de Tobías, cuando, en la noche de sus bodas, levantándose del estrado, dijo a su mujer: “¡Levántate, hermana; vamos a orar para que el Señor tenga misericordia de nosotros!”

Sara se levantó, y se pusieron a orar para obtener la protección divina. Tobías comenzó diciendo:

“¡Bendito eres, Dios de nuestros padres,

y bendito por los siglos tu nombre santo y glorioso!

¡Bendígante los cielos y todas las creaturas!

5. *1 Par* 16, 8-10, 15-16, 23-26.

6. *Dan* 13, 41-43.

7. *Dan* 13, 60.

Tú hiciste a Adán y le diste
 por ayuda y auxilio a Eva, su mujer;
 de ellos nació todo el linaje humano.
 Tú dijiste: "No es bueno que el hombre esté solo:
 hagámosle una ayuda semejante a él".
 Ahora, pues, Señor, no llevado de la pasión sexual,
 sino del amor de tu ley,
 recibo a esta mi hermana por mujer.
 Ten misericordia de mí y de ella, y concédenos
 a ambos larga vida."

Ella respondió: "Amén". Y pasaron ambos dormidos aquella noche.⁸

Como se ve por estos ejemplos tan conocidos, la oración bíblica es sencillísima. Brota del corazón de los hijos de adopción y se adapta a todas las situaciones de sus vidas.

¿Hay en el mundo algún libro de oraciones que pueda compararse al Salterio? Todos los sentimientos del alma religiosa afluyen allí: salmos de alabanza y de adoración, salmos de petición y súplica... todos los matices de la vida de oración. A lo largo de los siglos, van repitiéndolos las almas, y los repetirán sin cansarse nunca.

Si abrimos ahora el Evangelio, descubriremos en él un modo de orar todavía más sublime: el "Padrenuestro", que el mismo Señor nos enseñó y que no ha podido ser superado más que por su propio orar de Verbo hecho carne, pues la plegaria sacerdotal es la suprema súplica de su Corazón de Cristo por la unidad de su Iglesia.

Los *Evangelios*, los *Hechos* y las *Epístolas* de los Apóstoles nos dan a oír los nuevos acentos de la alegría cristiana, y el Apocalipsis nos hace asistir a la liturgia de la eternidad. El vidente de Patmos evoca, con una riqueza de imaginación muy oriental, las actitudes y los gestos de adoración y de acción de gracias que adoptan los predestinados al cantar en la Jerusalén celeste la victoria definitiva de Dios.

La Biblia entera, del Génesis al Apocalipsis, canta, al sople multiforme de un mismo Espíritu de Amor, las maravillas de Dios.

8. *Tob* 8, 5-8.

III

NATURALEZA DEL DON DE PIEDAD

El don de piedad se distingue de la religión natural, que rinde a Dios el culto debido al Primer Principio, a la Causa Primera, conservadora y gobernadora del mundo. Todas las relaciones de creatura a Creador provienen de esta dependencia fundamental, siempre actual, de los seres de nada que somos con respecto a "Aquél que Es".

El Espíritu de piedad se mueve en el plano sobrenatural de la fe, pero hace suyo este sentimiento de total sujeción y de perpetua gratitud propia de toda creatura con respecto a Aquél "en quien vivimos, nos movemos y somos".⁹

El punto difícil consiste en acertar a distinguir el don de piedad de la virtud sobrenatural, infusa, de la religión, que considera a Dios no sólo como Principio y Causa Primera del universo, sino como Padre. ¿No nos ha adoptado Dios como hijos por una comunicación real de su propia naturaleza divina, según la enseñanza de Jesús y de los Apóstoles? Pues, ¿qué puede añadir el don de piedad a esta dignidad sublime de hijos de Dios que nos hace venerar al Hacedor como a un Padre y tratar con todos los hombres como con hermanos en Cristo?

La verdadera respuesta se les ha escapado a muchos teólogos y maestros espirituales. Y, sin embargo, es de capital importancia, pues determina la actitud más honda de las almas en presencia de Dios.

Hay que conceder que nada podría igualar los sentimientos de filial ternura que origina en nosotros la gracia de la adopción, y que los dones mismos del Espíritu Santo nada sustancial pueden añadir a nuestra suprema dignidad de hijos e hijas de Dios, introducidos a la intimidad de la Familia divina. No es, por consiguiente, en la línea de lo esencial de nuestros actos sobrenatu-

9. Act 17, 28.

rales, sino tan sólo en el modo de obrar, donde pueden diferenciarse las virtudes y los dones. La distinción específica entre la virtud infusa de religión y el don de piedad no constituirá sino un caso de aplicación de una doctrina general que se ha hecho clásica. El maestro de la teología de los dones, Juan de Santo Tomás, poco cuidadoso del método histórico y apenas atento a la evolución del pensamiento de Santo Tomás, no supo ver esto. Para resolver el problema de la diferenciación específica entre la virtud sobrenatural de religión y el don de piedad, se contentó con recurrir a la modalidad sobrehumana, deiforme, apoyándose en un texto perteneciente a la primera fase de la enseñanza del Aquinate en París, época en que todavía no había discernido con exactitud el joven maestro la causa explicativa, la razón, a priori, de esta distinción. Efectivamente, en las "Sentencias", indicaba como característico del don de piedad el modo deiforme, que nos capacita para rivalizar, por así decirlo, con la manera como el Espíritu Increado es, para Sí mismo, su propia gloria. Tal era el modelo que asignaba al don de piedad en su manera propia de glorificar a Dios: a imitación de Dios mismo. Pero esto equivalía a detenerse aún, en el dominio de la explicación científica, en una explicación a posteriori, por los efectos, es decir, por el modo deiforme, que se mide con la regla divina en cuanto entrevista como modelo supremo: el modo trascendente como expresa Dios en Sí mismo su propia glorificación.

En la *Suma Teológica*, ya en plena posesión de su doctrina, el santo Doctor nos ha dejado una distinción más simple y más profunda, perfectamente conforme con su concepción definitiva acerca de los dones del Espíritu Santo: "hábitos", cualidades sobrenaturales que mantienen a nuestras almas en actitud de permanente docilidad a las mociones reguladoras y especificadoras del Espíritu Santo. Para distinguir el espíritu de piedad de la virtud infusa de la religión, conténtase entonces con aplicar su nueva concepción acerca de la naturaleza de los dones. Lo dice textualmente en la razón fundamental del único artículo que a esta cuestión consagra, reenviándonos allí mismo a su doctrina general sobre los dones:

“Como queda dicho más arriba, los dones del Espíritu Santo son disposiciones habituales que hacen al alma pronta a recibir la moción del Espíritu. Ahora bien, entre otras muchas aspiraciones, el Espíritu Santo nos mueve a sentir un efecto enteramente filial para con Dios, según la palabra de San Pablo en su epístola a los Romanos (8, 15): “Habéis recibido el Espíritu de adopción, por el que clamamos: ¡Abba!, ¡Padre! Mas pertenece propiamente a la piedad el cumplir con un padre los deberes y tributarle la veneración que de derecho le corresponde. De donde se sigue que la piedad, por la que rendimos a Dios nuestro culto y cumplimos nuestros deberes para con Él, *por instinto* filial, puesto en nosotros por el Espíritu Santo, es un don de este Santo Espíritu”.

La diferencia irreductible entre la virtud infusa de religión y el don del Espíritu Santo, lo mismo que la distinción específica entre los dones y las virtudes, estriba, pues, sobre todo, en el divino instinto que los anima. Así, la virtud infusa de religión, que nos hace considerar ya a Dios como a un Padre, por la gracia de la adopción, nos hace realizar actos bajo la dirección de la virtud de la prudencia, esclarecida ella misma por la fe, pero según un juicio prudencial reflexivo, al modo humano. El Espíritu de piedad, iluminado por las superiores inspiraciones de los dones de inteligencia, ciencia, sabiduría y consejo, nos empuja a adorar, agradecer y suplicar a Dios, con la moción personal, inmediata, del Espíritu del Padre y del Hijo; es el amor filial sito en la raíz de este instinto interior que nos hace musitar con el Hijo y como Él: “¡Abba, Padre!” No nos pertenece la iniciativa de tales actos; es el Espíritu de Dios el que nos los inspira, y el que les da su Regla y su medida divina.

IV

EJEMPLARIDAD DIVINA Y MODO DEIFORME

Este modo deiforme, trascendente, constituye precisamente, no la esencia, sino la propiedad del don de piedad, lo mismo que de los otros dones del Espíritu

Santo. Todos los actos de los dones proceden, en sustancia, de las facultades humanas y de las virtudes sobrenaturales, pero sobreelevadas en su modo de obrar por el Agente Increado, que tiene la iniciativa de ellos y asegura su realización. La función de la causa segunda consiste toda en dar aquiescencia libremente a la moción sobreelevante y transfiguradora del Espíritu mismo de Dios.

Esta medida divina asemeja la actividad de los dones intelectuales a la Inteligencia, a la Ciencia, a la Sabiduría y al Consejo mismo de Dios, Perfecciones divinas que son los prototipos según los cuales se modela el modo deiforme. En el plano de la efectividad, la ejemplaridad divina es menos aparente pero no menos real. De un aletazo, el genio de Santo Tomás se remonta hasta descubrir el modelo, para el don de piedad, en la manera infinita como Dios es, respecto a Sí mismo, su propia gloria en el seno de la Trinidad: El Padre es la gloria suprema del Hijo y del Espíritu, la más excelsa loa de la Trinidad, de la que es Él la fuente increada y el principio infinitamente fecundo. Parecidamente, el Verbo es la suprema gloria del Padre, "la impronta de su sustancia y el esplendor de su gloria", la suprema alabanza también del Espíritu Santo, siendo con el Padre su indivisible Principio de amor, y, en este plano, de una fecundidad infinita. En cuanto al Espíritu Santo, Espíritu del Padre y del Hijo, Término viviente e increado del amor de ambos, su Igual en todas las cosas, poseedor con Ellos de una misma Divinidad en una identidad absoluta, Él es Aquél en quien se consuma la Trinidad en la Unidad.

El alma, animada de un mismo Espíritu de alabanza y de amor, trata de emular esta manera divina como cada una de las Tres Personas divinas es la infinita alabanza de la Trinidad indivisible. Esta alma, movida por el Espíritu Santo, no mide su alabanza por los beneficios recibidos sino por la infinita trascendencia del Ser divino. Una alabanza que sólo considerara los dones creados, si tal fuese el don de Cristo y de la Iglesia, reduciría la alabanza a unos límites inaceptables para su amor al Ser infinito. Entonces, arrebatada por el soplo

del Espíritu de Dios hacia los abismos de la Trinidad, el alma contempla, adora y se embebe en la alabanza increada que el Verbo hace a su Padre al impulso del Eterno Amor.

Únicamente en la visión beatífica, cuando el Verbo de Dios sea ya el propio Pensamiento y la Palabra infinita del alma divinizada, podrá ejercitar ésta, en la medida de su deseo, su oficio laudatorio. Entre tanto, elevándose sobre la consideración de todos los beneficios divinos, sin connotación con lo creado, adora a Dios por Sí mismo, canta a Dios "a causa de su gran gloria", "propter magnem gloriam tuam", logrando así la única medida digna de Dios y de su Naturaleza increada. "Señor Dios, digno eres de recibir la gloria, el honor y el poder, porque Tú creaste el universo entero."¹⁰ Pero eres infinitamente más digno de loa porque Tú eres en Tí mismo en la infinitud de tu Ser y de tu grandeza. Gloria a tí, Señor. Sólo Tú eres, eras y serás por siempre. "Al que está sentado en el trono, y al Cordero, la bendición, la gloria y el imperio por los siglos de los siglos."¹¹

V

ESTUDIO COMPARADO

El método comparado es especialmente esclarecedor en un estudio de los dones del Espíritu Santo, ya que éstos actúan siempre en colaboración con las virtudes y en mutua sinergia entre ellos. No se puede comprender del todo la naturaleza de un don sin tratar de descubrir sus múltiples ramificaciones y relaciones con las virtudes y los dones que operan sincrónicamente con él, al sople de un mismo Espíritu de Amor. El don de piedad solamente revela todas sus riquezas psicológicas bajo el movimiento de las virtudes teologales y en su propia acción directriz de nuestra vida de oración, con el concurso de

10. Apoc 4, 11.

11. Apoc 5, 13.

las virtudes morales y de los demás dones del Espíritu Santo, que vienen a hacer converger sus actividades respectivas hacia un mismo fin de "alabanza de gloria" al servicio de Dios.

De aquí el que nuestro estudio comparado verse sobre:

- El don de piedad y las virtudes teologales.
- El don de piedad y la vida de oración.
- El don de piedad y las virtudes morales.
- El don de piedad y los demás dones.

1. *Don de piedad y virtudes teologales*

Una afinidad especial vincula la virtud de religión con las virtudes teologales. Una y otras tienen a Dios por objeto:

— las virtudes teologales, como objeto especificador y fin inmediato,

— la virtud de religión y el don de piedad, como objeto terminal; pero su propio objeto especificador sigue siendo un bien creado, un acto que recae no sobre el fin último, sino sobre los medios de alcanzarlo: el servicio de Dios. Se rinde a Dios un culto.

Una perpetua corriente de influjos desciende desde las virtudes teologales sobre todas las virtudes y sobre todos los dones del Espíritu Santo. La virtud de religión y el don de piedad son sus beneficiarios privilegiados.

Nuestra concepción de Dios rige nuestra actitud para con Él. Las almas cristianas son puestas por la fe en presencia del Dios Trino. Espontáneamente se hacen adoradoras del Padre, del Verbo y del Amor. La oración, el culto, todas las expresiones de la vida de piedad tienen en el cristianismo un acento trinitario. Cristo, Mediador Único de la alabanza entre el universo y Dios, asocia a los ángeles y a los hombres a su obra glorificadora del Padre, a impulsos de un mismo Espíritu de Amor.

La fe, la esperanza y la caridad mantienen al alma

cris­tiana en con­tinuo con­tacto con Dios Pa­dre, con Dios Hi­jo y con Dios Espí­ri­tu San­to. La fe le re­ve­la a Dios, la es­pe­ran­za la con­duce ha­cia Él co­mo a su su­pre­mo fin bea­ti­fi­can­te, la ca­ri­dad la fi­ja en Él con el “vi­vir jun­tos” de la a­mis­ta­d. ¿Có­mo es­tas per­spec­ti­vas tri­ni­ta­rias de nues­tra fe, que di­ri­gen nues­tra con­fian­za y nues­tro a­mor e in­spi­ran to­das las de­ci­sio­nes del don de con­se­jo, po­drían de­jar de in­fluir so­bre la vir­tud de re­li­gi­ón y el don de pie­dad?

El apóstol San Pablo ha notado repetidas veces la influencia secreta del Espíritu del Padre y del Hijo en las almas de los hijos adoptivos. Es Él quien les hace musitar con un sentimiento de adoración, de súplica o de acción de gracias: “¡Abba, Padre!” Todas las formas de la oración de alabanza o de petición, las mil variedades de la devoción interior y los muchísimos matices del culto público brotan en la Iglesia al soplo del Espíritu Santo. Un mismo Espíritu de piedad alimenta, en el silencio y en el recogimiento, al alma de cada fiel, y preside las manifestaciones externas de la fe católica, reuniendo a todos los miembros del cuerpo místico de Cristo, a los de la tierra y a los del cielo, en torno a Cristo, en una misma alabanza de amor. Todo honor y toda gloria se elevan hacia el Padre, por el Verbo, en un mismo Espíritu de Amor. El culto de la Iglesia militante culmina en la ofrenda del sacrificio eucarístico, en un clima trinitario y teologal, al soplo de un Espíritu de piedad, que es alabanza y amor.

2. Don de piedad y vida de oración

¿Será necesario que insistamos en el puesto de primerísima línea que le corresponde a la oración en la vida cristiana? Dócil a las enseñanzas de su Maestro y de los Apóstoles, la Iglesia les repite a todas las almas: “Es preciso orar en todo tiempo”.¹² Sin la oración, el alma se asfixia. A su falta se debe que haya tantas vidas anémicas, que necesitarían elevarse por encima de las

12. Lc 18, 1.

vicisitudes terrenales para respirar en Dios. No saben orar. La oración es todo un secreto de santidad que Dios revela sólo a los humildes y pequeños. A imitación de los ascetas de la Iglesia primitiva y de los Padres anacoretas del desierto, todos los fundadores de órdenes han consignado en sus reglas y constituciones esta primacía de la vida de oración, es decir, de la vida de unión a Dios, sobre las obras externas de apostolado. Cada familia religiosa, cada comunidad cristiana tiene su propia forma de vida de oración, expresión de su espíritu. La vida de oración es la síntesis de toda una vida. Para conocer a un alma basta con ver cómo ora.

Pero es preciso, además, que nos entendamos acerca del significado de esta fórmula: "vida de oración". A menudo se le da el sentido general de una profunda unión divina continuada fielmente en el silencio interior a través de todos los actos de la existencia cotidiana —que bien puede ser activísima— vivida toda ella bajo la mirada de Dios. Las virtudes teologales dominan aquí necesariamente. Así, el ideal del Carmelo se define: vida de continua oración en intimidad con Dios.

La palabra "oración" puede significar, en un sentido más restringido, la oración de petición. Se habla así de la "oración dominical", refiriéndose a las siete peticiones del Padrenuestro. Pero las tres primeras peticiones rozan ya los más altos caminos de la oración, puesto que se pide a Dios mismo su propia mayor gloria, la extensión de su reino y el cumplimiento perfecto de su santa voluntad. Las otras cuatro peticiones descienden al detalle de nuestras necesidades espirituales y materiales, de nuestras dificultades diarias, de nuestra continua debilidad, de nuestra inclinación al pecado, de los peligros que nos amenazan a todos. El Espíritu de piedad anima estas múltiples formas de la vida de oración, manteniendo a las almas cristianas con la mirada fija en Dios y en el deseo de servirle en una donación total. ¿Qué importa entonces que el amor se exprese por la plegaria de alabanza o de petición, por la adoración, la angustia, la súplica o el agradecimiento? Todos los actos de la virtud de religión: devoción interior u oración silenciosa, adoración, ofrecimiento del sacrificio, votos, promesas, todos

los actos del culto a Dios pueden brotar del alma bajo la moción de un mismo Espíritu glorificador de la Divinidad. Dejada a sí misma, al ritmo tan lento de sus reflexiones y de su meditación personal, el alma avanza arrastrándose. Todo cambia cuando el Espíritu de Dios la invade, iluminándola con las claridades del Verbo, encendiéndola en el amor divino, haciendo que surjan en ella sentimientos de devoción, de adoración, de plegaria, análogos a los que procedían del alma del Hijo, del perfecto glorificador del Padre.

El mejor método de oración es el que nos entrega sin reservas a las menores inspiraciones del Espíritu de Amor.

3. *Don de piedad y virtudes morales*

El don de piedad se extiende y llega más allá que los actos, con todo y ser éstos tan numerosos, de la virtud de religión. El alma con su soplo, inspirado por Dios, todas las virtudes vinculadas de un modo u otro a la virtud de la justicia. Su campo de acción abarca todo el dominio de nuestras relaciones con Dios, con los ángeles y con los hombres, llegando inclusive a todas las riquezas del universo, consideradas como bienes familiares de la Casa de Dios. Nos inspira una actitud de hijos de Dios en todos nuestros pasos con respecto a nuestro Padre del cielo y a los hombres, nuestros hermanos en Cristo. Regula todas nuestras relaciones con nuestros superiores y nuestros inferiores, sin rigidez ni debilidad, sin excesivas familiaridades, con una soltura fraternal y gozosa que nos permite pasar por entre los hombres con la sonrisa de Dios. Las demás virtudes anejas de la justicia: obediencia, respeto, veneración, afabilidad y amistad, que tan agradable hacen la vida social, están penetradas todas, en los santos, por la bondad divina, que resplandece a través de ellos como signo auténtico de que son los verdaderos discípulos de Cristo, habitados por el Espíritu de Dios.

El Espíritu de piedad influye aun en las virtudes de fortaleza y de templanza, provocando de parte de ellas las cualidades de audacia, magnanimidad, espíritu de

sacrificio y perseverancia, así como también de humildad, discreción y pureza, que permiten, sin peligros, el desarrollo de las relaciones fraternales que animan a los hijos de una misma Familia divina, al servicio de todo el cuerpo místico de Cristo.

4. *El don de piedad y los demás dones*

Hay que saber reagrupar, mediante la síntesis, los múltiples elementos que el análisis nos descubre y que importa considerar no por aislado. No debe olvidarse que forman parte integrante de la trama viva de una existencia concreta. Más aún que las células de nuestro cuerpo, nestras facultades anímicas, revestidas de todas sus energías naturales y sobrenaturales, de todos sus "hábitos", actúan concertadamente según el dinamismo indisociable de una misma personalidad. El mismo acto procede simultáneamente de la actividad convergente de varias virtudes y de varios dones.

El don de piedad se beneficia así de todas las luces de la fe esclarecida por los dones y por los ardores de una caridad que se esfuerza por conseguir la consumación de todas nuestras potencias en la unidad de un mismo Espíritu con Dios. ¿Quién sería capaz de medir la influencia de las luces que proporcionan los dones de inteligencia, ciencia y sabiduría a una vida consagrada a la oración y toda ella alabanza y plegaria entre las espléndidas claridades de su fe? Cualquier penetración más profunda de los misterios de Dios por el don de inteligencia alimenta nuestra vida de oración. Cualquier conocimiento más perfecto de la miseria de las creaturas por el don de ciencia nos saca de lo efímero y provoca en nuestra alma, al orar, una más ferviente súplica redentora. Cualquier sabrosa experiencia de Dios por el don de sabiduría favorece el recogimiento de todas las potencias del alma en el silencio del amor. El Espíritu de piedad se vale de todas estas luces para conducir al alma hacia estados superiores de oración.

Dependientemente de los dones contemplativos, el don de consejo enriquece, en su línea, nuestra vida de oración

por un sistema de métodos liberadores, que conservan al alma entera para Dios con la espontánea libertad de sus hijos. El don de fortaleza asegura la perseverancia en la oración y el don de temor la facilita mediante la convicción de nuestras deficiencias y debilidades para realizar cualquier bien.

A su vez, el don de piedad, por su clima de oración, ayuda al despliegue de los dones contemplativos y sostiene, mediante una vida de oración siempre en contacto con Dios, la voluntad humana, de suerte que no quiera flaquear más, revistiéndola como de la fortaleza misma de Dios, consciente de su nada, pero confiada filialmente en la bondad todopoderosa de su Padre del cielo.

Todas las virtudes y todos los dones del Espíritu Santo crecen a la par y se ayudan entre sí como los dedos de la mano.

VI

VICIOS OPUESTOS

La universal amplitud del don de piedad, que abarca todas nuestras relaciones con Dios y con todos los miembros del cuerpo místico de Cristo, nos permite entrever las múltiples formas de desfallecimientos que pueden oponerle las fragilidades o la malicia humana. Todas las faltas contra la virtud de la justicia y sus anejas son susceptibles de incidir contra el don de piedad.

En nuestras relaciones con Dios, debemos evitar sobre todo dos cosas:

- una actitud demasiado familiar,
- una excesiva rigidez.

1. Una actitud demasiado familiar

A Dios no se le ha de tratar bruscamente. Él es Dios, Señor Soberano, Dueño del mundo, mientras que nosotros nada somos. Él ha de ser para nosotros Dios.

La Biblia nos pone constantemente en guardia contra las desviaciones del sentimiento religioso de quienes intentan minimizar al verdadero Dios de Israel; no tolera que una criatura cualquiera pretenda arrebatarse a su Creador la menor partícula de gloria. "No hay más Dios que Yo entre las gentes."¹³

El Espíritu Santo vela por salvaguardar y desarrollar en las almas esta conciencia del trascender divino. Los verdaderos servidores de Dios lo han comprendido siempre perfectamente. ¡Qué respeto a la divinidad muestran todos los grandes personajes del Antiguo Testamento! La intimidad filial y la confiada familiaridad recomendadas por Jesús en el Evangelio no derogan esta ley primordial de la absoluta sumisión de todas las potencias de este mundo a "Aquél que Es". Dios es Dios: "A Él solo adorarás".¹⁴ "Dios es Espíritu. Quiere adoradores en espíritu y en verdad."¹⁵

La liturgia de la Iglesia está toda penetrada del sentido de la infinita grandeza de Dios, y todas las ceremonias del culto cristiano terminan por una doxología a la adorable e indivisible Trinidad: "Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, como era en el principio, ahora y siempre". Idéntico sentido de la reverencia debida a Dios domina la espiritualidad de los benedictinos. San Benito prescribe al monje perfecto, llegado a las más altas cimas de la unión divina, que se mantenga ante Dios en actitud humilde, como el publicano, con los ojos bajos, convencido de no ser más que un pobre pecador (12º grado de humildad).

2. Una excesiva rigidez

Sería caer en el vicio opuesto querer conservar en presencia de Dios una actitud obstinadamente humillada y afectada, de rigidez excesiva, al modo de los jansenistas. Ciertamente, Dios es el Amo y Señor del mundo, pero no un Amo duro, inmisericorde e inexorable juez. El Evangelio nos recuerda que Dios es, ante todo, Padre.

13. *Is* 45, 22.

14. *Mt* 4, 10.

15. *Io* 4, 23-24.

Según las enseñanzas de Jesús, la verdadera actitud que debemos adoptar al acercarnos a Dios es la del hijo, consciente de su miseria y de su fragilidad personal, pero confiado hasta la audacia en la bondad de su Padre.

VII

SU FUNCIÓN EN LA VIDA ESPIRITUAL

El don de piedad sólo puede entenderse en correlación con la gracia de nuestra filiación adoptiva, quintaesencia del Evangelio. Dios es nuestro Padre, nosotros somos sus hijos; toda nuestra vida espiritual halla en esta doble verdad como los dos polos en que concluye su eje insustituible. Cuanto más dejamos que Dios sea Dios en nosotros, es decir, Padre, más nos ponemos en la verdad de nuestra vocación divina. El Espíritu de piedad no es otra cosa que este Espíritu de Amor que procede del Hijo y anima a todos los hijos adoptivos, a los que hace musitar con Él: "¡Abba, Padre!"

El análisis teológico tiene por cometido discernir minuciosamente el objeto propio de las virtudes teologales o morales y el de los dones del Espíritu Santo. Es preciso distinguir, para percibirla mejor, la función respectiva de cada virtud y de cada don dentro de la viva síntesis de nuestra existencia de hijos de Dios. En un concierto, conserva cada nota un sonido particular, y, sin embargo, lo que importa sobre todo es la orquestación, la armonía de todas las notas en un movimiento de conjunto que se funde en la unidad. Lo mismo sucede en nuestra vida espiritual, que está dominada por la ley de síntesis. La función del don de piedad consiste precisamente en juntar en la unidad los diversos sentimientos de un alma cristiana, comunicándole ese sentido filial que brota en ella, como en el Hijo, de un mismo Espíritu de Amor.

CAPÍTULO VIII
EL DON DE FORTALEZA
(Resumen)

UNA VIRTUD CRISTIANA DESCONOCIDA

I. Datos bíblicos sobre el don de fortaleza

II. Naturaleza del don de fortaleza

III. Extensión del don de fortaleza

IV. Su modo deiforme

V. Estudio comparado

1. El don de fortaleza y las virtudes.
2. El don de fortaleza y los demás dones.

VI. Vicios opuestos

VII. Su función en la vida espiritual.

I

DATOS BÍBLICOS SOBRE EL DON DE FORTALEZA

Desde la primera profecía mesiánica, Dios mismo nos anuncia el sentido dramático de *El Espíritu de fortaleza nos afirma en la que se asiste a un gigantesco* *en la serenidad del Inmutable*

CAPÍTULO OCTAVO

EL DON DE FORTALEZA

Una virtud cristiana desconocida

La fortaleza es una virtud cristiana desconocida. Se exalta con gusto la humildad, la virginidad, la fe, la esperanza, la caridad, como virtudes típicas del cristianismo. ¿Por qué no ha de reivindicarse a la fortaleza como expresiva también del Evangelio, en una religión fundada por un Crucificado y que comenzó a implantarse a través de tres siglos de persecuciones y de martirios, y cuyo arrojo misionero nunca se ha debilitado? En todo cristiano debería darse un alma de apóstol y de mártir. En la conducta diaria de demasiados católicos brillan por su ausencia la audacia y la magnanimidad necesarias para las grandes empresas. Debido a esto, aparece a menudo el cristianismo como una religión falta de virilidad. Y, con todo, ¿no es el Espíritu de fortaleza y de conquista el verdadero espíritu que debe animar a todos los "testigos de Cristo"?

I

DATOS BÍBLICOS SOBRE EL DON DE FORTALEZA

Desde la primera profecía mesiánica, Dios mismo nos anuncia el sentido dramático de la historia del mundo, en la que se asiste a un gigantesco duelo a muerte entre

las fuerzas del bien y las potencias del mal. Nada ni nadie pueden escapar de esta lucha. "Milicia es la vida del hombre sobre la tierra", afirmará el Libro de Job.¹ Toda existencia humana se encuentra, a ciertas horas, frente a dificultades insuperables. No hay más que una solución: recurrir a la Fuerza de Dios.

Los anales del pueblo de Dios se presentan como un largo relato atravesado por continuas intervenciones divinas. Esta promesa de protección hecha por Dios mismo es patente desde la vocación de Moisés, a quien Yavé envía al Faraón para hacer salir de Egipto a su pueblo, a los hijos de Israel. El cometido supera sus posibilidades personales. Dios le responde: "Yo estaré contigo".² Es asegurarle la ayuda de la Fuerza divina. El mismo auxilio de la Omnipotencia garantizaseles a los profetas y a los demás servidores de Dios del Antiguo Testamento, para el cumplimiento de sus misiones. Sus cánticos de acción de gracias reconocen siempre que sólo gracias a la fortaleza que les ha prestado Yavé han podido llevar a cabo su tarea. Los salmos no cesan de exaltar esta Fuerza protectora de Dios. Yavé es la "Roca" de Israel.

La Santísima Virgen lo proclamará a su vez en el Magnificat: "Grandes cosas ha hecho en mí el Omnipotente". Su maternidad divina es, ante todo, obra de Dios. El Espíritu de Dios, anunciado por Jesús, "revestirá" a los Apóstoles "de la fuerza de lo alto".³ El Paráclito mismo asistirá y sostendrá a la Iglesia militante en sus combates diarios hasta el fin de los siglos. Este será el milagro perpetuo de la Iglesia de Cristo, siempre en pie en medio de las naciones, señal indubitable de la asistencia del Espíritu de Dios, y el Apocalipsis considera con razón el triunfo de los elegidos como la victoria de Dios.

1. *Iob* 7, 1.

2. *Gen* 3, 12.

3. *Lc.* 24, 49.

II

NATURALEZA DEL DON DE FORTALEZA

La esencia del don de fortaleza consiste, precisamente, en revestir al hombre de la Fuerza misma de Dios.

Cabe distinguir un triple aspecto en la virtud de fortaleza:

— una fuerza moral de orden natural, en la línea de todos nuestros recursos connaturales, que se desarrolla según las leyes del progreso de todas las virtudes adquiridas;

— una virtud sobrenatural de fortaleza, conexas, como las demás virtudes cristianas, con la gracia santificante infusa en el alma por Dios en el bautismo, y que realiza sus actos bajo la dirección, al modo humano, de la prudencia cristiana;

— en fin, una forma superior de la virtud sobrenatural de fortaleza, de modalidad sobrehumana, deiforme: los dones del Espíritu Santo, bajo la inspiración directa y personal del Espíritu de Dios.

Tres motores diferentes, tres medidas específicamente distintas del acto humano:

— la razón sola, directriz y motora de la fuerza moral adquirida mediante el trabajo de la reflexión;

— la razón esclarecida por la fe y decidiendo de todas las aplicaciones prácticas de la virtud sobrenatural de fortaleza según los procedimientos deliberativos de la prudencia;

— la razón esclarecida por la fe, pero iluminada, especial, personal y directamente por las inspiraciones del Espíritu Santo, a la medida de la Omnipotencia y de la Fuerza misma de Dios.

En la virtud de fortaleza se manifiesta particularmente un triple plan superpuesto y subordinado de la actividad de nuestra razón.

Los paganos nos ofrecen el caso típico de la fortaleza natural, adquirida, que puede elevarse en sus realizaciones supremas hasta las cimas del heroísmo humano. La fortaleza cristiana afronta los peligros de muerte sin doblegarse en el cumplimiento del deber que a cada uno le trazan las normas de la fe. Su campo de acción se extiende, con el concurso de las virtudes anejas —de longanimidad, magnificencia, paciencia y perseverancia— a todos los géneros de resistencia que en ejercicio de la virtud puede encontrar en el ordinario curso de la vida y en las circunstancias extremas en que el heroísmo cristiano alcanza su más elevada perfección, como es en el martirio. La fortaleza cristiana arma al hombre para todos los combates de la vida, pero le deja, por lo común, dentro de los límites de la naturaleza humana, asegurando la fidelidad a Dios sin suprimir las zozobras de su espíritu, las angustias del alma y el miedo a la muerte. La fe domina, pero el ser humano tiembla: no se libra de las fluctuaciones de la sensibilidad, de la repugnancia al sufrimiento, de los inevitables desfallecimientos de toda naturaleza creada. La grandeza del hombre está en vencer y sujetar a la carne con el dominio del espíritu; tal es la fortaleza del cristiano: pese a las repugnancias de su naturaleza frente al peligro, imitar a Cristo “obediente” a su Padre “hasta la muerte”.⁴

Hay una manera incomparablemente superior de triunfar de todo miedo y de moderar toda audacia, en presencia de todas las dificultades, aun de las más imprevistas, frente a los más temibles peligros de muerte, sin doblegarse lo más mínimo: cuando Dios en Persona suple las limitaciones de la naturaleza humana, convirtiéndose en sostén de sus hijos. Entonces, la fortaleza sobrehumana y sonriente de los siervos de Dios y de los mártires carece de límites. Dios es su invencible Fuerza. Él les conserva en medio de las mayores torturas en su inmutable paz.

Nada tan esclarecedor, para determinar la naturaleza del don de fortaleza, como la respuesta de Santa Felícitas al guardián de la prisión en que ella se preparaba para

4. *Phil* 2, 8.

el martirio. Al oírla él gemir entre los dolores del parto, le dijo: "Pues, ¿qué será de ti cuando te rodeen las fieras?" La joven madre replicó con denuedo: "Hoy soy yo quien sufre; mañana, Otro sufrirá en mí". Tal es el motivo formal del don de fortaleza, como de todos los dones del Espíritu Santo. El hombre actúa directamente inspirado y personalmente impulsado por la Inteligencia, la Ciencia, la Sabiduría, el Consejo y la Fuerza de Dios.

III

EXTENSIÓN DEL DON DE FORTALEZA

La extensión del don de fortaleza es ilimitada, como la Omnipotencia de Dios. Así como los dones intelectuales participan de la amplitud universal de la ciencia de Dios, así también el don de fortaleza se extiende hasta eliminar todos los obstáculos y superar victorioso todas las dificultades de la Iglesia militante, llegando a todas las realizaciones en el dominio de la acción. Nada podría oponerse a la irresistible voluntad divina. Por el don de fortaleza participa el hombre de las propiedades y privilegios de la Fuerza de Dios.

Este espíritu de fortaleza presenta dos tipos diferentes: el heroísmo de lo pequeño y el de lo grande.

El heroísmo de lo pequeño despliega su fuerza en la fidelidad absoluta a las más humildes tareas cotidianas, a los más minúsculos deberes, sin preocuparse por fari-saicas literalidades, lejos de todo raquitismo espiritual, con la regia libertad del amor. Teresita de Lisieux y, sobre todo, la Virgen de Nazaret, encarnan en la Iglesia la sencillez eminente de esta primera forma de heroísmo, sin brillo externo, pero admirablemente fiel, a imitación de la vida oculta del Verbo hecho carne, que pasó por entre nosotros como uno más, sin que se pudiese no obstante sorprender en Él ni la menor falta: "Todo lo ha hecho bien".⁵

5. Mc 7, 37.

Esta indefectible fortaleza, que se manifiesta por la "fidelidad en los detalles",⁶ es una de las formas más auténticas de la santidad evangélica. Accesible a todo el mundo, no por eso es menos glorificadora de Dios: sin tentación alguna de sustraerle la menor partícula de gloria, y a causa de la pureza de su amor, resulta tan eficaz como cualquier otra para el bien espiritual de la Iglesia entera.

El heroísmo de lo pequeño lleva al heroísmo en lo grande. Esta segunda forma, deslumbradora, del don de fortaleza resplandece en las grandes hazañas que realizan los santos en servicio del reino de Dios. Este espíritu de conquista y de resistencia sostiene a la Iglesia de Cristo en su impulso misionero y en las tentativas perpetuamente renovadas de su apostolado a través de los siglos. En nuestros días también lo sella la sangre de los mártires.

IV

SU MODO DEIFORME

La modalidad de un acto humano es a la medida de la causa que la mueve y regula inmediatamente. Basta con aplicar este principio a la actividad de los dones del Espíritu Santo para concluir que su modo ha de ser esencialmente deiforme, por imitación de la ejemplaridad-divina. Sin duda, los actos de los dones se efectúan con el concurso de las virtudes y de nuestras facultades humanas, pero bajo la Acción infinitamente superior y sobreelevante del Espíritu de Dios. Sin ser, en sentido estricto, mero instrumento entre las manos de Dios, como sucede en los ministros de los sacramentos cuando producen la gracia, o en un taumaturgo cuando realiza un milagro de Dios, el hombre divinizado es movido por la iniciativa y la soberana fuerza del Espíritu Santo, que le reviste de su propio modo de obrar, haciéndole partícipe

6. *Lc* 16, 10.

de su infinita Potencia. El modo de obrar del hombre, puesto así bajo las inspiraciones y los impulsos directos del Espíritu Santo, hácese más o menos divino, según el grado de participación en la Perfección divina. Al ejercitar los dones del Espíritu Santo, actúa el hombre a la medida de Dios, es decir, de un modo deiforme y, por consiguiente, sobrehumano. El modo deiforme es una propiedad esencial, inalienable, de la actividad virtuosa de los dones del Espíritu Santo. Querer introducir en el régimen de los dones un doble modo, de una parte humano y ordinario y de otra deiforme y extraordinario, equivaldría a tratar de unir los contrarios. Desde el momento en que el Espíritu Santo toma, en Persona, la iniciativa de nuestros actos y nos los hace poner por obra bajo la moción sobreelevante de su gracia activa, soberanamente eficaz por sí misma, el hombre, que consiente de una manera libre esta moción reguladora proveniente de toda la Trinidad, se acompasa a su ritmo deiforme, participando de la soberana perfección del Obrar divino. Estos actos de los dones, que son verdaderamente "nuestros", procedentes de nuestra propia libertad, son a la vez humanos, puesto que dimanen de nuestras facultades activas, pero son también divinos por su modalidad, ya que se ponen por obra bajo la influencia directa, especial y personal del Espíritu del Padre y del Hijo. El hombre se apropia de esta suerte la Inteligencia, la Ciencia, la Sabiduría, el Consejo y aun la invencible Fuerza de Dios hecha "suya". Esta identificación no es absoluta, lo que abocaría al panteísmo y al absurdo; no nos eleva en nuestra esencia al orden increado del Ser subsistente ni al de su Obrar infinitamente trascendente. Sino que la acción personal del Espíritu nos asocia, según nuestro grado actual de amor, a su propio modo de obrar, conforme a una identificación proporcional, analógica: por los dones intelectuales, a su Ciencia infinita; por el don de fortaleza, a su Voluntad soberanamente eficaz. El hombre actúa entonces con la Fuerza misma de Dios y a su Medida divina.

V

ESTUDIO COMPARADO

La conexión psicológica de todas las virtudes y todos los dones de nuestro organismo sobrenatural nos descubre, en el ejercicio concreto de nuestra vida espiritual, un juego extremadamente variado: según sean las disposiciones y las gracias de cada uno. Cada santo constituye una síntesis viviente, irreductible. Dominan en unos la fe y los dones de inteligencia, de ciencia o de consejo; en otros, la acción primordial de la caridad y del don de sabiduría. Así, cada vida cristiana tiene su propio centro de interés y de unidad, en torno al cual se polariza y armoniza todo el juego psicológico de una personalidad.

1. El don de fortaleza y las virtudes

La actividad del don de fortaleza depende, ante todo, en cada uno de nosotros, de las cualidades de nuestra fe y de nuestra caridad. Las virtudes teologales y los dones contemplativos de inteligencia, ciencia y sabiduría dirigen, por intermedio del don de consejo, la actividad de nuestras virtudes morales y de los dones afectivos. El don de fortaleza se despliega, en vital conexión armónica con todo el juego de las virtudes y de los dones, en una continua interpenetración y sinergia. A su vez, influye sobre todas las demás virtudes, las teologales inclusive, y sobre los demás dones, marcándoles con su nota propia, de una indefectible firmeza.

La fortaleza asegura de suyo al mártir, por fidelidad a la fe; atestigua un amor de predilección a Cristo, bajo el influjo de la caridad; se afirma en una profesión de fe externa o, en un acto público de consagración a Dios, en conexión con la virtud de religión, testifica en cualquier circunstancia y en la práctica de todas las virtudes la docilidad constante, heroica, de un alma al Espíritu de Amor.

2. *El don de fortaleza y los demás dones*

Sería interminable evocar y analizar las infinitas aplicaciones posibles de esta ley fundamental de la conexión interna que vincula en cada uno de nosotros, según nuestro coeficiente personal, la actividad concreta de las virtudes y de los dones. ¿Cómo— por ejemplo— las sublimes visiones contemplativas propias del don de sabiduría no van a ayudar poderosamente al alma cristiana a echar raíces por el amor en la inmutable Fuerza divina? Los dones de inteligencia y de consejo nos sostienen en los combates diarios al servicio de la Iglesia de Cristo, descubriéndonos que por este camino realizamos con nuestros más mínimos actos el plan eterno de Dios. Y así sucede con todos los demás dones. El don de fortaleza, a su vez, conserva las almas de los apóstoles simultáneamente apacibles y prestas a combatir, superando todas las agitaciones humanas. La multiforme actividad de los dones del Espíritu Santo es tan móvil y variada, en cada uno de nosotros, como nuestra fisonomía.

VI

VICIOS OPUESTOS

El retrato del hombre esforzado y magnánimo adquiere sólo todo su relieve por contraste con la flojedad del hombre débil, pusilánime, que se detiene al tropezar con las dificultades de la vida, vencido ya antes de empeñar combate.

La virtud y el don de fortaleza se despliegan sincrónicamente, siguiendo dos líneas estructurales trazadas por las dos pasiones que amenazan con desviar al hombre de su deber: el temor y la audacia.

Dos virtudes regulan su audacia frente al peligro: la longanimidad y la magnificencia. Otras dos le aseguran su tenacidad en el cumplimiento del bien, a pesar de

todos los males de la vida presente, incluida la muerte: la paciencia y la perseverancia.

Cuatro vicios se oponen a la longanimidad; tres por exceso: la presunción, la ambición y la vanagloria; uno por defecto: la pusilanimidad.

Se puede descaecer también en el acto principal del don de fortaleza, que es resistir hasta la muerte, por falta de paciencia y de perseverancia, por temeridad y por obstinación.

El Espíritu de fortaleza nos hace firmes contra todas las tendencias malas y contra las amenazas de males que podrían desviarnos de Dios. Nos alienta hasta el heroísmo en los peligros de muerte. Su culminación está en el martirio, y sus vicios opuestos son la flojedad ante el deber, y la traición. Hay horas en que el cristiano, para su salvación, ha de escoger entre el heroísmo o la apostasía. Entre estos dos extremos se extiende la indefinida gama de todas las formas de resistencia a la gracia y de fidelidad a Dios.

VII

SU FUNCIÓN EN LA VIDA ESPIRITUAL

El Espíritu Santo es un Espíritu de fortaleza y de santidad, que encamina a los hombres hacia la más alta perfección capacitándoles para superar todas las dificultades de la vida, conducido personal e inmediatamente por Dios. Dos tendencias caracterizan tanto al don como a la virtud de fortaleza: el ataque y la defensa, el espíritu de empresa y el de resistencia, el impulso conquistador y el ansia de sacrificio que nunca flaquea.

El primer movimiento despierta en el hombre la firme voluntad de conquistar a Dios para sí, de trabajar, según todas las posibilidades personales, por el establecimiento de su reino, por la mayor gloria de la Trinidad, por el bien espiritual de la Iglesia y de todos los hombres, sus hermanos. Para realizar este programa de conquista, el espíritu de fortaleza provoca a la práctica de

EL DON DE FORTALEZA

todas las virtudes con una magnanimidad y una magnificencia que no sabe de cálculos. Tratándose del reino de Dios, el longánime ve mucho, se anticipa, poniendo en juego, con prudencia pero sin parsimonia y sin reticencias, todas sus disponibilidades financieras y todos sus recursos de acción.

Los proyectos más vastos animan así una vida, inspirados por la fe, dirigidos y controlados por el don de consejo, cumplidos sin desfallecer, con una audacia emprendedora pero siempre segura de sí misma y medida por la razón, no una razón razonante, siempre replegada sobre sí misma, sino abierta a las ilimitadas posibilidades de realización que le garantiza la Omnipotencia divina, la Fuerza misma de Dios.

Sería ilusorio creer que cualquier obra apostólica podría llevarse a cabo fuera del misterio de la Cruz. A imitación de Cristo, sólo se salva a las almas por el don de sí, por el espíritu de sacrificio llevado hasta el heroísmo, aceptando todas las dificultades y todos los fracasos aparentes.

El espíritu de fortaleza obra así, en nuestra propia vida espiritual, aquella suprema conformidad con el Crucificado, que nos transforma en Él, asegurando a nuestras existencias humanas la máxima fecundidad, por una colaboración personal con la Acción Redentora de Cristo, según las dimensiones mismas de la Iglesia de Dios.

1. Obliteración del sentido del pecado.

VII. Su papel de fundamento de la vida espiritual.

*El Espíritu de temor sus raíces,
ante Dios,
en la conciencia de nuestro mal.*

CAPÍTULO IX
EL DON DE TEMOR
(Resumen)

UNA ACTITUD RELIGIOSA FUNDAMENTAL

I. El espíritu de temor (Su existencia)

II. Naturaleza del don de temor

1. El temor mundano.
2. El temor servil.
3. El temor inicial.
4. El temor filial.
5. Esencia del don de temor

III. Su amplitud universal

IV. Su modo deiforme

V. Estudio comparado

1. Don de temor y virtudes cristianas.
2. El don de temor y los demás dones.

VI. Vicios opuestos

1. Presunción.
2. Descorazonamiento.
3. Obliteración del sentido del pecado.

VII. Su papel de fundamento de la vida espiritual.

EL ESPÍRITU DE TEMOR

Su existencia

El espíritu de temor anima todo el Antiguo Testamento. "El temor y el amor: he aquí el fundamento de la diferencia entre los dos Testamentos. El Espíritu de temor nos mantiene, ante Dios, en la conciencia de nuestra nada.

CAPÍTULO NOVENO EL DON DE TEMOR

Una actitud religiosa fundamental

El temor de Dios no es un sentimiento adventicio y restringido, sino que constituye un estado de ánimo fundamental que mantiene al hombre en la conciencia de su miseria y de su nada ante "Aquel que Es". Sin identificarse con la virtud de religión, el espíritu de temor comunica al ser humano la convicción de que Dios es infinitamente grande y el sentido de lo sagrado. Es en este clima espiritual y en las más vastas perspectivas de la dependencia de toda creatura con respecto al Ser Infinito donde hay que situarse para estudiar el don de temor.

Después de descubrir su revelación en el Antiguo Testamento y su expresión ideal en el Evangelio, analizaremos: su naturaleza, su amplitud universal, su modalidad; a continuación, lo compararemos con las virtudes cristianas, con los demás dones y con los vicios opuestos, para señalar, finalmente, su papel de fundamento de la vida espiritual por la actitud de pobreza de espíritu y de humildad que inspira a toda creatura ante la faz de Dios.

I

EL ESPÍRITU DE TEMOR

Su existencia

El espíritu de temor anima todo el Antiguo Testamento. "El temor y el amor: he aquí, en breve, la gran diferencia entre los dos Testamentos", escribe San Agustín.

“Nam haec est brevissima et apertissima differentia duorum Testamentorum: timor et amor.”¹

Guardémonos, no obstante, de acentuar demasiado la oposición entre la “ley del temor” y la “ley del amor”. Ya la legislación del Antiguo Testamento se hallaba bajo la influencia del precepto primordial del amor. Diariamente el buen israelita repetía, en su oración, el versículo sagrado: “Amarás a Yavé, Dios tuyo, con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas”.² Pero la antigua Ley no era sino un encaminamiento de lo imperfecto hacia lo perfecto; en ella se habla más de temor que de amor. La expresión “temor de Dios” se repite sin cesar en la Biblia, evocando sentimientos de respeto, de obediencia, de fidelidad, de culto debido a Yavé. Todavía el Espíritu de Amor no lo anima todo desde dentro. Sin embargo, ¡qué sentido se percibe ya en sus páginas de su infinita Majestad! La tarde del día de la caída, Adán y Eva, culpables, tiemblan de temor al oír la voz de Yavé.³ Abraham, intercediendo por Sodomá, es sobrecogido de súbito temor: “Mira, te ruego, ya que he comenzado a hablar a mi Señor, aunque soy polvo y ceniza”.⁴ Jacob exclama al despertar de su sueño visionario: “¡Verdaderamente, Yavé se halla en este sitio, y yo no lo sabía!” Y añade temeroso: “¡Qué terrible es este lugar! No es sino la Casa de Dios y la puerta de los cielos”.⁵ En el monte Horeb, al aparecerse Dios a Moisés sobre la zarza ardiente, le llamó, pero haciéndole esta advertencia: “No te acerques. Quitate las sandalias, pues el lugar en que estás es tierra santa”. Y Moisés se cubrió el rostro, porque “temía mirar a Dios”.⁶ La Ley del Sinaí fue dada entre relámpagos y truenos: era la Ley del temor, que regiría al pueblo de Dios durante todo el Antiguo Testamento. La manifestación del arcángel Rafael deja atemorizados a Tobías y a su padre: “Yo soy Rafael, uno de los siete santos ángeles que

1. *Contra Adimantum, Manichaei discipulum*, 17, 2; PL, 42, 159.

2. *Deut* 3, 5.

3. *Gen* 3, 10.

4. *Gen* 18, 27.

5. *Gen* 28, 16-17.

6. *Ex* 3, 1-7.

presentamos las oraciones de los justos y tenemos entrada ante la majestad del Santo". Entonces los dos se quedaron turbados, y cayeron sobre su rostro, llenos de temor. El ángel les dijo: "No temáis; la paz sea con vosotros. Bendecid a Dios siempre..."⁷

Este mismo sentimiento se encuentra en los salmos:

"Mas yo, fiado en tu inmensa bondad,
entraré en tu morada
y me prosternaré ante tu santo templo
en tu temor, ¡oh Yavé!"⁸

Los salmos penitenciales abundan en estos temores del pecador arrepentido:

"Apiádate de mí, ¡oh Dios!, según tus piedades;
según la muchedumbre de tus misericordias, borra
Lávame más y más de mi pecado, [mi iniquidad.
purifícame de mis faltas."⁹

La visión inaugural de Isaías en el templo manifiesta a las claras los dos aspectos del temor a Yavé que recorre todo el Antiguo Testamento: el sentido de la trascendencia divina y la conciencia de la propia indignidad del pecador. Dios solo es el Santo, el Fuerte, el Todopoderoso, el Soberano Rey. Isaías entrevé al Señor sentado en alto trono y llenando con su presencia el templo, mientras que, en derredor de Él, seis serafines, cubriéndose el rostro con las alas, proclamaban:

"¡Santo, Santo, Santo, Yavé Sebaot!
¡Toda la tierra está llena de su gloria!"

Y he aquí que inmediatamente el profeta se recoge sobre sí mismo, anonadado dentro de sí por su propia indignidad:

7. *Tob* 12, 15-16.

8. *Ps* 5, 8.

9. *Ps* 51, 3-4.

“¡Ay de mí, perdido soy!,
pues siendo un hombre de impuros labios,
que habita en medio de un pueblo de labios impu-
he visto con mis ojos al Rey, Yavé Sebaot.”¹⁰ [ros,

La santidad de Dios puesta en oposición con nuestra miseria de pecadores fue uno de los temas centrales de la predicación de los profetas.

El mismo Espíritu de temor pasará al Evangelio, pero transfigurado y encontrando su expresión ideal en el alma del Hijo Único del Padre. En Él presentará un acento excepcional de familiar confianza, rasgo que vendrá a hacerse característico del temor, enteramente filial, de los hijos adoptivos en sus relaciones con Dios, considerado ante todo como Padre. Aun sobre el Tabor prosternáronse los Apóstoles sobrecogidos de temor al contemplar los resplandores de la gloria divina. Los “temerosos de Dios” del Nuevo Testamento tienen siempre en sus corazones filiales un sentimiento de profunda reverencia con respecto a Dios. La historia de la Iglesia naciente nos muestra a los Apóstoles “edificándose y progresando en el temor de Dios”, al mismo tiempo que “llenos de la consolación del Espíritu”.¹¹ Y el Apocalipsis nos descubre la continuidad de esta actitud reverente en todos los elegidos de la corte celestial.

II

NATURALEZA DEL DON DE TEMOR

Toda nuestra vida moral, desde sus primeros actos conscientes hasta los más elevados estados místicos, se desarrolla como una prosecución del bien y una huida del mal. El hombre debe estar armado para los dos. Pero el bien y el mal le solicitan diversamente en las distintas etapas de su vida espiritual. Existe toda una gama de sentimientos de temor: el temor mundano, el

10. *Is* 6, 3-5.

11. *Act* 9, 31.

temor servil, el temor inicial, el temor filial, el don de temor, en fin, que proviene directamente de una inspiración especial del Espíritu Santo y se mide por los grados de nuestro amor.

1. *El temor mundano*

Los pecadores temen sobre todo el mal físico o el mal moral que puedan afectarles en esta vida. Sólo les preocupa lo efímero y lo inmediato. Huyen de los males y de las incomodidades de aquí abajo, mostrándose dispuestos a abandonar a Dios y a su Iglesia por temor a los juicios del mundo, a las críticas, al qué dirán, a las apreciaciones mundanas, pues no quieren privarse de las ventajas y alegrías del mundo. Este temor mundano es siempre culpable y fuente de incontables capitulaciones en las cuestiones pequeñas, por respeto humano, ambición y sensualidad.

2. *El temor servil*

Por temor servil, huye el hombre del "mal de pena", considerado como la privación de un bien propio, personal. Este temor puede ser bueno o malo, según los casos: bueno, cuando se subordina al temor filial, que juzga el mal de la culpa como el principal mal; malo, cuando considera el "mal de pena" como el mal supremo: el hombre pecaría con gusto si no existiese el infierno. Aquí hay un desorden en la jerarquía de valores. El hombre no ve en tal caso en el pecado, ante todo, la ofensa a Dios como una falta y un "mal de culpa", sino única o principalmente el aspecto que le atañe a él mismo y le priva de un bien creado, personal.

El temor servil es malo cuando prefiere al bien de Dios el bien del hombre, convirtiendo a éste en centro y medida del universo.

Este temor servil, es bueno, aun en el pecador, cuando viene a ayudar para salir del pecado mediante el deseo de evitar el infierno, o por cualquier otro motivo interesado pero de orden sobrenatural. Este sentimiento de atrición es suficiente, con el concurso de la absolución

sacramental, para devolverle al hombre la gracia santificante. Procede del Espíritu Santo, que nos mueve a la conversión y la justificación, aunque sin habitar todavía en nosotros como un Amigo con quien se vive ya en la intimidad por el conocimiento y el amor.

En fin, este temor servil es meritorio en el alma del justo, que se espanta con razón de las penas del pecado, por las que se vería privado de Dios o retrasado en su ímpetu hacia Él. La pena, el castigo, hace temer la culpa. No es éste el móvil más elevado de nuestros actos, pero sí un motivo legítimo que salvaguarda el primado del amor de Dios y el del mal de culpa sobre el mal de pena. El mal de culpa, de suyo, objetivamente, en su esencia, se opone a Dios por una negación práctica de su valor como Fin supremo, soberanamente beatificante. Se le designa a veces con el nombre de "mal de Dios" para distinguirlo del mal de pena o "mal de la creatura", que priva a ésta de su propio bien. El temor servil, despojado de su "servilismo", podrá ser utilizado por el Espíritu Santo entre sus dones.

3. *El temor inicial*

El temor inicial no constituye una especie nueva de temor. Es reducible, en esencia, al temor filial, en lo que éste tiene principalmente de huida del pecado, pero se distingue de él por su estado de imperfección. Acompaña a los incipientes, a los que dan sus primeros pasos por los caminos de la vida espiritual, y va mezclado todavía de temor servil, el cual disminuye, a medida que va aumentando la caridad, hasta desaparecer del todo en los perfectos.

4. *El temor filial*

Con el temor filial cambian las perspectivas. El hombre no se detiene ya a considerar el mal que le atañe personalmente; piensa, ante todo, en Dios, en lo que podría ser un mal para Dios: la negación de su infinita grandeza, de su bondad, de su acción salvadora. El mal de pena es un castigo de la creatura culpable; el mal

de culpa es una injuria inferida a Dios. Por nada del mundo querría el alma fiel ofender a Dios: ¡sucumba todo el universo antes que cometer la menor falta voluntaria! Nuestra amistad con Dios exige este temor a disgustarle aun con el menor pecado venial. Es el temor del hijo que no quiere contristar a su padre; de ahí su nombre tan expresivo de "temor filial".

El temor mundano no da marcha atrás ante el pecado, pues prefiere su propia satisfacción a la gloria y al bien de Dios. El temor servil teme el castigo, pero no se detiene ahí: cuando es bueno, para escapar del castigo evita la culpa, el pecado, la causa de aquél. El temor filial, de suyo, rehuye el mal del pecado, no por razón del castigo, sino por la ofensa que supone a Dios, a quien ama sobre todas las cosas. Es un temor de una especie totalmente distinta: el temor filial de los santos y de los amigos de Dios.

5. *Esencia del don de temor*

El Espíritu de temor nos eleva a alturas infinitamente mayores. Su motivo formal, inmediato, especificador, no es el pecado, ni el castigo, ni la culpa, sino Dios mismo, como Causa vengadora del mal. Todo temor implica un mal. El don mismo de temor no puede definirse en su orientación primordial a Dios sin cierta referencia al mal. Este punto de la doctrina tiene capital importancia para una inteligencia auténtica del Espíritu de temor, sin desviarlo hacia un simple movimiento de adoración reverencial dictada por la virtud de la religión.

Las formas inferiores del temor se especifican por la huida del mal; el don de temor, a causa de su infinita trascendencia, nos orienta hacia Dios, hacia el Bien sin límites, no para hacernos reposar en su Bondad soberana, como la caridad, ni para mirarle en cuanto fuente de dicha, como la esperanza, sino para considerarle como Causa vengadora del desorden del pecado mediante el mal de pena o como término del mal de culpa que ofende a su infinita Majestad. Su acto principal se dirige hacia Dios, infinitamente temible para los pecadores y capaz de aniquilar el universo. Este sentimiento de reve-

rencial temor se desarrolla en las almas, aun entre los bienaventurados, resaltando estos dos infinitos como extremos opuestos: la Omnipotencia divina y nuestra nada, esta última, raíz y base de todos nuestros desfallecimientos, de todas las posibles faltas de las creaturas.

Se trata de un sentimiento muy fuerte y muy elevado, que brota en nosotros no de una meditación discursiva regida simplemente por la fe y la prudencia, sino gracias a una inspiración divina especialísima, bajo la Acción personal y directa del Espíritu de Dios. Cuanto más divinizada está un alma y más animada actualmente por los ardores de la caridad divina, más se asemeja a Dios y más participa de ese movimiento, que se da en Dios mismo, de detestación del mal. Este sentimiento divino de odio al pecado vibra en los hondones de su ser y participa, proporcionalmente, de esta ineluctable oposición de Dios contra el pecado.

En vez de juzgar acerca del misterio del mal desde abajo, el alma endiosada lo contempla desde arriba, a la luz del Verbo; y, en su voluntad, el Espíritu de Amor da suelta a la decisión de combatir el mal con todas sus fuerzas, en una guerra sin cuartel, abrasándola en deseos de hacer desaparecer el pecado de todas las almas rescatadas por Cristo. Este sentimiento de temor filial llegó al paroxismo en la noche de Getsemaní, provocando en el Corazón de Cristo los síntomas psicológicos del terror y del anonadamiento hasta el punto de sudar sangre.

III

SU AMPLITUD UNIVERSAL

Sería restringir singularmente el campo de acción del don de temor el limitarlo al servicio de la esperanza y de la templanza. En realidad, libera a las almas de todas las formas del mal, por lo que viene a ser el auxiliar de todas las virtudes.

Su acción principal no consiste en la huida del mal, sino en una actitud de profunda reverencia ante la Ma-

jestad de Dios, infinitamente temible para los pecadores. Sus efectos secundarios y derivados alejan al hombre de todo mal. No tiene a Dios por su objeto inmediatamente especificador, a la manera de las virtudes teológicas, sino que se refiere a Él, por así decirlo, al sesgo, por referencia al misterio del mal. Adquiere la amplitud universal del misterio del pecado.

IV

SU MODO DEIFORME

La ejemplaridad divina, que salta a la vista en todos los demás dones del Espíritu Santo, es difícil de percibir en el don de temor.

Compréndese sin esfuerzo que los dones intelectuales tengan por prototipo la inteligencia, la ciencia, la sabiduría y el consejo de Dios. El don de piedad hemos visto que era como una imitación de la glorificación que Dios halla en Sí mismo, en su Verbo, y el don de fortaleza como un reflejo de la Omnipotencia y la Inmutabilidad divinas. Pero, ¿cómo descubrir en Dios un modelo del don de temor?

Sí que lo hay: su alejamiento de todo mal, es decir, en su santidad infinita, que comunica a los hombres y a los ángeles, que "tiemblan" ante Él, algo de su Pureza divina, inaccesible al más mínimo mancillamiento y dotada de un poder soberanamente eficaz contra todas las formas del mal. El Espíritu de Dios es un Espíritu de temor, lo mismo que lo es de amor, de inteligencia, de ciencia, de sabiduría, de consejo, de fortaleza y de piedad. En su acción personal en lo más íntimo del alma, el Espíritu del Padre y del Hijo transmite algo de la infinita detestación del pecado que existe en Dios mismo, y de su voluntad de oponerse al "mal de culpa", y de su ordenación del "mal de pena" por su vengadora justicia para su mayor gloria y para restituir el orden en el universo.

Un sentimiento análogo es participado, en el fondo de las almas, bajo la influencia directa del Espíritu de temor: ante todo, una detestación enérgica del pecado dictada por la caridad; además, un sentimiento de reverencia para con la infinita grandeza de Aquél cuya soberana Bondad merece ser el Fin supremo de cada uno de nuestros actos, sin la menor desviación egoísta hacia el pecado.

El modo deiforme del Espíritu de temor se mide por la Santidad de Dios.

V

ESTUDIO COMPARADO

Todo se sostiene mutuamente en el organismo sobrenatural de las virtudes y de los dones, donde unas y otros están en conexión y se apoyan entre sí. El funcionamiento de esta interacción varía según el temperamento y el esfuerzo de cada cual, conforme al plan de nuestra predestinación en Cristo. Las dominantes personales crean de continuo nuevas maneras de organización. Es la admirable galería de los santos.

1. El don de temor y las virtudes cristianas

Cada don tiene sus particulares afinidades: los dones de inteligencia y de ciencia con la fe, el don de sabiduría con la caridad, el don de consejo con la prudencia, el don de fortaleza con la virtud de la fortaleza, el don de piedad con la virtud de religión y con las demás virtudes anejas a la de la justicia y que nos vinculan con nuestros prójimos. El don de temor, bajo el impulso motor y regulador del amor, manifiesta afinidades especiales con la esperanza, la templanza, la religión y la humildad.

En la base de todas las virtudes y de todos los dones se halla la fe. Ella proporciona al don de temor, bajo las iluminaciones complementarias del Espíritu Santo, las más altas luces sobre la trascendencia de Dios, funda-

mento supremo de la actividad de honda reverencia de toda creatura defectible en la presencia de Dios. La caridad le hace gustar, bajo la acción del don de sabiduría, el Todo de Dios y la nada del pecado. La esperanza induce al alma humana, consciente de su fragilidad y de su miseria, a refugiarse en Dios, cuya Omnipotencia misericordiosa es la única que puede librarla de todo mal. Así el espíritu de temor y la esperanza teologal, el sentido de nuestra debilidad y el de la Omnipotencia de Dios, se prestan en nosotros mutuo apoyo. El don de temor se convierte así en uno de los más preciosos auxiliares de la esperanza cristiana. Cuanto más débil y miserable se siente uno, cuanto más capaz de todas las caídas, más se acoge a Dios, como se cuelga el niño de los brazos de su padre.

La prudencia, ilustrada por las inspiraciones del don de consejo, sugiere al alma cristiana los pasos saludables y las decisiones rápidas que la harán caminar, sin temor servil ni espíritu mercenario, con el máximo de seguridad y de confianza en Dios, enteramente filial, por entre la inextricable complicación de la vida. El espíritu de temor, a su vez, conservando al alma fiel en la convicción de su nada y de sus posibilidades de pecar, es la fuente de múltiples otras virtudes llamadas a regular nuestras relaciones de referencia, de sumisión, de obediencia y de servicio para con Dios y para con cuantos tengan autoridad recibida de Él. De esta manera, el don de temor se halla en la raíz de las virtudes de religión y de la humildad. Distínguese específicamente de ellas, pero las inspira como un principio superior dirige y manda a otras actividades inferiores. Una honda afinidad une al don de temor, a la virtud de religión y a la humildad en una misma actitud de deferencia para con Dios: el espíritu de temor dánndonos conciencia de nuestra fragilidad de pecadores y una voluntad de total sumisión ante la infinita Majestad de Dios; la religión inclinándonos a prosternarnos en su Presencia con silencio admirativo y adoración sin fin; la humildad poniendo en nosotros la firme resolución de mantenernos siempre en nuestro puesto de la nada que somos, sin exaltarnos jamás a nosotros mismos delante de Dios.

Atribúyesele con razón al don de temor una afinidad especial con la templanza, que libra al hombre de todo contacto carnal impuro que viniese a manchar su alma espiritual, llamada a vivir en intimidad con Dios. Más profundamente que la castidad, el don de temor filial purifica al hombre de toda mácula envilecedora que le haría descender al nivel de las bestias. Más universalmente, el Espíritu de temor conserva al alma virgen de todo lo que no es Dios. Él la aleja de todo pecado, de la menor falta que, en ella, pudiese "contristar al Espíritu Santo".¹²

2. *El don de temor y los demás dones*

El don de temor tiene rango aparte entre los dones del Espíritu Santo. Su función específica hace de él el don por excelencia de la lucha contra el pecado por reverencia a Dios. Todos los demás dones le ayudan en esta función primordial: las luces de los dones contemplativos le descubren la grandeza de Dios y la significación del pecado; las directrices prácticas del don de consejo le formulan las consignas para la acción; el don de piedad le mantiene en la admiración de Dios; el don de fuerza le sostiene en una lucha sin desfallecimientos contra el mal.

El don de temor, a su vez, les recuerda sin cesar a los demás dones nuestra condición de pecadores, los estragos del pecado mortal o venial en la vida del espíritu, los retardamientos que producen todas nuestras imperfecciones. Él asegura nuestra sumisión total entre las manos de Dios.

VI

VICIOS OPUESTOS

Se puede pecar contra los dones del Espíritu Santo por resistencia directa a las divinas inspiraciones, o también, indirectamente, por falta de fidelidad a la gracia de

12. *Eph 4, 10.*

las virtudes, falta que implica el no ser dóciles al Espíritu de Dios. Además, toda falta contra una virtud puede oponerse al don correspondiente. Así, un pecado contra la fe puede, inmediatamente o por sus consecuencias, disminuir en el alma las luces de los dones de inteligencia y de ciencia; un golpe a la caridad embota el gusto de Dios y de sus cosas, fruto del don de sabiduría; una injusticia contra Dios, nuestro Padre, o contra los hombres, nuestros hermanos, repercute contra el don de piedad.

Tres vicios parecen oponerse más en particular al espíritu de temor: la presunción, el descorazonamiento y la obliteración del sentido del pecado.

La presunción y el descorazonamiento o desánimo se oponen a los dos movimientos fundamentales del don de temor: reverencia a Dios y huida del mal.

1. La presunción

El presuntuoso nunca tiene bastante en cuenta la trascendencia de Dios, cuyos derechos soberanos merecen ser proclamados por toda creatura conciente de su total dependencia de Dios. El orgullo, que está en la raíz de todos los pecados, le arrebató al hombre, desatento a esta sumisión perfecta que debe a su Creador, arrastrándole a sentimientos de confianza excesiva en sí mismo y de indebida exageración de sus propias fuerzas. Es todo lo opuesto al espíritu de humildad y de reverencia a Dios que caracteriza al don de temor.

2. Descorazonamiento

En sentido inverso, el hombre se desanima porque vuelve demasiado sus ojos sobre sí, dejando de considerar lo bastante su connatural miseria en correlación con la infinitud de Dios. Es desconocer prácticamente la misericordiosa bondad de Dios, nuestro Padre, y la ilimitada potencia de sus auxilios. Ahora, bien, en realidad el hombre jamás está solo en la vida. Dios, que le ha creado, está siempre con él, pronto a ayudarle en su retorno

hacia Él. La vida espiritual consiste ante todo en este continuo mirar hacia Dios para descubrir en Él la razón de ser y la medida de todos nuestros deberes. Dejar de mirar a Dios para fijarse en sí mismo, es querer apoyarse en un ser de nada. Este excesivo replegarse sobre sí lleva infaliblemente al hastío y al abatimiento. Cuando la esperanza ha cesado de habitar en la vida de un hombre, todas las caídas son posibles. La desesperación rompe todos los resortes de un alma. A un ser descorazonado hay que tomarle siempre en serio. Si las horas de gran desesperación son raras en una vida, en cambio, las tentaciones de desánimo nos acechan a cada instante, con ocasión de las incomprendiones, de las múltiples resistencias y de los inevitables fracasos. Ninguna existencia humana puede librarse totalmente de algún fracaso. Estas impotencias y estas decepciones deben impulsarnos, por el contrario, a buscar refugio en Dios. Él no nos faltará jamás.

El verdadero espíritu de temor, que nos mantiene convencidos de nuestra fragilidad personal, provoca en nosotros las reacciones del amor consciente de su debilidad y que se abandona sin reservas a aquél a quien ama, esperándolo todo de él. En la tierra, los más bellos actos del don de temor brotan en nosotros, bajo la acción del Espíritu de Amor, entre los esplendores de la virtud de la esperanza.

3. *Obliteración del sentido del pecado*

El don de temor, bajo las iluminaciones superiores del don de ciencia, sostiene una eficaz lucha contra todas las formas del mal. El pecado nos aparece entonces como el mal supremo del universo y por nada del mundo, ni siquiera para obtener la supresión del infierno y la aniquilación de todo el cosmos, deberíamos consentir en desagradar a Dios con el más mínimo pecado venial.

El mundo moderno ha perdido el sentido del pecado a la vez que el sentido de Dios. De ahí tantas existencias cristianas anémicas, sin impulso y sin fuerza en los combates de la Iglesia para la extensión del reino de

Dios. El odio al mal es la otra cara del amor; la lucha contra el pecado va medida en un alma por su grado de amor a Dios. Los movimientos reformadores dentro de la Iglesia han sido inspirados por el heroísmo de los santos.

En sentido inverso, la disminución del espíritu de temor de Dios introduce en los pueblos el laxismo y la obliteración del pecado. Es éste uno de los resultados más palmarios del ateísmo de hoy.

El espíritu de temor aumenta en las almas o desaparece en ellas con el Espíritu de Amor.

VII

SU PAPEL DE FUNDAMENTO EN LA VIDA ESPIRITUAL

La actitud más fundamental de toda creatura que se acerca a Dios es la conciencia de su nada en presencia de "Aquél que Es". — "Yo Soy El que Soy. Tú eres lo que no es", decía Dios a Santa Catalina de Siena. Todas nuestras relaciones con Dios son regidas por esta verdad básica que nos sitúa en nuestro lugar dentro del universo. "Ante Dios, todos los pueblos son como si no fueran." ¹³

La humildad le afirma al hombre en esta voluntad de dependencia y sumisión totales con respecto al Ser infinito. Por eso, es la humildad la primera de todas las virtudes, no según la jerarquía de valores, en la cual conservan su primado las virtudes teologales, sino en el orden genético y por vía de disposición. La humildad atrae la gracia. Dios colma de sus beneficios a quienes sabe Él que no quieren robarle ni la más pequeña porción de su gloria. En cambio, Dios no puede soportar a los orgullosos. Les quebranta, les devuelve a su nada.

Todo el edificio de nuestra perfección se asienta sobre la humildad. Es éste un axioma corriente en la tradición cristiana, formulado ya por San Jerónimo: la humildad

13. *Is* 40, 17.

es el fundamento y la guardiana de las virtudes". "Humilitas est fundamentum, custosque virtutum." ¹⁴

De igual manera, pero todavía con mayor profundidad, el Espíritu de temor afirma al hombre, mediante una inspiración divina, en la convicción, ya percibida, de su propia nada y de su radical impotencia para todo bien. Ante la eminente grandeza de Dios, el hombre no tiene más que un refugio: Una sumisión sin reservas de todo su ser a Dios, en una reverencia que le mantiene en la actitud de simple creatura, es decir, de ser hecho de la nada y pecador. El soplo purificador del Espíritu de temor libra al hombre de toda exaltación de sí mismo. Ante "Aquél que Es", el hombre no puede atribuirse nada a sí mismo: ni su ser, ni sus facultades, ni sus actos, nada, nada en absoluto. Se siente nada. Es la "pobreza de espíritu" absoluta, descrita por los místicos como la condición liberadora del "yo", que pone a la creatura toda entera a disposición de Dios, sin replegarse sobre sí misma, con una docilidad sin reservas a las transformantes operaciones del Espíritu de Amor. Dios hace maravillas en el alma que se olvida de sí. San Juan de la Cruz ha cantado con incomparable lirismo esta libertad suprema del alma que se consume en Dios mediante la unión amorosa. Las purificaciones activas y pasivas de la noche de los sentidos y de la noche del espíritu, no tienen otro fin que el de desbrozar al hombre de sí mismo para dejar todo el sitio a Dios. El Espíritu de temor es inseparable del Espíritu de Amor. Él convierte al hombre en dócil instrumento de todas las obras de Dios.

14. *Epistola ad Eustochium.*

TERCERA PARTE
LA FE EN SUS APLICACIONES CONCRETAS
«*Fides quaerens exemplum*»

CAPÍTULO X
LOS DONES DEL ESPÍRITU SANTO
EN CRISTO, EN LA VIRGEN Y EN LOS SANTOS
(Resumen)

I. El juego de los dones en Cristo

Espíritu de sabiduría.
Espíritu de inteligencia.
Espíritu de ciencia.
Espíritu de consejo.
Espíritu de piedad.
Espíritu de fortaleza.
Espíritu de temor.

II. El juego de los dones en la madre de Cristo

Espíritu de inteligencia.
Espíritu de sabiduría.
Espíritu de ciencia.
Espíritu de consejo.
Espíritu de piedad.
Espíritu de fortaleza.
Espíritu de temor.

III. El juego de los dones en los Santos.

Espíritu de inteligencia.
Espíritu de ciencia.
Espíritu de sabiduría.
Espíritu de consejo.
Espíritu de piedad.
Espíritu de fortaleza.
Espíritu de temor.

«*Admirable es Dios
en sus santos*».

TERCERA PARTE
LA FE EN SUS APLICACIONES CONCRETAS

CAPÍTULO DÉCIMO

LOS DONES DEL ESPÍRITU SANTO
EN CRISTO, EN LA VIRGEN Y EN LOS SANTOS

Nada hay tan variado como la acción del Espíritu Santo en la Iglesia. Una teología de los dones meramente escolar y abstracta, peligraría de incurrir en un esquematismo deformante. El análisis científico ha de completarse con la síntesis viva de la realidad concreta. Al modo de las demás ciencias, para ser fiel a su método integral, la teología, tras las dos primeras fases de constatación y de explicación, debe pasar a la de las aplicaciones: entrar en el dominio de los caminos de Dios y de la guía providencial de las almas. Participando en la trascendencia del conocimiento divino, a la vez especulativo y práctico, la misma ciencia teológica está llamada a extenderse desde la contemplación de los más sublimes misterios hasta la consideración minuciosa de los casos individuales. Nada se le escapa a la infalible ciencia de Dios y, por lo mismo, nada tampoco debe quedar fuera de la mirada del teólogo.

El Espíritu Santo aparece así, a la luz proveniente de lo alto, como el Realizador, a través de las contingencias históricas, de los designios eternos de Dios. El Espíritu Santo, el Espíritu del Padre y del Hijo es quien ha distribuido la gracia y la gloria al mundo de los espíritus puros, a todo el cielo de los elegidos, y quien se inclina aún a cada instante sobre nuestras almas para imprimir en ellas la semejanza divina. El Espíritu Santo ha modelado a Cristo y a su Madre. Él "forma a Cristo" en las almas de todos los santos. Él hace la Iglesia.

I

EL JUEGO DE LOS DONES EN CRISTO

En el "libro de Emanuel", de Isaías, se lee la célebre profecía sobre la plenitud de los dones que el Espíritu de Yavé derramará sobre el futuro Mesías. La "vara brotada del tronco de Jesé"¹ poseerá las cualidades, las virtudes y los carismas necesarios para su misión mesiánica. Resumirá en sí, en un grado eminente: la inteligencia, la ciencia y la sabiduría de Salomón, la prudencia real de David, la fuerza de Sansón, la conciencia de su debilidad y de su nada en presencia de la santidad infinita de Dios que tuvieron los grandes profetas, la confianza en Dios y la fidelidad heroica de Abraham, de Isaac y de Jacob, el sentido de la Ley que hará del Mesías, más aun que de Moisés, el conductor por excelencia del pueblo de Dios. Su espíritu de justicia y de equidad pondrá en él como un reflejo de la santidad de Dios.

"Sobre el que reposará el Espíritu de Yavé:

Espíritu de sabiduría y de inteligencia,

Espíritu de consejo y de fortaleza,

Espíritu de ciencia y de temor de Yavé."²

El Espíritu de Dios "reposará" sobre Él, en plenitud y permanentemente.

El Nuevo Testamento nos muestra al "Espíritu Santo descendiendo sobre Él, en forma corpórea, de paloma", viniendo a cubrirle con sus alas.³ "Jesús estaba lleno del Espíritu Santo",⁴ Dios "le dio sin medida su Espíritu"⁵ como a su "Hijo bien amado, en quien halla todas sus

1. *Is* 11, 1

2. *Is* 11, 2

3. *Lc* 3, 22.

4. *Lc* 4, 1.

5. *Io* 3, 34.

complacencias".⁶ El Verbo Encarnado tiene una posición única con respecto al Espíritu Santo.

Como Verbo Eterno, es, con el Padre, Principio y Fuente del Espíritu Santo, que todo lo recibe de Él en su Divinidad: su Naturaleza, su Ser, sus Perfecciones infinitas.

El Verbo da al Espíritu Santo el ser Dios. El Espíritu Santo "procede del Padre y del Hijo" por vía de amor, como tercera Persona de la Santísima Trinidad.

En su humanidad, es Cristo, por el contrario, quien lo recibe todo del Espíritu Santo: su cuerpo, su alma, su unión hipostática, su santidad substancial, su sacerdocio, su realeza, todos los atributos de su gracia capital, todos sus actos de Hijo Único del Padre y de Jefe supremo de la Iglesia. Las acciones todas del Verbo hecho carne provenían en Él del impulso constante y personal del Espíritu de Amor, revestido de una plenitud de gracia y de verdad, digna de un Dios que caminaba entre nosotros por la tierra, y haciendo subir en cada uno de sus actos una glorificación infinita hacia la Trinidad.

1. Espíritu de sabiduría

La actividad de los dones del Espíritu Santo en el alma de Cristo se desarrolló, desde el primer instante de la Encarnación, entre los fulgores de su visión beatífica. Jesús contemplaba a su Padre y todas las obras de Dios en la claridad de la visión cara a cara.

Hay que tener en cuenta esta verdad fundamental enseñada por el magisterio eclesiástico, si se quiere profundizar en la vida espiritual del Verbo Encarnado.

La visión beatífica constituía permanentemente, para el alma de Cristo, el principio de una visión inmediata de Dios, la fuente de una fruición de toda la Trinidad que le colmaba de infinita dicha, el verdadero centro de perspectivas de un Dios que habitaba entre nosotros en la tierra con una psicología ya de eternidad. Caso único, de una misma personalidad divina gozando simultánea-

6. Mt 3, 17.

mente, como Verbo, de la Beatitud increada de Dios, y, en su naturaleza humana, por la luz de gloria, de la contemplación beatificante de su propia Divinidad.

¿Cómo atreverse a penetrar en tales abismos de una sabiduría contemplativa de la Esencia y de todos los atributos de Dios en la unidad de la Trinidad, y de una sabiduría práctica que le descubría a Él, el Artista Creador, todos los esplendores del universo y toda la historia del mundo? Esta visión beatífica se desplegaba "extra Verbum" en una Sabiduría amorosa de orden místico, que, bajo las continuas mociones del Espíritu Santo, le hacía saborear en su alma de Verbo Encarnado la inamisible posesión de Dios y le permitía juzgar todas las cosas, por connaturalidad, a la ardiente y experimental luz de Dios. Cristo vivía así, día y noche, con su alma radiante de la claridad del Verbo, contemplando a Dios y el universo todo en su propia Divinidad, y saboreando "por fuera", pero entre los fulgores de esta contemplación cara a cara, las dulzuras creadas de la unión divina; juzgando, por una afinidad única y por vía de amor, acerca de todos los misterios divinos.

Tal era el clima del funcionamiento de los dones del Espíritu Santo en el alma de Cristo.

El don de sabiduría presentaba, en el alma de Cristo igual que en las de los santos, una doble forma: contemplativa y activa o práctica.

En lo más elevado de su alma humana, Cristo gozaba de la visión beatífica, pero, como prolongación de la intuición facial de Dios "en" el Verbo, "intra Verbum", dábase en Él, por intermedio de su caridad, un sabroso conocimiento de Dios. El don de sabiduría, que es por excelencia el don de la experiencia mística, le permitía saborear así, por los efectos de una visión beatificante: la infinita grandeza, la riqueza sin límites, las perfecciones sin número, la eminente simplicidad del Acto Puro, la Esencia increada de "Aquél que Es", Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo en la indivisible unidad de la Trinidad.

Mientras que en los demás santos la experiencia mística se desenvuelve en una irreductible distinción de persona con Dios, en Cristo, la misma Personalidad divina gozaba simultáneamente, como Dios, igual que el Padre,

de las luces de la Sabiduría increada, y, como hombre, en su inteligencia beatificada, de una doble sabiduría creada, la una "dentro" de la visión beatífica, la otra en su irradiar, por vía de amor y a la medida de su caridad. Gozaba de Dios de tres maneras diferentes, subordinadas: por "circuminsesión" trinitaria, por la intuición facial beatífica, y, en fin, por experiencia mística de las dulcedumbres y de los gozos producidos en Él por los efectos de la Bondad divina.

Psicología única, dependiente en Él de la dualidad de naturalezas en la unidad de la Persona, y que mantiene al alma de Cristo en una continua experiencia de Dios y de las cosas divinas, que no puede ni compararse con la modalidad ordinaria de la gracia en los hijos adoptivos. "Yo no estoy nunca solo. El Padre está siempre conmigo." ⁷ "¿No sabéis que Yo estoy en mi Padre y que el Padre está en Mí?" ⁸ No es fácil distinguir, al leer el Evangelio, lo que ha de atribuirse al Hijo, oculto "en el seno del Padre" ⁹ o al Verbo Encarnado viviente entre los hombres. San Juan y, después de él, San Cirilo de Alejandría, han hecho resaltar mucho la indivisible unidad del Verbo eterno y del Verbo hecho carne. Perspectivas éstas capitales para no dividir a Cristo y para comprender el funcionamiento de las virtudes y de los dones del Espíritu Santo en "el Hijo Único del Padre". ¹⁰

A esta luz se origina el aspecto práctico del don de sabiduría. Cristo descubría en la imitación del Padre el supremo ideal de toda santidad para los hijos adoptivos. Día y noche, bajo su mirada, se iba desarrollando todo el plan de Dios, su primacía como Cristo, la predestinación de todos los elegidos según el modelo de su propia Filiación divina. Jesús veía mejor que San Pablo el sentido de la historia del mundo como, un drama de redención y una configuración progresiva de los hombres a su imagen de "Hijo Único del Padre". Todo, así los grandes acaecimientos providenciales como los más minúsculos detalles de cada una de nuestras vidas, era juz-

7. *Io* 16, 32.

8. *Io* 14, 10.

9. *Io* 1, 18.

10. *Io* 1, 14.

gado por Él según esta finalidad suprema del universo: la consumación de todos los elegidos en la unidad de la Trinidad.

Esta sabiduría del plan eterno de Dios se había hecho la norma inspiradora de todas sus acciones, de las más sublimes y de las más mínimas, "hasta la última iota". El alma de Cristo jamás descendía de estas cumbres: "Yo hago siempre lo que es del agrado de mi Padre".¹¹

La gloria del Padre era la Ley suprema de su ser y de todas sus acciones. En el ocaso de su vida, Él podrá, y sólo Él, dar de sí este testimonio: "Padre, Yo te he glorificado".¹² Dirigido por el Espíritu de Sabiduría, Cristo ha "pasado" por la tierra "haciendo el bien",¹³ "realizándolo todo perfectamente"¹⁴ con la sencillez y la soberana soltura de un Dios hecho carne, que habitaba entre los hombres y permanecía a la vez "junto" al Padre, fiel a su misión de guiar a los hombres hacia su Padre, para "consumarles" allí por la gracia, con el Espíritu, "en la unidad" de la Trinidad.

2. *Espíritu de inteligencia*

Mientras que bajo el régimen de la fe, aun en los mayores santos, la actividad de los dones del Espíritu Santo se eleva de lo visible hacia lo invisible, de lo temporal hacia lo eterno, en cambio, en el alma de Cristo, su ejercicio se desarrollaba como prolongación de la visión beatífica en los fulgores del Verbo. El "Hijo Único del Padre", habitando entre nosotros, contemplaba todas las cosas a la luz de Dios: "sub specie aeternitatis".

El Espíritu Santo utilizaba el inmenso amor de Cristo a su Padre para hacerle saborear las infinitas perfecciones de Dios; y, a la luz de esta experiencia mística la inteligencia humana pero beatificada del Verbo Encar-

11. *Io* 8, 29.

12. *Io* 17, 4.

13. *Act* 10, 38.

14. *Mc* 7, 37.

nado penetraba los abismos de la Trinidad y todas las obras externas de Dios. Los dones intelectuales de inteligencia, ciencia, sabiduría y consejo se ejercitaban en Él por connaturalidad con las cosas divinas, como una "ciencia de amor". Bajo las iluminaciones del Espíritu de inteligencia, la mirada de Cristo escrutaba amorosamente la Esencia divina y la infinitud de los divinos atributos. Las creaturas se le revelaban como obra del amor. Él las contemplaba primeramente en el acto creador como una imitación del Verbo; después, se inclinaba sobre ellas con la inconmensurable caridad de su Corazón de Cristo. Conocíalas así de una manera nueva, por intuición amorosa.

No necesitaba preguntar para saber lo que había en los hombres. Leía en las profundidades de las almas sin que se le escapara secreto alguno. Conocía las dimensiones y la situación exacta del más diminuto grano de arena en el universo. Se estremecía de gozo o de tristeza por los progresos en la santidad o por la condenación del "más pequeño de los suyos".¹⁵ "El Buen Pastor conoce a sus ovejas y a cada una la llama por su nombre."¹⁶ Cristo nos conocía de este modo. Tenía para cada uno de nosotros una mirada de amor. Esta misma mirada abarcaba todo el universo visible e invisible. Al considerar el Templo de Jerusalén, veía en él la "casa de su Padre" y no quería verlo transformado en un "mercado".¹⁷ Cuando se paseaba por los atrios del Templo o asistía a los simbólicos ritos del Antiguo Testamento, estaba contemplando al descubierto el Sacrificio único que prefiguraban; cuando leía las Escrituras, su alma de Cristo, iluminada toda por la claridad del Verbo, comprendía merced a las continuas luces del Espíritu Santo, cómo, en definitiva, todos los Libros Sagrados no hablaban más que de Él.

El Espíritu de Yavé, su Espíritu de Inteligencia y de Verdad, "reposaba" en Él para comunicarle plenamente, conforme a las exigencias de su Misión como Mesías y "Salvador del mundo", todas las luces de Dios.

15. Mt 10, 42.

16. Io 10, 3.

17. Io 2, 16.

3. *Espíritu de ciencia*

No es lo mismo entrever a las creaturas desde abajo, mezclado con ellas, presenciar su belleza efímera pero peligrosa para un ser pecador, que contemplarlas desde arriba, entre los esplendores de la Luz del Verbo, con la pureza de Cristo.

El Verbo poseía un conocimiento exhaustivo del universo, a título de Artista creador. En su inteligencia de hombre, Cristo —según nos enseña la teología clásica— estaba dotado de una cuádruple ciencia: la visión beatífica con una modalidad inmutable y eterna; una ciencia angélica, sucesiva pero adecuada a la realidad; en tercer lugar, una ciencia discursiva, al modo humano y siempre en progreso, como nos lo manifiesta bien el Evangelio; y, finalmente, un conocimiento de otro orden, experimental y místico, prolongación inmediata de su visión bienaventurada, a la luz de los dones del Espíritu Santo, la “ciencia de los santos”, “una ciencia de amor” que valora a las creaturas con el sentido de Dios, que pone en nosotros la gracia santificante por afinidad con Él. El bautizado juzga de las creaturas con el instinto filial de los verdaderos hijos de Dios, movido por su Espíritu.

Así es como Jesús paseaba por todas las creaturas su mirada de Hijo de Dios, de heredero del universo. Jamás rozará su alma inmaculada la sombra del mal. Su cuerpo virginal fue siempre Templo vivo de la Trinidad Santísima. Nunca experimentó la fascinación seductora de las creaturas. Todas ellas aparecían a sus ojos como transparencias de Dios. Ante el espectáculo de la naturaleza y de las maravillas del mundo de la gracia, entonaba, en su alma de Cristo el cántico de la creación, llamando a todos los seres del universo a magnificar con Él al Señor. El Espíritu de ciencia reposaba plenamente en Él: la más diminuta florecilla del campo, los pájaros del cielo, el esplendor de los espíritus puros y de las almas rescatadas, todo, en Él, ascendía hacia Dios proclamando su gloria.

Nadie sufrió como Él por causa de las creaturas. Él padeció más que otra persona alguna la debilidad y el

egoísmo que se ocultan en cada uno de nosotros, la tibieza de los buenos, los decaimientos de los mejores, la perversidad humana, la malicia y el odio de los enemigos de Dios. Esta visión redentora le arrancó lágrimas, gritos de dolor, ardientes súplicas y hasta un sudor de sangre. ¡Él sabía muy bien el valor de un alma! El Espíritu de ciencia le hacía apreciar todas las creaturas con la apreciación de Dios.

4. *Espíritu de consejo*

Bajo la mirada de Cristo se desplegaba sin cesar, en su extensión infinita y en sus más secretas profundidades, todo el plan de Dios y su progresiva realización a través de la historia de la salvación del género humano. El Crucificado del Gólgota se veía en el centro del mundo como "signo de contradicción",¹⁸ iluminando y dividiendo a los hombres.

Nos cuesta trabajo adaptarnos a las vastas perspectivas de redención que mantenían de continuo el alma de Cristo, a plena luz, de cara a Dios y a todo el universo.

Su soberana prudencia era la del Dueño del mundo, que disponía de todo para la glorificación del Padre y el eterno bien de los elegidos. Los menores detalles de nuestras existencias humanas, los movimientos más imperceptibles de cada átomo aparecían a sus ojos en orgánica conexión con toda la historia del universo.

En el plan de Dios todo está ligado, todo se encadena en el juego de las causas segundas, todo conduce hacia la Jerusalén celestial, hacia la Ciudad de Dios. El Verbo Encarnado sabía que Él era el Artífice principal, mandatario del Padre, para conducir a los hombres hacia Dios, con la asistecia y bajo la guía personal del Espíritu. Conocía el valor de adoración y redención de cada uno de sus actos, su universal alcance en la economía de la salvación. Con la mirada fija en el fin último del universo, la glorificación y la posesión de la Trinidad, camino entre nosotros cumpliendo las Escrituras hasta la menor tilde, llevando a cabo la obra iniciada por los siervos

18. *Lc 2, 34.*

fieles de Yavé en el Antiguo Testamento, inaugurando una nueva era, en primer lugar por una preparación silenciosa y dolorosa, y, después, por la deslumbrante fundación de la Iglesia el día de Pentecostés, bajo la acción del Espíritu.

En Él, el don de consejo tenía la simplicidad, pero también la complejidad y la infinita amplitud de los móviles de acción del Dios del universo, encarnado para encaminar a los hombres, mediante sus méritos, su ejemplo, su actividad omnipotente y milagrosa, su acción íntima en cada uno de nosotros, hacia la consumación en la unidad de la Trinidad. El Espíritu de consejo le movía en todos sus actos como Mediador Único entre el universo y Dios. Su vida en la tierra se desarrollará sin brillo aparente, casi siempre oculta, suscitando en su fase de actividad pública el entusiasmo de unos, la incompreensión y la oposición de otros.

Jamás se pudo sorprender en Él la menor falta moral: "¿Quién de vosotros me argüirá de pecado?"¹⁹ En las situaciones más críticas, sus respuestas superan en sabiduría a las de Salomón: "Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios".²⁰ "El que de vosotros esté sin pecado, tire la primera piedra."²¹ Su impecable conducta se ha convertido para todos los hombres en infalible norma de perfección.

El Espíritu de consejo le sugirió multitud de máximas espirituales que hacen del Evangelio un código perfecto de santidad en el que se halla en lapidarias fórmulas el ideal cristiano: Vivir a imitación de nuestro Padre celestial; primacía del amor; adoración a Dios en espíritu y en verdad; caridad fraterna y universal; dignidad infinita del alma humana; desprendimiento de sí mismo y abnegación total en el seguimiento de Cristo.

Basta con abrir al azar el Evangelio, y en el sermón de la montaña, en sus parábolas a las muchedumbres, en sus conversaciones íntimas con los discípulos, en cada página, se encontrarán máximas espirituales que contienen las más eficaces consignas de santidad: "Bien-

19. *Io* 8, 46.

20. *Mt* 22, 21.

21. *Io* 8, 7.

aventurados los pobres de espíritu, pues de ellos es el Reino de los cielos... Bienaventurados los puros de corazón, pues ellos verán a Dios".²² "Entrad por la puerta estrecha, porque ancha es la puerta y espaciosa la senda que lleva a la perdición."²³ "Amad a vuestros enemigos, y orad por los que os persiguen, para que seáis hijos de vuestro Padre, que está en los cielos, el cual hace salir el sol sobre malos y buenos y llueve sobre justos e injustos."²³ "Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto."²⁴ "Nadie puede servir a la vez a dos señores... a Dios y al dinero."²⁵ "Quién quiera ser el primero hágase el último y el servidor de todos."²⁶ "En verdad, en verdad os digo: Lo que hicieréis al más pequeño de los míos, a Mí me lo habréis hecho."²⁷ "Por esta señal se os reconocerá como discípulos míos: si os amáis los unos a los otros."²⁸ "Permaneced en mi amor."²⁹ "Aquel que permanece en Mí y en quien Yo permanezco da muchos frutos."³⁰ "En esto será glorificado mi Padre, en que deis mucho fruto."³¹

No es solamente un maestro espiritual el que habla así, sino un Dios, Hijo Único, oculto en el seno del Padre, "venido" para "revelarnos" los secretos de la vida íntima de las Tres Personas divinas y enseñarnos a los hombres los caminos de Dios.

5. *Espíritu de piedad*

El Verbo eterno es la alabanza substancial del Padre, "el resplandor de su gloria",³² la expresión viva y adecuada de los esplendores de la Trinidad. Su sacerdocio tiene en su Filiación divina su profunda raíz, el Principio

22. Mt 5, 3-8.

23. Mt 7, 13.

23. Mt 5, 44-45.

24. Mt 5, 48.

25. Mt 6, 24.

26. Mc 9, 35.

27. Mt 25, 45.

28. Io 13, 35.

29. Io 15, 9.

30. Io 15, 5.

31. Io 15, 8.

32. Hebr 1, 3.

de una infinita grandeza. "No se exaltó Cristo a sí mismo haciéndose Pontífice, sino Aquél que le dijo: "Hijo mío eres tú, hoy te engendré". Y conforme a esto dice en otra parte: "Tú eres sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec"³³." En verdad "tenemos por Pontífice al Hijo de Dios",³⁴ un Dios Sacerdote, un Dios Hostia, un Dios que glorifica a Dios en nuestra humanidad pecadora, asumida por Él en la Unidad de persona y que une a su oblación de amor la ofrenda de toda la Iglesia en el sacrificio único de un mismo Cristo total.

Cristo es un Dios Sacerdote, y ello no por su Divinidad, ni siquiera directamente por su unión hipostática, sino por su gracia capital y en su humanidad: "Pues todo Pontífice tomado de entre los hombres, en favor de los hombres es instituido para las cosas que miran a Dios, para ofrecer ofrendas y sacrificios por los pecados".³⁵

"Uno de los Tres se encarnó, sufrió y murió por nosotros." "Unus de Trinitate passus est." Este "Uno de los Tres" es nuestro Sacerdote, que reúne en torno de Él y en Él, en la unidad de una misma persona, a todos los miembros de su cuerpo místico en una misma obra de alabanza, tributando a la Santísima Trinidad infinita glorificación. Todo el movimiento litúrgico de la Iglesia, todo el oficio de oración de los ángeles y de los hombres pasa por el alma sacerdotal de Cristo, nuestro único Mediador ante el Padre, es decir, que por Cristo pasan nuestra adoración, nuestra acción de gracias, nuestra súplica, nuestra expiación y nuestra redención: Los Santos Padres gustaban de designar a Cristo como al Director de coro del universo entero: "Christus musicus". "Por Él, con Él y en Él se eleva continuamente hacia el Padre todo honor y toda gloria en la unidad de un mismo Espíritu de Amor."

Estos enfoques dogmáticos nos permitirán comprender la verdadera naturaleza del don de piedad en el alma de Cristo. Jesús es el Hijo Único del Padre. Él "se ocupa por entero en las cosas de su Padre",³⁶ solícito

33. *Hebr* 5, 5-6.

34. *Hebr* 4, 14.

35. *Hebr* 5, 1.

36. *Lc* 2, 49.

únicamente de su gloria. Habría que citar aquí todo el Evangelio de San Juan para ir descubriendo en él el sentido de este Espíritu de piedad que mantenía perpetuamente al Verbo Encarnado en la presencia de su Padre y con una actitud de Hijo. Al soplo del Espíritu brotaban en Cristo, de las profundidades de su alma, los sentimientos de las relaciones filiales, que le hacían decir con un acento inigualado: "¡Abba, Padre!" Toda la religión de Jesús estaba contenida en esta exclamación filial que, en recuerdo suyo, con Él y en Él, repetirá la Iglesia hasta el fin de los siglos. El mismo Espíritu de Amor nos hace musitar a nosotros también con filial ternura: "¡Abba!", a título de hijos adoptivos. El Verbo hecho carne era Hijo por naturaleza y siempre se volvía hacia su Padre, en todos los acontecimientos de su existencia, desde su "Ecce venio" hasta su "Consummatum est", y, en la gloria del más allá, donde sigue "viviendo" ante la faz de su Padre, "intercediendo en favor nuestro".³⁷

La oración de Jesús tuvo de manera eminente todas las formas de la oración cristiana. Se dirigía a su Padre en todas sus necesidades, consciente de que, aunque igual a Él en la Divinidad, dependía por completo de Él en su humanidad. Se le mostraba agradecido por todas las gracias recibidas. Rogó a su Padre antes de escoger a los Apóstoles; le rogó con un estremecimiento de emoción al ir a resucitar a Lázaro.

Una vez se han retirado las multitudes de Galilea, después de su predicación y sus milagros, se refugia solo en la soledad de la montaña para allí "pasar la noche haciendo oración a Dios".³⁸ Noches de Galilea y de Judea, noches de adoración, noches de ardiente súplica por el mundo entero, "con lágrimas" y sintiendo angustia por nuestra salvación, entre "poderosos clamores"³⁹ redentores, acompañados en Getsemaní de un "sudor de sangre".⁴⁰

El punto culminante de esta oración y de este Espíritu

37. *Hebr* 7, 25.

38. *Lc* 6, 12.

39. *Hebr* 5, 7.

40. *Lc* 22, 44.

de piedad aparece en la plática de Jesús después de la Cena, sobre todo en su sublime oración sacerdotal:

“Padre, llegó la hora:
glorifica a tu Hijo,
para que el Hijo te glorifique...”

“Padre, glorifícame
cerca de ti mismo
con la gloria que tuve cerca de ti
antes que el mundo existiese...”

“Padre Santo,
guarda en tu nombre a estos que me has dado,
para que sean uno como nosotros...”

“Quiero que donde esté Yo
estén ellos también conmigo,
para que vean mi gloria, que Tú me has dado,
porque me amaste antes de la creación del mun-
do”.”

La Iglesia hallará en ésta suprema plegaria de Jesús alimento para su vida contemplativa hasta el final de los siglos. Estas palabras del Verbo han de entenderse con el mismo Espíritu que las había inspirado, y como María, la Madre de Jesús, debemos “recogerlas en el corazón”, meditarlas en el silencio del amor.

6. *Espíritu de fortaleza*

El Verbo Encarnado, con la mirada inmutablemente fija en su tarea redentora, a la claridad de la visión, caminó hacia su Pasión y Muerte con un Corazón magnánimo, que en la inmensidad de su amor salvador envolvía a los hombres de todas las razas y de todos los tiempos.

Su misión salvadora rebasaba infinitamente los más amplios cometidos que Dios haya confiado nunca a los personajes más famosos de la historia. El plan divino de la salvación poner a Cristo en la cima de la creación,

41. *Io 17, passim.*

realizando una obra de universal reconciliación mediante su Encarnación redentora. En estas perspectivas grandiosas de la restauración del universo por el Hijo Encarnado es donde se ha de considerar y medir la amplitud con que se desplegó en Él el ejercicio del don de fortaleza.

San Pablo ha hecho resaltar mucho las dimensiones cósmicas de la obra redentora de Cristo, en su Epístola a los Efesios, dictada ya hacia el fin de su vida, cuando su concepción del mundo y su inteligencia del misterio de Cristo habían llegado a su suprema evolución. La economía de la salvación y toda la historia del mundo veíalas el Apóstol dominadas por el Cristo Salvador, "en quien Dios Padre nos colmó de toda suerte de beneficios celestiales, habiéndonos elegido en Él antes de la constitución del mundo para que fuésemos santos e inmaculados ante Él, y nos predestinó en caridad a la adopción de hijos suyos por Jesucristo, a imagen del Hijo Único, de este Hijo bienamado, en quien el Padre había resuelto reunirlo todo bajo un solo Jefe: a los ángeles y a los hombres, para alabanza de su gloria, bajo el sello del Espíritu Santo".

¿Qué significan las proezas de los más grandes conquistadores, la influencia de los genios más poderosos y de los mayores caudillos de pueblos, si se las compara con la misión de Jesús como "Salvador del mundo"?⁴²

Cristo tenía plena conciencia de su papel de Mediador entre los hombres. En todo instante, sacaba de su visión beatífica la fuerza necesaria para cumplir perfectamente el encargo recibido de su Padre. Consagró su vida al Reino de Dios, conquistó el universo con su sangre.

El Espíritu de fortaleza se manifestó en Él de dos maneras: una audaz confianza para emprender la restauración universal del Reino de Dios, y, con este mismo fin, una heroica aceptación de todos los sufrimientos físicos y morales que padeció a lo largo de toda su vida, pero sobre todo a la hora de su Pasión y Muerte.

Con clarísima visión de las innumerables muchedumbres de hombres de todas las razas y naciones, llamados a

42. *Io* 4, 42.

glorificar al Padre en el cielo de los elegidos, Cristo trabó resueltamente el combate por Dios contra todas las fuerzas del mal. Luchó mediante su oración, su predicación, sus milagros, mediante la fundación de su Iglesia, mediante una acción sacerdotal y regia que atañe uno a uno, en sus actos más secretos, a los hombres de todas las épocas. Jamás el don de fuerza y, bajo su impulso, las virtudes de magnanimidad, valentía y grandeza de ánimo se desarrollaron en un ser humano con tan vasto campo de acción. Era lo infinito de la redención lo que se desplegaba así, en cada uno de sus actos, bajo la mirada de Cristo. La inmensidad de su amor al Padre y a los hombres, sus hermanos, requería en Él el ejercicio de todas las virtudes y de todos los dones. Jamás rehusó Él el menor sacrificio que pudiese ser útil para nuestra salvación. San Pablo tenía presente esta caridad universal y redentora del Corazón de Cristo al escribir: "Vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó por mí".⁴³ Y exhortaba a los primeros cristianos a que siguiesen animosos a Cristo en su Espíritu de sacrificio: "Sed imitadores de Dios como hijos amados. Vivid en caridad, como Cristo nos amó y se entregó por nosotros en colaboración y sacrificio a Dios".⁴⁴

El Evangelio nos ha conservado la relación de esta incesante actividad de Cristo al servicio del Reino de Dios, luchando contra el pecado y contra todas las fuerzas del mal, ayudando a todas las almas a encontrar el camino de la santidad y alcanzar a Dios.

El Espíritu de fortaleza se manifestó aún con mayor potencia en la fidelidad sin desfallecimientos de que dio pruebas Cristo en medio de las oposiciones y de las incomprendiones de los hombres, de la debilidad y del abandono de los suyos, en el abatimiento de Getsemaní, en el trágico desarrollo de su Pasión y Muerte. La fuerza invencible del Espíritu de Dios ha resplandecido supremamente en el Crucificado del Gólgota. Pero nunca se tiene bastante en cuenta que es en el secreto y continuo dolor oculto en su alma donde se desarrolla el ver-

43. *Gal* 2, 20.

44. *Eph* 5, 1.

dadero drama de nuestra Redención. Para comprender esto tendríamos que poder medir lo infinito de la ofensa, a los ojos de su Padre, de un solo pecado mortal y la dolorosa repercusión que produce en su alma de Hijo. La percepción de todos los pecados del mundo, cuyo peso Él soportaba, la universal visión de todas las caídas de los hombres, de todas las faltas morales de los cristianos, las de todas las almas religiosas o consagradas, las de sus sacerdotes, las de sus obispos, las de todos los miembros de la jerarquía eclesiástica, la traición de Judas, las negaciones de Pedro, la cobardía de todos sus Apóstoles durante la Pasión, pecados todos estos perpetuamente renovados a lo largo de la historia de su Iglesia, sumían a su alma de Cristo en una tristeza incommensurable que le arrancaba un "sudor de sangre".⁴⁵ "Mi alma está triste hasta la muerte."⁴⁶ No obstante, su voluntad humana no flaqueó jamás: "¡Padre, hágase tu voluntad y no la mía".⁴⁷

Jesús murió en la Cruz, no sólo con la serenidad de un Sabio, sino con la Fortaleza de un Dios. "Por el Espíritu Santo, se ofreció como Hostia inmaculada."⁴⁸ ¿Es de extrañar que sea el Calvario el símbolo más genuino del Amor y de la Fortaleza de Dios? El Espíritu Santo, el Amor en Persona, asistía a este Dios en su muerte por amor.

7. *Espíritu de temor*

"Sobre Él reposará el temor de Yavé", había anunciado Isaías hablando del Mesías. Parece imposible, a primera vista, reconocer ni el menor movimiento de temor de Dios en el alma del "Hijo Único Bienamado". ¿Qué podía temer Él de parte de Dios, Él, que es "Uno con su Padre"⁴⁹ y con el Espíritu Santo? Y, no obstante, el "temor de Yavé" es un rasgo característico de todos los

45. Lc 22, 24.

46. Mc 14, 34.

47. Lc 22, 42.

48. Hebr 9, 14.

49. Io 10, 30.

siervos de Dios en el Antiguo Testamento y uno de los principales temas de la Biblia.

En realidad, el temor es un sentimiento complejo, de manifestaciones extremadamente variadas, que el análisis teológico precisará más tarde: temor mundano y culpable; temor servil, bueno o malo; temor inicial e imperfecto; temor filial, rebotante de amor y de ternura, el único que podía darse en la sagrada humanidad de Jesús. El Verbo hecho carne, a causa de su Personalidad divina, gozaba de absoluta impecabilidad. Dios no puede negarse a Sí mismo. Por consiguiente, en el alma del Hijo de Dios no había ningún temor a separarse de Dios por el pecado, ni tampoco al castigo, sino una posesión inamisible de la beatitud divina, en un grado de felicidad superior a todos los goces de los elegidos. Los más mínimos movimientos de su alma de Cristo, inspirados por el Espíritu Santo, procedían con tal ímpetu de amor y perfección que todo progreso se hacía imposible a causa de su consumada virtud. Era, por así decirlo, la santidad divina descendida a un hombre, la plenitud de Dios habitando en el Hijo que caminaba por la tierra.

Pero su humanidad, sacada de la nada igual que la nuestra, bajo la acción todo poderosa y creadora de la indivisible Trinidad, conservaba de su origen la convicción de su propia impotencia y de la infinita trascendencia de Dios. Verdadero Dios y verdadero hombre, su inteligencia humana adoraba en Sí mismo al Verbo: ¡misterio insondable del Verbo Encarnado! Nadie como Cristo ha sondeado el infranqueable abismo que separa a la creatura del Creador. Esta toma de conciencia de que Dios es Todo y lo demás nada, constituía precisamente, bajo la inspiración del Espíritu Santo, el sentimiento de temor filial que le mantenía de continuo en una actitud de suprema deferencia ante la infinitud de Dios. Nadie, entre los santos, ha poseído tanto como el alma de Cristo este sentido de Dios. El Espíritu Santo le comunicó a Él el don de temor con una plenitud insuperable.

En efecto, el temor puede versar ya sobre un mal que se teme, ya sobre un bien, es decir, sobre la persona cuya superior potencia podría volverse contra nosotros. El don de temor no puede referirse al mal sino a modo

de consecuencia y de manera secundaria. Ante todo, considera el bien, ese Bien infinito que es Dios mismo: "Aquél que Es", el Ser terrible cuya Omnipotencia y cuya Justicia vengadora son tan espantables para los pecadores. "Es horrible caer en las manos de Dios Vivo".⁵⁰

La constante visión del infierno y de cada uno de los condenados, la perfecta comprensión de lo contingente del universo, el sentido de Dios y de su Ser infinito mantenían a la humanidad de Cristo en la conciencia de su propia nada y en una reverencia filial que le inspiraban los sentimientos más profundos en la presencia de Dios: humildad y adoración, sumisión total a su Padre, temor reverencial ante la faz de "Aquél Solo que Es" y a quien todas las riquezas del universo nada añaden. Este sentimiento de temor filial es tan divinamente puro que se sigue dando en el cielo, donde los ángeles y los santos no cesan de repetir día y noche: "¡Santo, Santo, Santo es el Señor, Dios, Dueño del universo! Él era, es y será".⁵¹

La voz de Cristo domina en medio de esta eterna proclamación de los derechos de Dios. ¿No es Él el Verbo, el Hijo Único del Padre, el Mesías Salvador del mundo, en quien reposa plenamente el Espíritu de Yavé: Espíritu de sabiduría, Espíritu de inteligencia, de ciencia y de consejo, Espíritu de piedad, Espíritu de fortaleza, Espíritu de temor de Dios?

II

EL JUEGO DE LOS DONES EN LA MADRE DE CRISTO

Después de Cristo, la Madre de Jesús, Madre de Dios y de los hombres, Madre del Cristo total, fue el alma más dócil al Espíritu Santo. San Juan de la Cruz nos asegura que la Madre de Dios vivía bajo la moción continua del Espíritu de Dios, en la cima de la unión trans-

50. *Hebr* 10, 31.

51. *Apoc* 4, 8.

formante: "Tales eran las [acciones] de la gloriosísima Virgen nuestra Señora, la cual, estando desde el principio levantada a este [tan] alto estado, nunca tuvo en su alma impresa forma de alguna criatura, ni por ella se movió, sino siempre su moción fue por el Espíritu Santo" (*Subida*, libro 3, cap. 2, 10). Cada uno de sus actos conscientes procedía de ella y del Espíritu Santo, y presentaba la modalidad deiforme de las virtudes perfectas bajo el régimen de los dones. Mientras que el Verbo Encarnado, a causa de su Personalidad divina, no podía aumentar en santidad, la Madre de Cristo aparece en la Iglesia como el prototipo del progreso espiritual, el ideal de toda alma cristiana en su ascensión hacia Dios.

Desde el primer instante de su concepción inmaculada, su plenitud de gracia, ordenada ya a la divina maternidad, la aventajaba sobre todo el mundo de la gracia y de la gloria de los ángeles y de los santos juntos, según la común doctrina de los teólogos. Con Ella, nos hallamos en presencia de un ser excepcional, que sigue siendo simple creatura, pero predestinada a ser la Madre del Verbo Encarnado, y, además, debido a la unidad del cuerpo místico, la Madre del Cristo total. Ella no es Dios. Su Hijo la superará siempre hasta el infinito por su trascendencia divina y en todos los dominios, tanto en el de la naturaleza como en el de la gracia y en el de la gloria. Dentro del orden de su santidad personal y de su misión de Mediadora, María seguirá dependiendo totalmente de Él, con absoluta subordinación, en su rango de creatura, pero como una madre íntimamente asociada a la obra Redentora de su Hijo, como la primera de los redimidos, salvadora con Él del mundo, nueva Eva junto al nuevo Adán, uno y otra indivisiblemente unidos en una misma tarea común: regenerar a todos los hombres, conseguirles y comunicarles la vida divina, la Vida misma de la Trinidad, fundar juntos la Iglesia, la Ciudad de Dios.

Ante el misterio de María, guardémonos de toda exageración y también de toda minimización. Según el consejo de San Buenaventura, la Virgen verdadera no necesita el elogio de la mentira. Para entrar en el misterio marial, debe hojearse con inteligencia el Libro de Dios, donde el Verbo nos habla de su Madre, pero hay que

leer la Biblia con la mirada de la Iglesia, lo mismo que el niño aprende a leer sobre las rodillas de su madre. La teología marial, más que otra ninguna, necesita conservar la nota discreta pero segura de la ciencia.

El juego de los dones del Espíritu Santo en la existencia de María debe situarse nuevamente en el clima de su incomparable plenitud de gracia siempre en progreso.

Hay que recordar también la ley de conexión y de síntesis puesta muy de relieve por las experiencias de la psicología contemporánea y que ha descubierto, en las actividades aparentemente más simples, el juego simultáneo de varias facultades, de múltiples disposiciones internas, pasajeras o permanentes, una pluralidad de "disposiciones interiores", de "hábitos", que actúan a menudo de manera sincrónica, en virtud de una indisociable sinergia de nuestras potencias activas y reactivas, cuyo origen profundo tiene su raíz en la unidad substancial del compuesto humano y en la íntima compenetración de la gracia, que viene, desde fuera de nosotros, a divinizar nuestra naturaleza. Un acto humano es el reflejo de una personalidad, reúne todas sus riquezas y virtualidades. Piénsese en el "fiat" de la Virgen cuando la Encarnación, en sus incalculables repercusiones sobre toda la economía de la salvación. Semejante acto fue el punto de convergencia de la santidad de la futura Madre del Mesías, de todas sus virtudes y todos sus dones.

Por tanto, en un estudio concreto de los dones del Espíritu Santo, no hay que dedicarse a descomponer artificialmente la actividad humana dividiéndola en tramos sucesivos y yuxtapuestos. Al contrario, el esfuerzo de la ciencia teológica en esta fase de aplicación debe tender a reencontrar y a recomponer los múltiples elementos conexos de un acto humano que la sabiduría de Dios contempla desde lo alto en unitaria síntesis. Hay en él, sin embargo, líneas estructurales distintas y convergentes, y una teología de las virtudes y de los dones ayuda mucho a leer en las profundidades de un alma, a discernir en ella los movimientos de la naturaleza y de la gracia, los efectos ordinarios de las virtudes y las mociones especiales, personales del Espíritu Santo.

1. *Espíritu de inteligencia*

Mientras que el Verbo Encarnado gozaba ya en la tierra de la visión beatífica, la Madre de Cristo vivió aquí abajo las obscuridades de la fe, obscuridades translúcidas, iluminadas todas por los dones del Espíritu Santo y los carismas proféticos necesarios para su misión de Madre de Dios y de los hombres, pero sin la visión beatífica, sin ninguna ciencia angélica que viniese a elevar su ser humano por encima de sus condiciones naturales, a un régimen de pensamiento sin imágenes tal cual les está reservado a los puros espíritus. Ningún documento del magisterio eclesiástico habla de ello. El Evangelio nos muestra a la Madre de Jesús escuchando las palabras divinas, observando con atención todas las cosas, "no comprendiendo" siempre el alcance de los sucesos que se verificaban en torno a ella. Nunca estuvo privada de lo que debía conocer, pero no lo sabía todo: "nesciencia", no ignorancia, precisa la teología marial.

El juego de los dones intelectuales del Espíritu Santo se desarrolló en ella en la más pura línea de la fe.

El Espíritu de inteligencia le hacía penetrar, hasta un grado único, el profundo sentido de todos los misterios de Dios. Ella leía las Sagradas Escrituras con el alma llena de luces mayores que las de Isaías y las de los demás profetas. Comprendía más que todos los justos del Antiguo Testamento el simbolismo de los ritos sagrados a los que asistía en el Templo. Su inteligencia, superior a la de los más grandes genios, pero sobre todo, iluminada directamente por el Espíritu Santo, elevábase sin esfuerzo de lo visible a lo invisible, donde se fijaba la mirada de su fe. ¡Qué de luces interiores iluminaban el alma de la Inmaculada! Dios preparaba en ella a la Madre de un Dios Salvador.

Cuando llegó la "plenitud de los tiempos", un ángel fue enviado de parte de Dios a una aldehuela llamada Nazaret, a una Virgen desposada con un hombre llamado José, de la casa de David. Y el nombre de la Virgen era María. El mensajero de la Trinidad la saludó diciendo:

“¡Regocíjate tú, llena toda de gracia: el Señor está contigo!”

La alusión Mesiánica es manifiesta. La Virgen se turba sorprendida. A estas palabras, se sintió confusa; preguntábase qué significaba tal saludo. La luz divina se irá haciendo progresivamente en su alma. La acción divina no suprime el funcionamiento de las facultades humanas. Las inspiraciones del Espíritu Santo no eliminan en nosotros los vaivenes de la reflexión y de la interrogación. Dícele el ángel: “No temas, María, pues has hallado gracia delante de Dios. He aquí que concebirás y parirás un hijo. Le pondrás por nombre Jesús. Será Grande, se le llamará Hijo del Altísimo y el Señor Dios le dará el trono de David su padre. Él reinará en la casa de Jacob y su reino no tendrá fin”.

Las palabras divinas se suceden, iluminadoras. El Espíritu Santo le hace comprender el sentido del misterio que le anuncia: el Dios de Israel la ha escogido para Madre del Mesías. María comprende. El Espíritu de inteligencia le hace entrever una maternidad mesiánica que la vinculará para siempre a los gloriosos destinos de su pueblo y al reinado eterno de su Hijo.

Maravilla el ver qué rápidamente y con qué sencillez entra María en la inteligencia del mensaje divino. Su fe es absoluta, su confianza en Dios, indubitable. Pero “¿cómo se hará ésto, pues yo no conozco varón?” Un complemento de luz es indispensable para la plena inteligencia de su misión. Dios no se lo rehusará. Él le revelará el carácter virginal de esta maternidad mesiánica recordándole la profecía de Isaías, que orientará definitivamente a su alma hacia una maternidad divina. Ella es la “almah”, la virgen purísima escogida para ser la Madre de Emanuel, de el “Dios-con-nosotros”.

El ángel le responde: “El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra, y por esto el Hijo engendrado será santo, será llamado Hijo de Dios”.

El mensaje va siendo cada vez más iluminador, va anunciando sucesivamente una maternidad mesiánica, virginal, divina, de inmensas consecuencias en la economía de la salvación y en el eterno Reinado del Mesías.

La alusión del ángel al texto de Isaías, a la nube luminosa, señal de la Presencia personal de Dios que viene a descansar en ella, el dar a su Hijo el título de "Hijo de Dios" en todo su sentido, y, principalmente, una luz divina que viene a esclarecer el interior de su alma, todas estas cosas le revelan a la Virgen el significado íntegro del mensaje de Dios. Entre todas las hijas de Israel, Dios la ha escogido para Madre del Mesías, para Madre de Dios. Los textos mesiánicos convergen en su espíritu y se iluminan, adquiriendo un sentido nuevo que le descubre el Espíritu Santo. "Nada es imposible para Dios."

La Virgen de Nazaret se inclina acatando la voluntad del Altísimo: "He aquí la esclava del Señor. Hágase en mí según tu palabra". Y "el Verbo se hizo carne y vino a habitar entre nosotros". María era ya Madre de Dios.

Más que cualquier sabia disertación, el relato evangélico nos muestra cómo María ha entrado, plenamente consciente, en la realización de su maternidad divina. Otras luces vendrán a añadirsele, pero, en lo esencial, todo está ya claro, como en el día de su ordenación capta inicialmente el nuevo sacerdote lo que significa su sacerdocio, cuyo insondable misterio irá luego penetrando más y más cada día.

También María penetrará cada día más hondo en el misterio de su Hijo y de su propia maternidad divina. Los hechos y los gestos diarios de Jesús, sus confidencias personales durante los treinta años de su intimidad en Nazaret, sus enseñanzas a las multitudes a lo largo de su vida pública, las palabras que de Él escuchó al pie de la Cruz. Los signos deslumbrantes de Pentecostés, harán de María, pese a las obscuridades de su fe, el alma más luminosa, después de la de Cristo, de cuantas han pasado por la tierra. Dócil al Espíritu Santo, todo lo veía iluminado por la claridad de Dios.

2. *Espíritu de sabiduría*

El mensaje de la Encarnación del Verbo había iluminado el alma de María. Los designios de Dios se realizaban ahora a sus ojos en una altísima visión de sabidu-

ría, en la que su Hijo ocupaba el primer puesto, pero ella se veía a sí misma asociada, junto a Él, a toda la economía de la salvación.

Exteriormente, nada había cambiado en su vida, pero, mientras se dirigía de Nazaret, en la Judea, a casa de su prima Isabel, todos los caminos, a cada uno de sus pasos, se iban iluminando. Ella era la Madre del Mesías. Dios había amado a su pueblo elegido hasta tal punto que le había enviado a su propio Hijo, hecho hijo de una mujer. La tierra de los Patriarcas y de los Profetas era ahora, para ella, la tierra de la Encarnación del Verbo. Todo, en ella, cantaba a Dios. Mientras Myriam caminaba así hacia Ain-Karim, su alma iba siendo cada vez más iluminada por el Espíritu de Yavé: Espíritu de inteligencia y de ciencia, Espíritu sobre todo de sabiduría que venía a esclarecer su mirada y sus reflexiones de Madre del Mesías. Todo, en ella, estaba transfigurado. No era ya una hija de Israel como tantas otras, sino la Virgen elegida entre millares, entre todas las doncellas israelitas, para ser la Madre de Emanuel, del Dios que habitaba ya entre nosotros oculto en su seno. Todos los horizontes del alma de María se habían ampliado de repente según los horizontes de Dios. Así, cuando su anciana prima Isabel, inspirada por el Espíritu Santo, le manifiesta que sabía el misterio de amor que había realizado Dios en ella, el alma de María exulta de gozo y de agradecimiento en su "Magnificat", brotado espontáneamente de lo más hondo de su ser, himno en el que se perciben aún reminiscencias de los cánticos del Antiguo Testamento y en el que resplandece la gratitud de todo su pueblo, Israel, pero cargadas ahora del acento personal, único, de la Madre del Mesías, de la Madre de Emanuel, del Dios Salvador que se halla ya entre nosotros:

"Mi alma magnifica al Señor
y exulta de júbilo-mi espíritu en Dios, mi Salvador;
porque ha mirado la humildad de su sierva".

Desde el día de la Encarnación del Verbo, el plan de Dios ha adquirido a los ojos de la Virgen una amplitud extraordinaria. Ella entrevé proféticamente que todos los

pueblos la alabarán: "Por eso, todas las generaciones me llamarán bienaventurada". Pero no se detiene en sí misma, sino que lo refiere todo a Dios, a su Sabiduría, a su Poder, a su Fidelidad, a la Santidad de su Nombre. El incomparable ímpetu laudatorio de su "Magnificat" es especialmente revelador de la inspiración del Espíritu de sabiduría: en este cántico todo está referido a Dios:

"Porque ha hecho en mí maravillas el Poderoso,
cuyo Nombre es Santo.

Su misericordia se derrama
de generación en generación
sobre los que le temen.

Desplegó el poder de su brazo
y dispersó a los que se engrían
con los pensamientos de su corazón.

Derribó a los potentados de sus tronos
y ensalzó a los humildes.

A los hambrientos los llenó de bienes,
y a los ricos los despidió vacíos.

Acogió a Israel, su siervo,
acordándose de su Misericordia,
según lo que había prometido a nuestros padres,
a Abraham y a su descendencia para siempre".

María contempla los designios de Dios a la luz de una altísima sabiduría. Después de la plegaria sacerdotal de Jesús, el "Magnificat" es la expresión más elevada del Espíritu de sabiduría en la Revelación de Dios.

3. *Espíritu de ciencia*

La Encarnación del Verbo en su seno no apartó a la Madre de Dios de su medio ambiente de vida. La Madre de Jesús pasó por esta tierra como una mujercita corriente, participante de las mismas condiciones de toda existencia humana, de nuestras mismas dificultades de cada día, enriqueciéndose cotidianamente con una mayor experiencia de las creaturas, juzgadas siempre por ella a la luz de Dios.

La Madre de Jesús poseía en un grado eminente el

Espíritu de ciencia, que la ayudaba a distinguir el bien del mal en las creaturas que había de tratar a diario. Dios la había conservado virgen, inmaculada. Jamás había experimentado ella el mal. Pasó por la tierra como purísimo reflejo de Dios.

Y, sin embargo, ninguna otra creatura ha juzgado con tanta seguridad acerca del pecado. Ella percibía el mal con infalible instinto divino. El Espíritu Santo la esclarecía e ilustraba respecto a todo.

Madre de un Dios Salvador, su amor le daba a sentir la bondad y la malicia de todos los hombres, sus hijos. El Evangelio nos la presenta rodeada de buenos y de malos. Acoge en Belén a los pastores y a los magos, pero ha de huir, en plena noche, precipitadamente, hacia Egipto, para evitar la cólera de Herodes. Tiembla por su Hijo. Ella ha conocido todos nuestros sentimientos humanos, sublimados por el amor divino. Su corazón maternal envolvía en una misma ternura de Madre a su Hijo Jesús y a la muchedumbre de sus hijos adoptivos.

Paseó en medio de la creación maravillándose al descubrir en ella a cada paso un reflejo de los esplendores del Verbo. Admiró las flores, los valles, las montañas, las fuentes cristalinas, los pájaros del cielo, la belleza de las almas, todos los beneficios que Dios ha derramado en el mundo de la naturaleza y en el de la gracia. Como en los seres puros, todo lo que veía en las creaturas la elevaba hacia Dios, hasta el mal, que ella lo juzgaba, mediante el don de ciencia, a la medida de sus causas humanas, y, mediante el don de ciencia, a la luz del Amor infinito y de la Misericordia sin límites de su Hijo Crucificado.

Hombres y cosas aparecían a sus ojos iluminados por la claridad de Dios y, por contraste, distinguía también perfectamente la sombra del mal. Más que nadie, la Madre de Dios discernía la perfidia que implicaban las preguntas de los fariseos, de los saduceos, de los doctores de la Ley que se proponían perder a su Hijo. Ella comprendió las flaquezas de la pecadora de Magdala, "de la que" su Hijo "había expulsado a siete demonios"⁵² y de

52. Mc 16, 9.

la que hizo fiel compañera suya al pie de la Cruz. Ella sufrió la traición de Judas, así como las negaciones de San Pedro, el abandono de todos los discípulos, y todas las caídas de los hombres y de las mujeres hasta el fin de los siglos: todos y cada uno de nuestros pecados. Ella lloró a causa de todo esto.

Ninguna creatura poseyó como ella la "ciencia de los santos", el conocimiento del bien y del mal, las posibilidades de caída y de resurgimiento que se contienen en nuestra libertad. Con su transluminosa fe, juzgaba de todo el encadenamiento de las causas segundas en el universo a la luz de la ciencia de Dios.

4. *Espíritu de consejo*

Las virtudes cristianas y los dones del Espíritu Santo resplandecían en la Madre de Dios y de los hombres al compás de las circunstancias, es decir, según la trama providencial de su vida. En sus palabras y en sus actos nunca hubo la menor falta. Lo mismo que Jesús, era "perfecta en todas las cosas".

El Espíritu de consejo dirigía hasta sus más insignificantes acciones. Ella hacía pasar sin esfuerzo las más sublimes luces de la contemplación a los detalles más minúsculos de su vida práctica. La Virgen de la Encarnación, la Madre del Verbo, la Virgen del "Magnificat" exaltando las misericordias del Dios de Israel, es la misma que descubre humildemente la falta de vino en las bodas de Caná. Es la misma mujer modesta, oscura y valerosa que hallaremos al pie de la Cruz, como Corredentora del mundo, o en oración en el Cenáculo, en medio de los Apóstoles, obteniendo para la Iglesia entera la efusión del Espíritu de Dios que habría de "cambiar la faz del mundo". El final de su vida, lo pasa desapercibida, ni siquiera sabemos dónde, sosteniendo a la Iglesia militante con sus súplicas y su espíritu de sacrificio, en el silencio del amor.

El Espíritu de Dios la mantiene, dentro de su alma, en el equilibrio y la ponderación, en una suprema adaptación a las circunstancias de su ambiente social. Ella

ha ido realizando, día tras día, plenamente y en la fe, todos los designios de Dios relativos a ella. Bajo la dirección personal y constante del Espíritu Santo, la Madre de Jesús pasó por esta tierra como una mujer corriente llevando, tras las apariencias más ordinarias, la vida más divina, sin haberle rehusado nunca nada al Amor.

5. *Espíritu de piedad*

El Espíritu Santo, con sus toques multiformes, esclarecía la inteligencia de la Madre del Verbo mediante sus dones de inteligencia, de ciencia, de sabiduría y de consejo. Inspiraba su vida de oración y sus sentimientos religiosos mediante el don de piedad. La sostenía en su misión de Corredentora del mundo mediante el don de fortaleza; conservaba su alma con una santidad sin tacha mediante el don de temor; actuaba en ella de una manera especialísima para ayudarla en su vocación única de Madre de Dios y del Cristo total.

Se ha de tener presente al máximo el coeficiente individual del sujeto cuando se estudian las virtudes o los dones del Espíritu Santo en un alma. Cada una tiene su régimen particular. El Espíritu Santo no actúa del mismo modo en el alma de Cristo que en la de la Virgen o en las de los santos.

El Espíritu de piedad se desarrollaba en María, como los demás dones, bajo la dominante de su cualidad de Madre. Tal es el puesto que le tocó en el plan de Dios: Madre de Jesús y Madre del Cristo total. Ella es toda madre: "tota mater". Todo en ella converge hacia su maternidad divina y espiritual.

Simple creatura, revestida de la gracia divina, pertenecía por este solo título a la familia de Dios como hija adoptiva. Bajo este aspecto, se mantuvo siempre con relación al Altísimo en actitud de sierva, la más humilde al propio tiempo que la más filial y la más amante sierva que hubo nunca: "He aquí la esclava del Señor. Hágase en mí según tu palabra". Desde este punto de vista, sigue siendo ante todo la Virgen del "fiat", la que se adhiere sin reservas a todo indicio de la voluntad divina.

Entre las hijas de Israel, fue la que con más fidelidad observó los preceptos legales y todos los ritos sagrados del culto religioso, sin ostentación ni farisaísmo, con el amor más puro, realizando así, en el sumo grado de la perfección, el primero de los mandamientos: el del amor.

En el alma de la Inmaculada, todo cantaba a Dios sin resistencia alguna, en una perfecta armonía de sus potencias y de todos sus actos, al soplo del Espíritu Santo. Su plenitud de gracia y de santidad, su total correspondencia a las más leves inspiraciones divinas, su deseo único de glorificar a Dios, hicieron de la Virgen María el más bello Templo vivo de la Santísima Trinidad. María es la creatura que más gloria ha dado a Dios.

Es fácil espigar en el Evangelio indicaciones de las múltiples formas de su oración: la alabanza adoradora y agradecida del "Magnificat", la intercesión discreta pero decisiva de Caná, la trágica súplica del Calvario, que aseguró, mediante la ofrenda de su Hijo y de su propia vida, la salvación del mundo. El Cenáculo fue el lugar privilegiado en el que su perseverante plegaria consiguió para los Apóstoles y para la Iglesia naciente la efusión total del Espíritu Santo. La Iglesia de Cristo tiene tal conciencia de la eficacia de la intercesión de la Madre de Dios en el cielo que, sin detallar sus necesidades, como un niño que grita a su madre en demanda de auxilio, no cesa de dirigirse a la Madre de Dios, repitiéndole con confianza: "Ruega, pide por nosotros, ahora —en todas las necesidades de la Iglesia militante— y cuando a cada uno de nosotros nos llegue la hora suprema de la muerte".

Es sobre todo el carácter maternal del don de piedad en María, y no sólo para con los hombres sino también con respecto a Dios, lo que debe retener toda nuestra atención. Sin olvidar que ella es hija de Dios y de la Trinidad por la gracia de la adopción, María contempla en Dios a su propio Hijo. Por esto, entra en relaciones únicas con cada una de las Tres Personas de la Trinidad. Con el Padre, puede decir, volviéndose hacia el Verbo eterno: "¡He aquí a nuestro Hijo!". El Hijo Único del Padre la llama Madre. El Espíritu Santo ve en ella a la Madre de quien Él procede eternamente. Él la inspira, con res-

pecto a su propio Hijo, que es también su Dios, sentimientos maternales de una hondura insospechada. Al soplo del Espíritu, adora María en Dios a su propio Hijo; ama a todos sus demás hijos con un mismo corazón maternal, como a miembros vivos de su Hijo Bienamado. Desde la Cruz, Jesús quiso designarla como Madre nuestra, indicándonos cuál debía ser nuestra actitud para con ella: amarla como a El mismo, con corazón de hijos.

En aquella escena del Gólgota resplandecieron al máximo los destellos del Espíritu de piedad. Más que ningunas otras, aquellas últimas palabras de Jesús agonizante quedaron grabadas en el Corazón de María: "He ahí a tu hijo. He ahí a tu Madre". Ahora, en su misterio eterno, con el alma invadida enteramente por la claridad del Verbo, asegura ella su realización en cada uno de nosotros, más Madre que nunca.

6. *Espíritu de fortaleza*

Los dos tipos fundamentales del don de fortaleza aparecen en María: el heroísmo de la fidelidad absoluta a los más humildes deberes cotidianos y el heroísmo de las grandes acciones.

La "Virgen fiel" no dejó de cumplir nunca ni el más mínimo deber inherente a su estado. Jamás cometió la menor falta moral la Madre de Dios. La trama de su existencia en Nazaret se fue tejiendo a base de la monótona pero heroica continuidad en el cumplimiento de sus funciones de esposa y de Madre, junto a José y a su Hijo Jesús, dentro del ambiente de un pobre hogar de artesanos. Cuando iba a la fuente a por agua, mezclada al grupo de las demás aldeanas, ¿quién hubiese podido suponer que era ella la Madre de Dios y de los hombres, la Corredentora del mundo, la que ayudaba a soportar la carga de todos nuestros pecados y a conseguir la salvación del universo? En ella, todo ocurría por dentro, en las honduras de su unión con todo el misterio de Cristo. El Espíritu Santo, que velaba a los demás mortales su santidad, movíale de continuo el alma abriéndosela a los vastos horizontes de la Redención.

Las pruebas exteriores que padeció en su vida, aparentemente igual que la de cualquier otra mujer, no son sino débiles indicios, sin proporción con el drama espiritual que se desarrollaba incesantemente en su corazón. El viaje a Ain-Karim, el penoso traslado a Jerusalén y el no hallar sitio en las posadas cuando estaba a punto de dar a luz, la precipitada huida a Egipto en plena noche, con la angustia del peligro de muerte que amenazaba a su Hijo, la permanencia en el destierro, el retorno a Nazaret y la vida oculta, laboriosa, sin relumbrón, en la pobreza, la vecindad y lo superficial de las gentes de la calle, en medio de una parentela que no conocía ni su verdadera grandeza ni la de su Hijo: éste fue el cuadro de la vida que llevó en este mundo la Madre de Dios. La Sagrada Familia, objeto de predilección de la Trinidad sobre la tierra, pasó desapercibida a los ojos de los hombres.

Jamás murmuró María, ni se mostró indecisa y perpleja: la Virgen del "hágase" estaba siempre dispuesta a cumplir la voluntad de Dios, sin rehusarle nada. Fiel en todo, hasta la menor tilde, se adhería con invencible firmeza al querer divino, vislumbrándolo en la fe: admirable tipo de la fortaleza cristiana, que no se puede explicar hasta tal grado más que por la continua asistencia, en cada uno de sus actos, de la plenitud del Espíritu de Dios.

A la hora de los milagros, la Madre de Jesús se oculta; pero cuando llega el trágico momento de los acechos organizados contra su Hijo, a la hora de su brutal prendimiento por la traición de uno de los Doce, en las escenas de aprobio y escarnio, en la dolorosa subida hacia el lugar del suplicio, María reaparece, se mantiene valerosa al pie de la Cruz, con una inmensidad de pena más vasta que el mar, como la más afligida de las madres que hayan padecido: allí, cerca de su Hijo, transformado en "varón de dolores", en tiesto aplastado por la rueda del carro, traicionado y abandonado por sus amigos, rechazado y maldecido por los hombres, Él, el Hijo de Dios e Hijo suyo...

El Calvario fue la respuesta más heroica de su corazón de Madre, en la ofrenda total, sin reservas, de su

Hijo amadísimo, como rescate por todos los pecados de los hombres, sin aspavientos de dolor, sin debilidades, con la valentía y el gozo de un sacrificio salvador, síntesis sublime de la fortaleza cristiana, que hizo de ella, bajo la acción del Espíritu Santo, la "Reina de los mártires".

El Gólgota ha quedado, en la historia de los hombres, como la manifestación suprema del Espíritu de fortaleza que animaba a Cristo y a su Madre, como el signo de un inmenso amor redentor que se alberga también, a imitación suya, en las almas de los santos.

7. *Espíritu de temor*

Nada pudo desviar nunca de Dios a la Madre de Cristo, ni siquiera frenar su impulso hacia Él. Estaba llena de tal gracia y, además, velaba sobre ella la Providencia con tanto amor, que no podía deslizarse en sus actos ni el más mínimo defecto. Jamás se resistió al Espíritu Santo.

El funcionamiento del don de temor en la Inmaculada, Madre de Dios, no puede parangonarse con el de los demás santos. En el orden de la gracia, María ocupa siempre un rango privilegiado. No se dio en ella el temor al pecado o al castigo por sí mismos, sino una reverencia a Dios enteramente filial, que aumentaba cada día bajo la influencia más y más dominante del Espíritu de Amor.

Veía ella en Dios la Bondad del Padre, que le había dado por hijo a su propio Hijo. La conciencia de su nada la mantenía en la presencia de Dios como la más humilde de sus siervas, en la adoración y el reconocimiento agradecido de las maravillas que el Todopoderoso había realizado en ella. El "Magnificat", viva síntesis de su alma, nos muestra a la Madre de Dios gozándose en su propia pequeñez que le permite cantar la magnificencia de Dios. ¡A Él toda la gloria!

María fue la creatura más dócil al Espíritu de Dios. En ella: todas las luces de la fe iluminada por el Espíritu de inteligencia, de ciencia, de sabiduría y de consejo;

ella es la Reina de los Profetas y de los Doctores. Supera en piedad a todas las hijas de Israel, a todas las figuras femeninas que descuellan en el Antiguo Testamento: es la Reina de los Patriarcas y de todas las almas justas de Israel. El Evangelio nos lo dice: meditaba continuamente en su corazón las Palabras divinas, escuchaba al Verbo: es la Reina de las almas contemplativas y de todas las almas que oran. Su magnanimidad y su fortaleza de ánimo la ponen por delante de todos los hombres de acción y de todos los servidores de Dios: ella es la Reina de los Apóstoles, de los misioneros, de todos cuantos en la Iglesia militante dan su sangre y sus vidas por el Reino de Dios. Es la Reina de los mártires. Su pureza virginal y su delicadeza de alma, aun cuando pertenece a nuestra raza pecadora, hacen de ella el ser más puro que ha pasado por esta nuestra tierra de pecado. Ella es la Inmaculada, la Reina de los ángeles y de las vírgenes, la Reina de todos los santos.

La "Virgen fiel", Madre del Verbo y del Cristo total, dócil siempre al más leve soplo del Espíritu, es, junto con su Hijo, la obra maestra de la Trinidad.

III

EL JUEGO DE LOS DONES EN LOS SANTOS

La santidad es: el Espíritu Santo en un alma.

En Roma, en la basílica de San Pedro, cuando se va a proceder a una beatificación solemne, se coloca en la gloria de Bernini la imagen del nuevo bienaventurado, pintada en un gran estandarte. Por allí desfilan, unas tras otras, las diversas efigies, evocadoras del heroísmo de las virtudes que ejercitaron los siervos de Dios. Desaparecida la pintura, aparece inmediatamente, en la vidriera central, situada encima del trono pontificio, una paloma de deslumbrante blancor, con las alas desplegadas, como para significar que el Espíritu Santo es el Alma de la Iglesia, que sin Él nada puede hacer la jerarquía y que

este Espíritu de Amor es el principal Artífice de la santidad en la Iglesia de Cristo.

Todos los santos son formados por el Espíritu de Dios. Él es quien imprime en cada uno de ellos un reflejo especial de la santidad de Cristo. Una gran "diversidad de gracias" y de carismas dimana de la multiforme actividad de un "mismo Espíritu" de Amor.⁵³ El mundo de las almas y de los espíritus ofrece una riqueza de tipos diversificados más pasmosa que la del universo material. Cada alma humana constituye un universo autónomo. La armonía interna de sus facultades y de sus actos la diferencia de todas las demás. El juego de las virtudes y de los dones del Espíritu Santo varía en cada uno de nosotros como los rasgos personales de nuestra fisonomía.

1. *Espíritu de inteligencia*

Desde el primer contacto con el mundo sobrenatural se manifiestan diversos tipos de creyentes, según el temperamento personal, la cultura intelectual o artística, la educación moral y religiosa, el medio social. Todos los bautizados reciben los siete dones del Espíritu Santo, los cuales evolucionan según la gracia de cada uno. Guardémonos de considerar los dones del Espíritu Santo como perfecciones de supererogación reservadas a algunos místicos. Son una necesidad para la salvación de la generalidad de los hombres, amenazados de perder su título de hijos de Dios, a menos que se dé una intervención especial, personal, del Espíritu Santo. Cada vez que el destino eterno de un alma se halla en juego por haber de afrontar ella una dificultad que por sí sola no podría superar, el Espíritu Santo la asiste.

Es decir, que el Espíritu Santo se adapta a cada caso individual. Hay la fe del carbonero, la fe de los intelectuales, la fe de los doctores, la de los hombres de acción y la de los mártires. Lo que importa advertir sobre todo es la extrema variedad de las mociones personales del Espíritu Santo en su misión de iluminar a los hijos de

53. *1 Cor 12, 11.*

Dios. Hay tantos regímenes de los dones, tantas formas distintas del don de inteligencia, como variedades de almas. La teología especializada ha clasificado los grados del don de inteligencia en seis categorías diferentes: penetración de las verdades primordiales de la fe; descubrimiento de las realidades substanciales bajo la apariencia de los fenómenos; inteligencia de las Palabras divinas, de las Sagradas Escrituras y de los símbolos; percepción de los efectos en sus causas o percepción de las causas a través de sus efectos, y, en general, a partir de lo externo, de lo sensible, de lo temporal, ascenso del alma hacia lo invisible, lo eterno y divino.

Pero ¡qué variedad se da entre las almas en el ejercicio de un mismo don! ¡Qué diferencia entre la lectura de la Biblia por un militante jocista, que saca apresuradamente de las Palabras divinas consignas para la acción, por un contemplativo ávido de escuchar al Verbo en el recogimiento del alma y el silencio del amor, o por el exégeta preocupado por descubrir y fijar con realismo el sentido auténtico de la Revelación divina! El Espíritu Santo les ayuda a todos con sus inspiraciones a penetrar en el texto sagrado, como Cristo resucitado abrió las mentes de los Apóstoles a la inteligencia de las Escrituras, sin suprimir las profundas diferencias que distinguen el Evangelio de San Mateo del Evangelio de San Juan.

A Santa Bernardita le bastaba con recitar su rosario para poner su alma en contacto íntimo con Dios, mientras que un San Jerónimo consumía su vista en buscar el sentido verdadero de las Escrituras. Santo Domingo cogía el Evangelio con infinito respeto, besaba el Libro divino con amor, dialogaba con él como con una persona viva. Veíase entonces su rostro ya bañado en lágrimas, ya transfigurado de gozo, en la iluminación del Verbo. Los santos y santas de la familia benedictina descubren a Dios por medio de la Liturgia con increíble facilidad, siendo ésta una gracia de su vocación. A Teresa de Avila veníanle las luces de su interior, dentro de su alma musitábale Dios estas palabras: "Búscame en ti".

Basta con hojear los anales de la hagiografía cristiana para ver cómo el Espíritu de Dios ilumina a los santos de múltiples maneras.

2. *Espíritu de ciencia*

El arte divino es esencialmente creador. Con el Espíritu Santo se está siempre en presencia de nuevas fórmulas. Todos los dones patentizan esta potencia innovadora del Espíritu de Dios.

Habitualmente, el Espíritu Santo, con su gracia preveniente, hace sentir al alma pecadora la nada de las creaturas. Tras la conversión, prosigue su obra santificadora. El don de ciencia desempeña entonces un papel preponderante en las primeras purificaciones pasivas que Dios hace experimentar al alma de los santos para acercarlos a Sí. De aquí las lágrimas de los convertidos y también las de los grandes convertidores, las de los apóstoles que hallan a tantos pobres seres humanos apisionados por el pecado, por la fascinación de las vanidades. Los Libros Sapienciales y los Salmos, y sobre todo el Eclesiastés, no cesan de recordar el peligro y la malicia de las creaturas: "Emprendí grandes obras, me construí palacios, me planté viñas, me hice huertos y jardines y planté en ellos toda suerte de árboles frutales. Me hice estanques para regar de ellos el bosque donde los árboles crecían. Compré siervos y siervas y tuve muchos nacidos en mi casa; poseí mucho ganado, vacas y ovejas, más que cuantos antes de mí hubo en Jerusalén. Amontoné plata y oro, tesoros de reyes y provincias. Híceme con cantores y cantoras y con cuanto es deleite del hombre... De cuanto mis ojos me pedían, nada les negué... Mas todo es vanidad y apacentarse de viento y no hay provecho alguno bajo el sol".⁵⁴

Las *Confesiones* de San Agustín están llenas de estos gritos del alma gemebunda, que se siente aún demasiado sensible a las bellezas efímeras.

El Espíritu de ciencia presenta aspectos infinitamente variados según surja de almas vírgenes o de convertidos señalados por el pecado. Inspira a los solitarios y a los contemplativos, pero acompaña también a los hombres y mujeres de acción que militan por Cristo. Comunícales a todos el instinto sobrenatural del bien y del mal.

54. *Ecc1* 2, 4-11.

¡Cuántos muchachos y muchachas, cuántas madres de familia cristianas presienten, bajo el dictado de su espíritu cristiano y bajo el impulso del Espíritu Santo, los peligros de tal o cual frecuentación! El Espíritu de Dios, vigilando en todas las épocas, nos advierte así perpetuamente de los peligros que amenazan a nuestras existencias de bautizados en el mundo moderno. La función del Espíritu Santo es inmensa. Él hace posible que la Iglesia siga su camino entre naciones perversas y descristianizadas, poniendo sobre todos los valores culturales y sociales, la mirada de los santos, la mirada de Dios.

Hay otro aspecto del Espíritu de ciencia que la renovación cristiana ha hecho resaltar mucho: el sentido positivo de la bondad de las creaturas de Dios. La moral cristiana no consta solo de defensas negativas que nos pongan en guardia contra el mal. El Evangelio no es un código de policía que comience siempre por las mismas palabras: "está prohibido..." La Buena Nueva quedó expresada sobre todo en el Sermón del Monte por la proclamación de las bienaventuranzas.

El Espíritu de ciencia no se detiene y acaba en el sentido del pecado, sino que nos descubre el valor divino de las creaturas y su básica función de reveladoras de Dios. La Biblia está llena de estos himnos al Creador. Poniéndose a tono con el Cántico al Sol de San Francisco de Asís, la espiritualidad moderna ha sabido reencontrar el entusiasmo y el ímpetu de la fe cristiana ante las maravillas de la creación y los esplendores del mundo de la gracia. Los coros hablados de la J. O. C. y de los demás movimientos especializados de la Acción Católica han hecho brillar de nuevo el optimismo de los verdaderos hijos de Dios frente a la vida, sin desconocer las dificultades, pero con el corazón henchido de esperanza. Guardémonos de estilizar la acción del Espíritu Santo. Junto a las formas del pasado, hay actitudes nuevas, auténticamente cristianas. El Espíritu de Dios habla todas las lenguas y utiliza todos los inventos del genio humano. El salmista decía al contemplar el espectáculo de la naturaleza: "Los cielos narran su gloria". Bajo la inspiración del mismo Espíritu de ciencia, el átomo y la técnica cantan a Dios en lenguaje moderno.

3. *Espíritu de sabiduría*

La observación de las almas revela en ellas dos tendencias características: unas son atraídas por la contemplación, otras por la acción. Esto ha creado en el cristianismo como dos tipos de santidad: la de los contemplativos y la de los hombres de acción. Todos ellos trabajan al servicio de la misma Iglesia, influidos por una misma caridad divina, que inspira y supera en excelencia a todas las demás virtudes cristianas y a todos los dones del Espíritu Santo. Oración silenciosa y acción desbordante, todo lo inspira el Espíritu Santo según los designios de la Sabiduría de Dios que conduce el universo para su mayor gloria.

Las almas contemplativas constituyen una selección, pero las verdaderamente contemplativas son raras, y las vocaciones fracasadas se acumulan dentro y fuera de los claustros. La vida contemplativa exige el ascenso vertical hacia Dios, lo más derecho, lo más rápido y a lo más alto, sin mirada alguna —y a menudo sin ningún apoyo— fuera de Él. ¿Quién osaría emprender por sí solo tal sublimidad de vida?

Tanto en el Antiguo Testamento como en el Nuevo destacan figuras de contemplativos puros: Moisés, Elías, María de Betania, San Juan Evangelista, y, por encima de todos, la Virgen María, la Madre de Jesús, de quien el Evangelio nos dice que meditaba en su corazón las Palabras divinas y todos los misterios de Dios. Junto a ellos, los Apóstoles, los Padres anacoretas del desierto, las multitudes de vírgenes y de monjes que seguirán desconocidos hasta el día del juicio final, los grandes doctores: un San Agustín, un San Atanasio, un San Gregorio Nacianzeno, un San Buenaventura, un Santo Tomás de Aquino, y después la pléyade de los santos y santas del Carmelo, a los que el espíritu eremítico mantuvo en el roquedo de Carith, lejos de los hombres, sumidos en "solo Dios". Una Teresa de Lisieux, una Isabel de la Trinidad encarnan en la Iglesia este puro ideal contemplativo, con la mirada inmutablemente fija en Dios: "Mi vocación es el amor". — "Ser alabanza de gloria a

la Trinidad." — Por añadidura, estas almas contemplativas, con su vida de oración y de sacrificio, elevan a todo el cuerpo místico hasta Dios. Éste tipo contemplativo ha venido a ser clásico: de él encontramos numerosos ejemplos entre los santos canonizados.

Hay otra forma del Espíritu de sabiduría, menos analizada por los autores espirituales y que merece nuestra atención porque es la más común a la generalidad de los hombres, obligados a trabajar para vivir y a llevar una vida cristiana en ambientes peligrosos y descristianizados. Podemos ver ya ejemplos de ella en la Biblia y en la historia de la Iglesia, pero la rápida evolución y el ascenso espiritual del laicado ha planteado el problema con mayor agudeza y claridad.

¿Quién se atrevería a reservar el Espíritu de sabiduría a los contemplativos puros? La hagiografía cristiana nos ofrece innumerables tipos de una santidad de forma activa, y los siete dones del Espíritu Santo, en conexión con la gracia santificante, no se quedan inactivos en las almas. Existe, pues, una forma práctica del don de sabiduría que se orienta hacia la acción, sin dejar de tener por eso la mirada fija de continuo en Dios. Un San Ignacio de Loyola, un San Francisco de Sales, un San Vicente de Paúl, estaban animados de este afán primordial por extender el reino de Dios, por la salvación de las almas: "contemplativos en la acción", obtienen de Dios la inspiración de sus numerosas obras, aceptando todos los trabajos, todas las tareas apostólicas al servicio de la Iglesia para la mayor gloria de Dios.

Hay una forma eminente del don de sabiduría: la predicación directa del Reino de Dios, la evangelización de las almas y la enseñanza de las verdades divinas, que presuponen una contemplación superabundante —"contemplata aliis tradere"— y que se perpetúa en la Iglesia, como continuidad de la misión del Verbo Encarnado y de los Apóstoles, en la función de los obispos, de los predicadores del Evangelio, de los doctores y de los teólogos.

¡Qué diferentemente se manifiesta el don de sabiduría en un San Pablo, un San Ambrosio, un San Agustín, un San Juan Damasceno, un Santo Tomás de Aquino, una

Santa Catalina de Siena, un San Juan Bosco, un Padre de Foucauld! Y ello por no hablar de la muchedumbre inmensa de los santos desconocidos. En derredor nuestro, en pleno mundo moderno, se ocultan numerosísimas almas adoradoras y contempladoras, no sólo en los claustros y en las casas de ejercicios y retiros espirituales, sino en los ambientes de trabajo más agotador, en las fábricas, en las oficinas, en los hogares, en las salas de los hospitales y de los sanatorios. ¿Quién no conoce a algunas de estas almas humildes, ardientes y silenciosas, que en medio de la inextricable complicación de nuestra trepidante existencia viven sólo para Dios y para su Iglesia, a imitación de Jesucristo, oprimido por las masas de los galileos y, sin embargo, siempre, en las profundidades de su alma, en soledad con el Padre?

El Espíritu de sabiduría es multiforme. Por encima de las agitaciones humanas, Él conserva las almas de los santos en la inmutable paz de Dios.

4. *Espíritu de consejo*

El Espíritu Santo es el Realizador en nosotros de los eternos designios de Dios. Su Espíritu de consejo inspira a los hombres que se conformen al plan divino en los detalles de sus vidas. No es suficiente con tener el alma llena de luz, es preciso pasar a la acción: "Si me amáis, guardad mis mandamientos".⁵⁵ Henos aquí trabados en una complicada malla en la que se entremezclan personas y sucesos, miras espirituales e intereses materiales, nuestra propia vida y la de los demás, y ello en todos los planos: individual, familiar, nacional e internacional, con perpetua interferencia de acciones y reacciones. En nuestros días se vive cada vez más a dimensiones planetarias, abiertos a las necesidades de la Iglesia toda, sin mirar ya fronteras, con un espíritu de catolicidad y de unidad del cuerpo místico de Cristo. Ciertamente, el patriotismo es una virtud cristiana, pero la Iglesia

55. *Io* 14, 15.

sufre también, aun de parte del sacerdocio, nacionalismos estrechos, que paralizan la mutua comprensión, la equidad entre los pueblos y el empuje misionero de la Iglesia de Dios. No obstante, se van perfilando más y más una renovación y una mayor abertura de los espíritus; el Espíritu Santo por la tierra entera, recorriéndola con el soplo de un nuevo Pentecostés: los santos de hoy quieren ser de la Iglesia y nada más.

Hay que procurar situarse siempre en estas perspectivas de Iglesia para juzgar acerca de la acción del Espíritu Santo en las almas.

Con el Espíritu de consejo asistimos a una variedad extraordinaria de gracias y de carismas, que se adaptan a la situación concreta y personal de cada uno de los hijos de Dios. Los libros del Antiguo Testamento, y también los del Nuevo, nos presentan, en una serie de figuras bíblicas, los múltiples modos como actúa la Providencia en las almas de los santos. Casi en cada página, la Biblia nos pone delante a un personaje nuevo, revelándonos así los inagotables recursos de un Dios Creador y Salvador en el guiar a los hombres. Cada traza de vida es un camino de Dios. El Espíritu de Yavé trata de distintos modos a los profetas, a los jueces, a los reyes, a la multitud de sus demás hijos de Israel. Idéntica facilidad de adaptación del Espíritu de Dios aparece en los misterios de la infancia de Jesús y de las restantes circunstancias de su vida, de su Pasión y de su Muerte.

El Espíritu Santo es quien domina en la narración de los Hechos de los Apóstoles. A seguida de Pentecostés, toda la historia de la Iglesia se desarrolla bajo el signo del Espíritu. Él, el Espíritu Santo, asiste manifiestamente a los confesores y a los mártires, testigos de Cristo. La promesa del Evangelio se realiza a la letra: "Seréis llevados a los gobernadores y reyes por amor de mí, para dar testimonio ante ellos y los gentiles. Cuando os entreguen no os preocupe cómo o qué hablaréis, porque se os dará en aquella hora lo que debéis decir. No seréis vosotros los que hablaréis, sino el Espíritu de vuestro Padre el que hablará en vosotros".⁵⁶ Y así sucederá hasta

56. Mt 10, 18-20.

el fin del mundo. Impulsada por este mismo Espíritu, Juana de Arco replicaba victoriosamente a sus jueces; como a aquel importante teólogo auvernés de acento sibilante, que la preguntaba con ironía: "¿En qué lengua te hablan tus voces?": "¡Mejor que la tuya!", repuso Juana promoviendo la hilaridad general. Y esta otra respuesta sublime a otro juez que le preguntaba: "¿Estáis en estado de gracia?" —"Si estoy en gracia, ¡Dios me conserve en ella! Y si no lo estoy, ¡Dios me ponga!" Con idéntica oportunidad, inspirados por el mismo Espíritu de sabiduría y de consejo, se expresan hoy día también con coraje nuestros cristianos de la Rusia soviética y de la China comunista y nuestros jóvenes jocosos europeos, en sus ambientes de trabajo, hostiles tantas veces a la Iglesia y a Cristo.

El Espíritu de consejo no se manifiesta de igual modo en un San Benito, organizador del monacato occidental, en los fundadores y fundadoras de familias religiosas, en los iniciadores de nuevas fórmulas de estados de perfección mejor adaptadas a las exigencias de nuestros tiempos, que en un solitario o en una religiosa de clausura. "Dios es siempre admirable en sus santos."⁵⁷ No hay dos santos que sean iguales en todo. El universo de la gloria hará resplandecer la infinita potencia de creación y renovación que tiene el Arte divino. "Uno es el fulgor del sol, otro el de la luna y otro el de las estrellas, y una estrella se diferencia de la otra en el brillo."⁵⁸

El don de consejo, que desciende hasta las mil contingencias y vicisitudes de la vida diaria, es especialmente revelador de la inagotable riqueza de invención que tiene nuestro Dios. El Espíritu Santo enseñaba a Juana de Arco a guerrear, y los jóvenes cadetes de Saint-Cyr estudian maravillados su estrategia, como estudian la de un Napoleón; pero vale la pena pensar que mientras en el Emperador era el genio de la guerra quien dictaba sus planes de batalla, Juana de Arco era movida directamente por el Espíritu del Dios de los ejércitos. A sus oficiales decíales sonriendo: "¡Id a vuestro consejo, que yo iré

57. Ps 67, 36.

58. 1 Cor 15, 41.

al mío!". Y el Espíritu Santo la llevó, de victoria en victoria, hasta dar acabamiento, en Reims, a su misión libertadora. El mismo Espíritu de hallazgo, de discreción y de consejo inspiró a San Ignacio de Loyola sus *Ejercicios espirituales*, a Santa Teresa de Avila su *Castillo interior*, a Santa Teresa de Lisieux su "caminito", "todo nuevo", del abandono al amor.

No pensemos que el Espíritu Santo solamente acompaña con sus divinas inspiraciones a los santos canonizados. Asiste también a todos los cristianos, a todos los hombres de buena voluntad que estén en gracia, y los guía a todos en la realización de los más humildes deberes cotidianos. ¿Cómo no había de auxiliar con sus luces y mociones a todos los que tienen cargos de responsabilidad en la Iglesia o trabajan por ella? Ilumina y sostiene, sobre todo a cuantos han recibido de Dios autoridad, en el grado que sea: superiores y superiores de comunidades religiosas, sacerdotes y dirigentes de la Acción católica, obispos, todos los miembros de la jerarquía eclesiástica... y más que a ninguno, hasta otorgarle la infalibilidad, al Papa, representante de Dios, Vicario de Cristo en la tierra. A través del flujo y reflujo de las causas humanas, son Cristo y el Espíritu Santo los que dirigen a la Iglesia de Dios.

No acabaríamos de multiplicar los ejemplos y las aplicaciones. Los padres y madres de familia son a menudo más inspirados que otros en la educación de sus propios hijos.

Citaré un hecho sencillo presenciado por mí: Una mamá reprendía a uno de sus hijos que, por su pereza en los estudios, se veía expuesto a tener que repetir curso, aunque, por lo demás, era buen chico y soñaba con ser misionero. Otros parientes habrían probado, tal vez, a argüirle haciéndole caer en la cuenta de los sacrificios que representaban, en el presupuesto familiar, los gastos de su enseñanza. Aquella madre, hondamente cristiana, se acercó a él con dulzura y le dijo: "Estoy segura de que te vas a dedicar con toda generosidad al estudio. Si trabajas bien, podrás ser sacerdote un año antes, y, así, ¡se salvarán muchas más almas!" Esto, sin duda, se lo inspiró el Espíritu Santo.

La acción, pues, del Espíritu Santo en las almas es tan infinitamente variada como lo son los caminos de Dios.

5. *Espíritu de piedad*

La oración es la síntesis viviente de un alma. En el momento de orar, todas las riquezas de una personalidad se armonizan en presencia de Dios. La experiencia cotidiana lo atestigua: cada cual ora a su manera. El Espíritu Santo se adapta a todos los temperamentos, a todas las culturas, a todas las civilizaciones y a todas las formas de vida.

La Biblia es por excelencia el Libro de oraciones de la humanidad. ¡Y qué incomparable galería de almas orantes! Pero, ¡cuán diferentes! La intercesión de Abraham para salvar Sodoma y Gomorra, no se parece en nada a los acentos de triunfo del Cántico de Moisés exaltando los beneficios y los milagros de Dios en favor de su pueblo elegido. Las bendiciones de los Patriarcas revisten la forma de una súplica a Dios. Así la bendición de Isaac a Jacob:

"Déte Dios
el rocío del cielo,
y la grosura de la tierra.
Y abundancia de trigo y mosto.
Sírvente pueblos.
Y prostérnense ante ti las naciones".⁵⁹

Jacob bendecirá de una manera parecida a José y a sus dos hijos:

"Que el Dios en cuya presencia anduvieron mis padres,
Abraham e Isaac,
el Dios que me ha sustentado desde que existo hasta hoy;
que el ángel que me ha librado de todo mal, bendiga a estos niños;
que se llamen con mi nombre y con el nombre de mi padre Abraham e Isaac,

59. *Gen 27, 28-29.*

y se multipliquen grandemente en medio de la tierra".⁶⁰

Isaías queda mudo de admiración en presencia de la Santidad de Dios proclamada por los Serafines:

"¡Santo, Santo, Santo, Yavé Sebaot!
¡Está la tierra toda llena de su gloria!".⁶¹

El "Libro de la consolación de Israel" empieza con un himno ardiente a la trascendencia divina:

"Yavé es Dios eterno,
que creó los confines de la tierra,
que ni se fatiga ni se cansa,
y cuya sabiduría no hay quien la alcance.
Él da vigor al fatigado,
y multiplica las fuerzas del débil".⁶²

Y, ¿qué decir de los Salmos, el Libro de la eterna plegaria de los hombres? Con el Evangelio y los acentos personales de Jesús, la oración llega a su cumbre. La Iglesia de la tierra y del cielo no hace otra cosa que prolongar la oración de Cristo, animada por un mismo Espíritu de piedad. Su oración litúrgica presenta todas las formas de la vida de oración: de adoración y de alabanza, de petición, de súplica y de reparación. La oración privada es la expresión más perfecta, en todas las lenguas, en todos los dialectos, y más aún en las silenciosas profundidades de las almas, de la filial piedad de los santos. En las fórmulas con que éstos oraban se refleja de la manera más fiel la vida de cada uno. Santa Teresa de Lisieux componía su ofrenda al Amor, quintaesencia de la espiritualidad teresiana que ha elevado a millones de almas al puro amor de Dios, mientras que una Isabel de Dijón dejaba a su alma recogerse en su sublime elevación a la Trinidad:

"¡Oh Dios mío, adorable Trinidad, ayúdame a olvidarme enteramente de mí para fundarme en Ti, inmóvil y apacible como si mi alma estuviese ya en la eternidad!

60. *Gen* 48, 15-16.

61. *Is* 6, 3.

62. *Is* 40, 28-29.

¡Que nada pueda turbar mi paz ni hacerme salir de Ti, oh mi Inmutable, sino que cada instante me sumerja más en la hondura de Tu Misterio!

"Pacifica mi alma, haz de ella tu cielo, tu mansión amada y el lugar de tu reposo; que yo no te deje allí nunca solo, sino que esté contigo toda entera, despierta por completo en mi fe, toda adoración, entregada toda a tu acción creadora.

"¡Oh Cristo mío amado, crucificado por amor, yo querría ser para tu corazón una esposa, querría cubrirte de gloria, querría amarte... hasta morir de amor! Pero me siento impotente y te suplico que me revistas de Ti mismo, que identifiques mi alma con todos los movimientos de la tuya, que me sumerjas, me invadas, te sustituyas por mí, a fin de que mi vida no sea sino un resplandor de la tuya. Ven a mí como Adorador, como Reparador y como Salvador.

"¡Oh Verbo eterno, Palabra de mi Dios, deseo pasar mi vida escuchándote, quiero hacerme del todo tu discípula, a fin de aprenderlo todo de Ti, después, a través de todas las noches, de todos los vacíos, de todas las impotencias, quiero mirarte siempre fijo y permanecer bajo tu gran luz! ¡Oh mi Astro amado, fascíname para que nunca pueda salir de tu irradiación!

"¡Oh Fuego consumidor, Amante Espíritu, ven sobre mí para que se haga en mi alma una encarnación del Verbo; que yo sea para Él una humanidad más, en la que renueve todo su Misterio!

"¡Y Tú, oh Padre, inclínate hacia tu pobre creaturilla, no veas en ella más que al Bien Amado en quien has puesto todas tus complacencias!

"¡Oh mis Tres, mi Todo, mi Felicidad, Soledad infinita, Inmensidad en que yo me abismo, yo me entrego a vosotros como presa: sumíos en mí, para que yo me suma en Vosotros, a la espera de ir a contemplar a vuestra luz el abismo de vuestras grandezas!"

Las almas, cada una según sus aspiraciones, encuentran en la piedad benedictina, cisterciense, franciscana, dominicana, ignaciana, o en otras, las formas sin cesar renovadas de la piedad cristiana. Las mejores oraciones

son las que brotan espontáneamente del corazón al soplo del Amor. El genio de Pascal exclamaba sencillamente: "¡Dios mío! ¡Os lo doy todo!" Con esta fulgurante brevedad basta.

Otras almas necesitan sentirse largo tiempo en silencio, de día y de noche, en unión con Cristo, oculto en la Hostia, presente entre nosotros, Adorador del Padre.

Las preferencias por tal o cual método de oración son legítimas, a condición de que no sean exclusivas ni paralizadoras. Hay quienes se contentan con abrir el Evangelio al azar para "beber a Cristo" en la fuente misma y oír al Padre hablarnos a través de su Hijo. ¿Por qué no? Cada uno es libre para hacerlo como prefiera, según le impulse su gracia personal. Lo esencial está en ser siempre dóciles al Espíritu de Dios. Él sopla como quiere. No se sabe ni de dónde viene ni a dónde va, sino sólo que procede del Padre y del Hijo y que nos guía a nosotros también, con el Hijo, hacia el Padre, para ser consumados, por el Amor, en la unidad de los Tres.

6. *Espíritu de fortaleza*

Según la promesa de Jesús, el Espíritu Santo es un Espíritu que fortalece. El divino Maestro insistió mucho sobre este particular. Después de su Resurrección, sus discípulos, reunidos en torno suyo, le preguntaban: "Señor, ¿es ahora cuando vas a restablecer el reino de Israel?" Jesús respondió: "No os toca a vosotros conocer los tiempos ni los momentos que el Padre ha fijado en virtud de su poder soberano; pero recibiréis la virtud del Espíritu Santo, que descenderá sobre vosotros, y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda la Judea, en Samaria y hasta los extremos de la tierra".⁶³ — "Yo os envío Aquél que mi Padre os prometió; pero habéis de permanecer en la ciudad hasta que seáis revestidos de la fortaleza de lo alto."⁶⁴

En los santos se encuentran las dos formas clásicas

63. Act 1, 6-8.

64. Lc 24, 49.

del don de fuerza: el espíritu de conquista al servicio del Reino de Dios y el espíritu de sacrificio hasta la muerte.

El espíritu de conquista resplandece en los grandes apóstoles, pero no está reservado a la sola acción externa. Un enfermo crucificado en su lecho puede tener, por el Reino de Cristo, deseos más vastos que el mundo. La grandeza de alma adquiere las dimensiones del amor. Con razón ha declarado la Iglesia a una Teresita de Lisieux patrona de todas las misiones, igual que a San Francisco Javier. Ella encarna en la Iglesia el espíritu de valentía, que no acepta limitación alguna al Reino de Dios y que se entrega sin cálculos a la salvación de las almas, apoyándose en la Fuerza misma de Dios:

Después de San Pablo, es, quizás, el testimonio más bello de la fortaleza cristiana: "Mis esperanzas frisan en el infinito... Ser tu esposa, Jesús, ser carmelita, ser, por mi unión contigo, la madre de las almas, debería bastarme... Pero no es así... Siento en mí otras llamadas: me siento con vocación de guerrero, de sacerdote, de apóstol, de doctor, de mártir; siento, en fin, el deseo de cumplir por Ti, Jesús, todas las acciones más heroicas... Quisiera morir en un campo de batalla defendiendo a la Iglesia...

"¡Siento en mí la vocación del sacerdote! ¡Con qué amor, Jesús, te tomaría en mis manos cuando, a mi voz, descendieses Tú del cielo!... ¡Con qué amor te daría a las almas! Pero ¡ay!, con todo y desear ser sacerdote, admiro y envidio la humildad de San Francisco de Asís y me siento llamada a imitarle rehusando la sublime dignidad del sacerdocio...

"¡Oh Jesús, mi amor, mi vida!... ¿cómo aliar estos contrastes? ¿Cómo realizar los deseos de mi pobre almilla?...

"¡Ah!, pese a mi debilidad, quisiera iluminar a las almas como los profetas, como los doctores. Tengo vocación para el apostolado... Quisiera recorrer la tierra predicando tu Nombre, e hincar en suelo infiel tu Cruz gloriosa. Pero, oh mi Bien Amado, una sola misión no me bastaría: querría, al mismo tiempo, anunciar el Evangelio por las cinco partes del mundo y hasta en las islas más remotas...

"Querría, sí, ser misionera no sólo durante algunos años, sino que desearía haberlo sido desde la creación del mundo y seguir siéndolo hasta la consumación de los siglos... Mas, por encima de todo, querría, oh mi Salvador amadísimo, derramar mi sangre por Ti hasta la última gota...

"El martirio: he aquí el sueño de mi juventud. Este sueño ha crecido conmigo en el claustro del Carmelo... Pero, en esto también conozco que mi sueño es una locura, en que no podría limitarme a desear una sola clase de martirio... Para satisfacerme serían necesarias todas... Como Tú, mi Esposo adorado, querría ser flagelada, crucificada... Desearía morir despellejada como San Bartolomé. Como San Juan querría que me echasen en aceite hirviendo. Desearía padecer todos los suplicios infligidos a los mártires. Con Santa Inés y Santa Cecilia, ansiaría presentar mi cuello a la espada, y como Juana de Arco, mi hermana querida, querría musitar sobre la hoguera tu Nombre, oh Jesús...

"Pensando en los tormentos que les tocará padecer a los cristianos en tiempos del Anticristo, siento que mi corazón se estremece y desearía que estos tormentos se me reservaran a mí... ¡Jesús, Jesús, Jesús, si hubiese de escribir todos mis deseos, tendría que coger el libro de tu vida! Allí se refieren las acciones de todos los Santos; y estas acciones querría yo haberlas realizado por Ti...

"¡Oh Jesús mío! ¿Qué responderás a todas mis locuras?... ¿Existe algún alma más pequeña, más impotente que la mía? Sin embargo, por mi flaqueza misma, Tú, Señor, te has complacido en dar cumplimiento a mis pequeños deseos infantiles y quieres hoy colmar otros deseos mayores que el universo...

"En la oración, mis ansias me hacían padecer un verdadero martirio. Abrí las Epístolas de San Pablo en busca de alguna respuesta. Los capítulos XII y XIII de la 1.ª Epístola a los Corintios cayeron bajo mis ojos... Leí en el primero que todos no pueden ser apóstoles, profetas, doctores, etc., que la Iglesia se compone de diferentes miembros y que el ojo no puede ser a la vez mano... La respuesta era clara, pero no satisfacía mis

deseos, no me daba la paz... Así como la Magdalena, postrándose de continuo junto al sepulcro vacío acabó por hallar lo que buscaba, así también, abajándome yo hasta el fondo de mi nada, me elevé tan alto que pude alcanzar mi fin...

"Sin desanimarme, proseguí la lectura y hallé esta frase que me consoló: "Buscad con desnudo los dones más perfectos, pero yo voy a mostraros aún una vía más excelente". Y el Apóstol explica cómo todos los dones más perfectos no son nada sin el Amor... Que la caridad es la vía excelente que lleva con certeza a Dios. Por fin, había dado con la paz. Considerándolo el cuerpo místico de la Iglesia, no me había yo reconocido en ninguno de los miembros descritos por San Pablo, o, por mejor decir, quería reconocerme en todos. La caridad me dió la clave de mi vocación. Comprendí que si la Iglesia tenía un cuerpo compuesto de diferentes miembros, no podía faltarle el más necesario, el más noble de todos. Comprendí que la Iglesia tenía un corazón y que este corazón estaba inflamado en amor. Comprendí que sólo el amor hacía obrar a los miembros de la Iglesia, que si el amor se extinguiese, los Apóstoles no anunciarían ya el Evangelio, los mártires rehusarían derramar su sangre... Comprendí que el AMOR era el resumen de todas las vocaciones, que el Amor lo era todo, que él abarcaba todos los tiempos y todos los lugares, en una palabra, que Él es Eterno... Entonces, en el exceso de mi júbilo liberador, exclamé: ¡Oh Jesús, mi Amor... mi vocación, por fin, la he encontrado: es el amor!...

"Sí, he encontrado mi puesto en la Iglesia, y este puesto, oh Dios mío, eres Tú quien me lo has señalado... En el Corazón de la Iglesia, mi Madre, yo seré el amor... Y así lo seré todo... ¡Así mi sueño se habrá realizado!"

Tales acentos son únicos. Han brotado al soplo del Espíritu de Amor. Es el estilo inconfundible del Espíritu Santo. No es raro, sin embargo, hallar un eco de estos mismos sentimientos en las almas de nuestros militantes, de nuestros sacerdotes, de contemplativos enclaustrados pero de vastos horizontes internos, de miembros de Ins-

titutos seculares, cuya vida oscura y humilde, consagrada toda ella a Dios, se gasta en medio del mundo, al servicio de Cristo y de su Iglesia.

El don de fortaleza se manifiesta también en la vida de los santos bajo otro aspecto aún más fundamental: el espíritu de sacrificio llevado hasta el heroísmo. Este heroísmo, a su vez, puede presentar una doble forma: el heroísmo de lo pequeño y el heroísmo de lo grande.

No es necesario que el Espíritu de fortaleza aparezca con exterioridades deslumbrantes. Almas santísimas pueden pasar desapercibidas en su propio medio de existencia. Tal fue el caso de la Sagrada Familia en Nazaret y de una muchedumbre de santos cuyas heroicas virtudes permanecerán ignoradas hasta el día del juicio: "Vuestra vida está toda escondida con Cristo en Dios. Cuando se manifieste Cristo, vuestra vida, entonces también os manifestaréis gloriosos con Él".⁶⁵ Hasta los santos más carismáticos caminan habitualmente en medio de los demás hombres, mezclados sin distinción a sus alegrías y sufrimientos, envueltos en sus flaquezas y vanidades, sin otro testimonio de su secreta grandeza que el Espíritu de Dios.

Esta fidelidad en las cosas más pequeñas y hasta la menor tilde, sin espíritu cicatero pero sin descaecer, con el máximo amor, no se explica sino por la presencia de la Fuerza misma de Dios. Cumplir perfectamente todos sus deberes cotidianos y siempre, aumentando de continuo en santidad, es superior a las fuerzas humanas; esta forma de heroísmo del Espíritu de fortaleza es sólo a la medida de Dios. Una Teresita de Lisieux pudo afirmar de sí: "Desde la edad de tres años, nunca le he rehusado nada al Buen Dios". ¿Es de extrañar que la Iglesia la haya canonizado?

Pero el Espíritu de fortaleza no despliega toda su grandiosa virtud más que en los indescriptibles sufrimientos físicos y morales, a imitación de Cristo: "Si alguien quiere venir en pos de Mí, tome a diario su cruz y sígame".⁶⁶ Y esto es lo que hacen esos seres

65. Col 3, 3-4.

66. Mc 8, 34.

privilegiados, llamados a participar más íntimamente en la misión redentora de Cristo y a ser crucificados con Él para los mismos fines de la salvación de las almas y de glorificación del Padre. La hagiografía cristiana acumula aquí los testimonios y los ejemplos. Las Actas de los mártires siguen a las de los Apóstoles. La historia de la Iglesia es una historia de persecuciones. Todavía hoy, tras las de Méjico y España, vienen las del régimen de la Rusia soviética, las de la China comunista, las de los países totalitarios de los "sin Dios", y, por lo demás, las provocaciones, las injusticias, las oposiciones de todas las potencias del mal. La Iglesia es crucificada por doquier. "No ha de ser más el discípulo que su Maestro." ⁶⁷ — "Como me han perseguido a Mí, os perseguirán a vosotros." ⁶⁸ Pero "tened confianza, que Yo he vencido al mundo". ⁶⁹

La Iglesia lo sabe: para ser glorificada con Cristo, ha de ser primero crucificada con Él. Avanza, pues, crucificada, en medio de las naciones, animada de la infatigable caridad de Cristo, prosiguiendo sin doblegarse su misión iluminadora y salvadora, Apoyada en la misma Fuerza invencible de Dios.

7. *Espíritu de temor*

Los santos han pasado igual que nosotros por la tierra: entre las obscuridades de la fe, en medio de las dificultades diarias, pero con inquebrantable confianza en Dios: "Me glorí en mis debilidades para que resplandezca en mí la fuerza de Cristo". ⁷⁰ Ellos estaban persuadidos como San Pablo, de que "ni la vida, ni la muerte", ni las seducciones de los plácemes, ni las persecuciones de los hombres, ni las fuerzas invisibles del mal, "ni creatura alguna", "nada" podría separarles de Dios. El amor de Cristo les ha hecho triunfar de todo. ⁷¹

67. Lc 6, 40.

68. Io 15, 20.

69. Io 16, 33.

70. 2 Cor 12, 9.

71. Rom 8, 35-39.

Esta paradoja de una santidad heroica en seres frágiles prueba la omnipotencia del Espíritu de Dios. "El Espíritu Santo permanece con vosotros y está en vosotros."⁷² Su actividad multiforme se extiende a todo el actuar humano. Él esclarece nuestro entendimiento mediante sus dones intelectuales de inteligencia, ciencia, sabiduría y consejo. Él sostiene la voluntad mediante sus dones afectivos de piedad, fortaleza y temor. Él prolonga su acción purificadora y divinizante hasta las más íntimas profundidades de nuestra alma y de nuestro ser carnal. Él inspira todos nuestros pensamientos, todas las decisiones de nuestra voluntad. Él dirige, con sus iluminaciones y sus gracias, todas nuestras relaciones con Dios y con todas las creaturas del universo. Él pone en nuestras facultades espirituales y en nuestras potencias sensitivas el orden de la caridad y asegura en nuestros actos el triunfo de la gracia de Dios. El Espíritu Santo lleva a cabo esta obra concertadamente con el Padre y el Hijo.

El Espíritu de temor filial nos preserva de todo mal. Cristo y la Virgen eran seres inmaculados. Nosotros somos creaturas pecadoras. Los santos sabían por experiencia su debilidad personal, sus posibilidades de caer.

Este Espíritu de temor adopta diferentes formas según el temperamento de cada cual. David, adúltero y homicida, nos ha dejado en sus salmos penitenciales acentos de arrepentimiento que podrán apropiarse también muchísimos santos, pecadores convertidos:

"Apiádate de mí, ¡oh Dios!, según tu misericordia,
según la muchedumbre de tus piedades,
borra mi iniquidad.

Lávame más y más de mi malicia
y límpiame de mi pecado.

pues reconozco mis culpas,

y mi falta está siempre ante mí.

Contra Ti, sólo contra Ti he pecado,

he hecho lo malo a tus ojos...

Aspérgeme con hisopo, y seré puro;

72. *Io* 14, 17.

lávame, y emblanqueceré más que la nieve...
Crea en mí, ¡oh Dios!, un corazón puro...
No me arrojes de tu Presencia.
No quites de mí tu Santo Espíritu".⁷³

Las *Confesiones* de San Agustín abundan en estas mismas lamentaciones nacidas del arrepentimiento y del santo temor de Dios.

La Regla de San Benito nos ha dejado, en el duodécimo grado de humildad, la semblanza del monje perfecto que ha alcanzado la cima de la santidad evangélica, en una caridad consumada, pero que se mantiene siempre humilde ante Dios como el publicano. El Espíritu de temor está en la base de la espiritualidad monástica lo mismo que constituye el fondo del Evangelio: "Si no hicieréis penitencia, pereceréis todos".⁷⁴

Este temor filial no presenta la misma forma en un alma virgen que en un pecador convertido, pero su huella se encuentra en las almas de todos los santos. Hasta los ángeles "tiemblan" delante de Dios.

Así, el último de los dones del Espíritu Santo pone a toda creatura en la disposición más fundamental para elevar el edificio de la santidad: el convencimiento de nuestra nada en la presencia de Dios.

73. Ps 50.

74. Lc 13, 3.

El Dios de la Alianza del Sinaí se reveló en el Evangelio: Padre, Hijo y Espíritu Santo, Padre, Verbo y Amor, un solo Dios en Tres Personas, Dios único, no solitario sino Sociedad viva con un Hijo en un único Espíritu de Amor, llamando a entrar en la intimidad de su Familia divina a la muchedumbre de los ángeles y de los santos.

Unidad fecunda que ve brotar del seno del Padre al Dios, Hijo Único, Igual a El, Consustancial, no homogéneo con El sino "Uno" en la posesión de una misma Divinidad: "Mi Padre y Yo, somos Uno". El Verbo no viene de la nada. Emanado del Padre, de su Naturaleza Simple, "Luz de Luz, Engendrado, no creado, verdadero Dios procedente del Dios verdadero". Todo es luz en un solo

EPILOGO AL SOPLO DEL ESPÍRITU

El Espíritu Santo
es
el Sopro eterno de Dios.

En Dios: todo es Luz, Amor y Gozo. La infinitud de su Ser encierra todas las perfecciones. "Yo Soy Aquél que Es." "No hay más Dios que Yo." Él tiene por medida la inmensidad y la eternidad. Su Ser uniforme no conoce ni "antes" ni "después". Él es. — Pasado, presente efímero, futuro no existe para Él. Él es un eterno Presente, siempre idéntico a Sí mismo, sin disminución ni aumento de substancia, en la posesión total y simultánea de su Vida inmutable. "Yo soy el Existente eterno. Yo Soy Yavé."

Soplo de Amor de la Santísima Trinidad

El Dios de la Alianza del Sinaí Se reveló en el Evangelio: Padre, Hijo y Espíritu Santo, Padre, Verbo y Amor, un solo Dios en Tres Personas, Dios único, no Solitario sino Sociedad viva con un Hijo en un mismo Espíritu de Amor, llamando a entrar en la intimidad de su Familia divina a la muchedumbre de los ángeles y de los santos.

Unidad fecunda que ve brotar del seno del Padre un Dios, Hijo Único, Igual a Él, Consustancial, no haciendo con Él sino "Uno" en la posesión de una misma Divinidad: "Mi Padre y Yo, somos Uno". El Verbo no viene de la nada. Emanada del Padre, de su Naturaleza divina, "Luz de Luz, Engendrado, no creado, verdadero Dios procedente del Dios verdadero". Todo es luz en su Ge-

neración eterna por vía de inteligencia, de perfecto parecido con su Padre, "Efigie de su substancia y Esplendor de su gloria, sostiene el universo por su poderosa Palabra, que ha efectuado la purificación de todos los pecados; y, ahora, está sentado a la diestra de la divina Majestad, tan elevado por encima de los ángeles que Él ha recibido en herencia un nombre incomparablemente más grande", el de Hijo. ¿A cuál de entre los ángeles, en efecto, ha dicho Dios jamás: "Tú eres mi Hijo; hoy te he engendrado..."? — "Tu trono, oh Dios, subsiste por los siglos de los siglos..." — "Tú eres quien fundó en el principio la tierra, y los cielos son obra de tus manos. Ellos perecerán, pero Tú permaneces; ellos envejecerán como un vestido. Tú los plegarás como un manto, y cambiarán. Mientras que Tú eres siempre El mismo y tus años nunca declinan."

Con más vigor aún señala San Juan que este "Hijo Único del Padre" es su Verbo, su Pensamiento, su Palabra, su "Logos". "En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios y el Verbo era Dios." En el seno de la Santísima Trinidad, el Verbo es la Luz.

De esta Luz infinita brota en Dios un Amor infinito, no otro Dios, sino Otra Persona divina, distinta del Padre y del Hijo, procedente del Uno y del Otro como de un mismo Principio indivisible: un Dios no engendrado, sino "un Dios espirado", si se nos permite decirlo así, dimanante del Padre y del Hijo como su Espíritu de Amor. El Espíritu Santo procede Él también de la substancia viviente del Padre, no por vía de inteligencia, sino por vía de amor, de inclinación, de impulso afectivo. Él no es el Verbo, el Pensamiento, sino el Amor en Persona, el Don eternal del Padre y del Hijo. El Padre y el Hijo se aman en el Espíritu, Término viviente y subsistente de su eterno Amor, Viva Llama que les une en un Fuego incandescente. ¡Misterio inescrutable éste de la doble fecundidad de la vida divina, que engendra un Verbo en la Luz y espira un Espíritu de Amor en quien se consuma la infinita comunicación de una misma Naturaleza divina en la Unidad de la Trinidad! El Espíritu Santo es este Amor personal del Padre y del Hijo, en

Él tienen su prototipo eterno todas las leyes y todas las formas del amor, todos sus recursos y todos sus goces: amor de complacencia del Padre en el Hijo y del Hijo en el Padre, amistad ideal en la que el Padre le da a su Hijo todo cuanto tiene y todo cuanto Él Es, y el Hijo, a su vez, refluye hacia Él en esplendor, como su Imagen viviente, comunicación total a su Espíritu de las infinitas riquezas de la Esencia divina, realización suprema del "vivir juntos" de la amistad hasta la Unidad. El Verbo es la única Luz de los Tres, así como el Espíritu su único Amor. El Espíritu Santo es el Sople de Amor de la Santísima Trinidad.

Soplo creador

En comparación con la emanación eterna de un Dios Verbo "en el seno del Padre" y de un Dios-Amor procedente de la substancia viva del Padre y del Hijo, todo el surgir de las creaturas y la historia toda del universo no es más que juego de niños, pura nada ante Dios. Sin embargo, la creación del mundo es una prolongación, en el tiempo, de esta doble emanación eterna. Dios no se conoce a Sí mismo ni nos conoce a nosotros sino en su Verbo; Dios no se ama ni nos ama más que en el Espíritu Santo. El mismo Sople de dilección infinita, que anima *ad intra* a las Tres divinas Personas, se extiende también sobre la inmensidad del cosmos y sobre el átomo más diminuto. La Santísima Trinidad se ama a Sí y nos ama a nosotros en un mismo Espíritu de Amor.

Este Amor explica toda la acción de Dios *ad extra*. Dios crea por amor. Redime y salva por amor. Glorifica por amor. Ningún ser es rico más que en la medida en que Dios se inclina sobre él con amor. Todas las realidades visibles e invisibles se sitúan en la jerarquía de los valores según el grado de complacencia que les testimonia el Dios de Amor. Los seres más ricos, los más santos, los más perfectos, son los más amados. El amor de Dios es esencialmente creador. "Dios no conoce las cosas porque éstas son, sino que son porque Dios las conoce", observaba San Agustín. Dios no ama a los seres

porque existen, sino que existen porque Dios les ama y en la medida en que los ama. El Padre, el Verbo y el Espíritu se inclinan sobre cada uno de nosotros al Sople de un mismo Amor creador y divinizador. La Biblia está llena de las maravillas operadas por Dios, desde el origen, con un Sople amoroso. El Espíritu de Dios, que "se cernía sobre las aguas" al comienzo del mundo, sigue realizando aún todas las obras de Dios en el universo de la creación, de la gracia y de la gloria. Dios mantiene el mundo fuera de la nada mediante el Espíritu Santo, por su Sople creador.

Sople de santidad

El universo de la creación es superado infinitamente por el universo de la gracia. El hombre no es ya una simple creatura, sino que se convierte en hijo de Dios, a semejanza del Hijo Unigénito del Padre: "Ved qué amor nos ha mostrado el Padre: hasta querer que seamos, no sólo de nombre sino realmente, hijos suyos".¹ "Al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la Ley, para redimir a los que estaban sometidos a la Ley, de suerte que recibiésemos la adopción. Y por ser hijos envió Dios a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo, que nos permite decir: ¡Abba, Padre!"² Tal es el plan eterno de Dios: "Él nos predestinó a ser conformes con la imagen de su Hijo, para que Éste sea el Primogénito entre muchos hermanos".³

Esta obra de divinización y de salvación la realiza en nosotros el Espíritu Santo: "Los que son movidos por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios. ...El Espíritu en Persona da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios".⁴ Así, Dios nos "ha hecho partícipes de la divina naturaleza".⁵ Para nosotros, ya, no ser más que hombres es decaer. Estamos llamados a vivir "en

1. *1 Io* 3, 1.

2. *Gal* 4, 4-6.

3. *Rom* 8, 29.

4. *Rom* 8, 14-16.

5. *2 Petr* 1, 4.

comunión con el Padre y con su Hijo Jesucristo",⁴ impulsados por el Sopro mismo de la santidad de Dios. Debemos vivir en la tierra a imitación del Hijo, en la intimidad del Padre, bajo los impulsos de un mismo Espíritu. Para realizar este programa, Dios Padre envía continuamente a su Hijo a nuestras almas para comunicarnos su Luz, y a su Espíritu para hacernos comunicar con su vida de Amor. Las invisibles misiones del Verbo y del Espíritu Santo nos introducen y nos conservan dentro del ciclo de la Vida trinitaria, para allí "consumarnos" más y más, por la gracia, "en la unidad".

Toda la función que el Espíritu Santo desempeña en cada uno de nosotros consiste en "formar a Cristo en nuestras almas", desde la primera gracia divinizadora, la del bautismo, hasta las más elevadas alturas de la unión transformante, pasando por todas las crucifixiones de la vida. "El Hijo" sigue siendo el Modelo único. Los justos del Antiguo Testamento y los santos del Evangelio están llamados a reproducir los rasgos de su Salvador, a convertirse, a los ojos del Padre, en imágenes de Cristo. Tal es la misión del Espíritu Santo en la Iglesia: modelarnos a imagen del Hijo para ser como Él y en Él la alabanza de gloria al Padre. La multitud de los ángeles y de los santos se jerarquiza en torno a Cristo para entrar con Él, al Sopro de un mismo Espíritu, en el movimiento de gracia de su divina Filiación, dentro de la Trinidad.

Soplo eterno de Dios

La historia del mundo culminará en la visión del Verbo, en Aquél que es la Luz eterna, el Pensamiento Único del Padre, su Palabra substancial, su Arte Creador y Recreador del universo por vía de Redención, su Hijo Amadísimo en quien encuentra Él una felicidad infinita. Llegará un día en el que este Verbo se nos aparecerá Cara a cara, como la Claridad iluminadora de nuestra vida eterna, cuando, en la luz de gloria, nosotros nos convertiremos también en Dios por el Pensamiento. Tam-

bién nosotros, como el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, lo veremos todo en el Verbo y en la irradiación de su gloria. ¿No nos dejó Jesús mismo esta suprema esperanza? "Padre, que allí donde Yo esté estén ellos conmigo, para que contemplen la gloria que Tú me has dado, porque Tú me amaste desde antes de la creación del mundo."⁷ Cuando este mundo se termine, todo se consumará en el Verbo, a quien contemplaremos sin velos, sin intermediarios, sin imágenes creadas, en el Pensamiento mismo del Padre, numéricamente el mismo, en su Hijo que es su Pensamiento Increado, en este Verbo que estaba en el principio junto al Padre, por quien Dios lo creó todo y sin el cual nada existe. En nuestra visión de Dios no habrá ya ni "antes" ni "después", sino una contemplación deiforme y eterna en la beatífica "visión de paz" de la Trinidad inmutable. Seremos Dios como Dios, no por identidad de substancia ni en la igualdad de las Personas, sino en la participación de una misma naturaleza divina, por la gracia, según nuestro grado de amor aquí abajo. Las sombras de la tierra habrán cesado para siempre. Veremos a Dios en su propia Luz. "Lo que somos no aparece todavía; pero sabemos que cuando se manifieste", comprenderemos hasta qué punto "seremos semejantes a Él", como los hijos a su Padre, "cuando le veamos tal como Él es".⁸

Le contemplaremos en este Verbo que emana del Padre por Generación eterna y que es, con Él, el Principio indisociable del Espíritu, de este Espíritu Santo que procede de la Substancia Viva del Padre, pero también de su propia Substancia de "Verbo que espira el Amor". Allí terminará la historia del mundo, cuando el último de los elegidos entre por la visión en la posesión definitiva de Dios. "Entonces Dios será Todo en todos."⁹ En cada uno de nosotros, "el Verbo espirará el Amor", y todos los elegidos, "consumados en la unidad" de la Trinidad, verán a Dios Cara a cara en el Verbo, amarán a Dios en el Espíritu Santo y cantarán a Dios en el Hijo, al Sopro del Eternal Amor,

7. *Io* 17, 24.

8. *1 Io* 3, 2.

9. *1 Cor* 15, 29.

INDICE

PRESENTACION	7
INTRODUCCION	9
El tratado de los dones del Espíritu Santo	9
Nuestro guía: Santo Tomás de Aquino	11
Plan y método	18
<i>Primera Parte</i>	
LA FE EN BUSCA DE DOCUMENTOS	
«Fides quaerens documentum»	
CAPÍTULO PRIMERO:	
EL ESPIRITU SANTO EN LA VIDA ESPIRITUAL	27
I. DATOS BÍBLICOS	27
1. El soplo de Yavé	27
2. El anuncio del Espíritu	29
3. Pentecostés	33
4. El Espíritu Santo en la Iglesia primitiva	36
II. LA TRADICIÓN PATRÍSTICA	41
San Ignacio de Antioquía — San Ireneo — San Cirilo de Jerusalén — San Atanasio — San Cirilo de Alejandría — San Ambrosio — San Agustín	42-47
III. LA TEOLOGÍA MEDIEVAL: SANTO TOMÁS DE AQUINO	47
1. <i>La Acción del Espíritu Santo en el universo</i>	47
1. Creación del mundo	48
2. Ordenación del universo	48
3. Conducción del mundo	48
4. Gobierno del universo	49
5. Principio de vida	49
2. <i>Acción del Espíritu Santo en las almas</i>	49
A. <i>LOS DONES DE DIOS AL ALMA</i>	50
1. El don del Espíritu Santo en su similitud creada: la caridad	50

INDICE

2. La Presencia personal, inmediata, substancial del Espíritu Santo mismo en el alma. Consecuencias:	51
3. Inhabitación de toda la Trinidad en el alma	52
4. Mutuo descanso de Dios en nosotros y de nosotros en Dios	52
5. Revelación de los secretos divinos	53
6. Comunicación de todas las riquezas de Dios	54
7. La transformación del alma en Dios y de su fruición de la beatitud divina	54
8. La adopción filial	55
9. La obra de purificación del Espíritu Santo	56
B. <i>LAS REACCIONES DEL ALMA EN SU ASCENSO HACIA DIOS</i>	57
1. Contemplación de Dios	58
2. Amor y alegría en Dios	59
3. Cumplimiento de todos los preceptos	59
4. Libertad del amor	60
IV. EL TESTIMONIO DE LOS MÍSTICOS: SAN JUAN DE LA CRUZ	61
La Subida al Monte Carmelo — La Noche oscura — El Cántico espiritual — La Llama Viva de amor	62-68
V. EL MAGISTERIO ECLESIASTICO	68
Un documento capital: la encíclica <i>Divinum illud munus</i> , sobre el Espíritu Santo: el Espíritu Santo continuador de la obra de Cristo — El Espíritu Santo en la Trinidad — Apropiaciones trinitarias — El Espíritu Santo y la humanidad de Cristo — El Espíritu Santo y el cuerpo místico — El culto al Espíritu Santo: Conocerle, Amarle, Invocarle, Obediencia al Espíritu Santo	69-80
VI. EL ESPÍRITU SANTO Y LA UNIDAD DE LA IGLESIA	80
1. <i>El Espíritu Santo: alma de la Iglesia</i>	81
2. <i>Unidad de Persona</i>	86
3. <i>Unidad de Pensamiento</i>	93
4. <i>Unidad de Amor</i>	96
5. <i>Unidad de Acción</i>	98
1. La acción primordial de la Trinidad	99
2. La mediación universal de Cristo	101
3. La acción maternal de María	106
4. La función de la jerarquía	107
5. La colaboración de los fieles	109
6. El construir juntos la Ciudad de Dios	109
6. <i>Unidad de sacerdocio</i>	110
7. <i>Unidad de la familia de Dios</i>	113
8. <i>En la unidad de la Trinidad</i>	113

INDICE

Segunda Parte

LA FE EN BUSCA DE ENTENDER

«Fides quaerens intellectum»

Sección 1.ª: LOS DONES EN GENERAL

CAPÍTULO II:

LOS DONES EN GENERAL	117
I. EL ESPÍRITU SANTO Y SUS DONES	118
II. NATURALEZA DE LOS DONES DEL ESPÍRITU SANTO	121
1. Del lado de Dios	121
2. Del lado del hombre	130
III. EL «SACRO SEPTENARIO»	137
IV. PROPIEDADES DE LOS DONES	145
1. Propiedad fundamental: el modo deiforme	145
2. Las otras propiedades:	148
a. Nada de «justo medio»	148
b. Conexión y sinergia	149
c. Ayuda mutua y armonía	151
V. ESTUDIO COMPARADO	154
Los dones y las virtudes	154
VI. LOS DONES Y LAS ETAPAS DE LA VIDA ESPIRITUAL	158

Sección 2.ª: LOS SIETE DONES

CAPÍTULO III:

EL DON DE LA INTELIGENCIA	167
Introducción a los dones intelectuales	167
I. EXISTENCIA DEL DON DE INTELIGENCIA	170
II. NATURALEZA DEL DON DE INTELIGENCIA	171
El don del descubrimiento y de la intuición de las verdades primordiales.	
Dos fases, seis pasos del espíritu, un acto supremo:	
A. DOS FASES:	
1. Fase primera, de actividad preliminar: la aprehensión de las esencias y de las nociones (análoga a la primera operación de la mente)	173
2. Fase segunda, de actividad esencial: la intuición de los principios del orden sobrenatural (análoga a la segunda operación de la mente)	175
B. SEIS PASOS DEL ESPÍRITU PARA LLEGAR A LA ESENCIA DE LAS COSAS	177
1. Primer paso: a través de los accidentes aprehender las substancias	177

INDICE

2. Segundo paso: bajo las palabras, las realidades que expresan	178
3. Tercer paso: el sentido de las figuras y de los símbolos	180
4. Cuarto paso: el descubrimiento del mundo invisible	180
5. Quinto paso: a través de los efectos, percibir las causas	181
6. Sexto paso: en las causas, entrever los efectos	182
C. SU ACTO SUPREMO: LA INTUICIÓN NEGATIVA Y OSCURA DE DIOS	183
III. SUS DOS FUNCIONES	184
Contemplación y acción	184
IV. SUS DOS FUENTES DE INSPIRACIÓN	185
Dios y nuestro amor	185
V. SU PROPIEDAD BÁSICA	187
Su modo deiforme	187
VI. ESTUDIO COMPARADO	187
1. Con la virtud de la fe	188
2. Con los otros dones	189
3. Con las bienaventuranzas evangélicas	190
4. Con los frutos del Espíritu Santo	191
VII. LOS PECADOS CONTRA LA LUZ	191
1. El enturbiamiento de la inteligencia	192
2. La ceguera del espíritu	192
VIII. LA FUNCIÓN DE LA INTELIGENCIA EN LA VIDA ESPIRITUAL ...	193
El sentido de lo divino	193
CAPÍTULO IV:	
EL DON DE CIENCIA	197
I. LA «CIENCIA DE LOS SANTOS» (Existencia)	197
II. EL DOBLE ASPECTO DEL DON DE CIENCIA (Naturaleza)	199
1. Su aspecto principal: las creaturas, reveladoras de Dios ..	199
2. Aspecto secundario: las creaturas, ocasión de pecado ..	203
III. SUS DOS FUNCIONES (División)	205
1. Función principal: la contemplación de las obras de Dios	205
2. Función secundaria: la dirección eminente de la acción ..	206
IV. SUS DOS FUENTES (Causa eficiente)	207
1. Fuente principal: la inspiración divina	207
2. Fuente secundaria: los instintos de la caridad	207
V. SU MODO DEIFORME	208
VI. ESTUDIO COMPARADO	209
1. Don de ciencia y virtud de fe	209
2. Don de ciencia y los demás dones	209
3. Don de ciencia y la beatitud de las lágrimas	211
VII. UN PECADO CONTRA LA LUZ	212

INDICE

La ignorancia de las cosas divinas	212
VIII. LA FUNCIÓN DEL DON DE CIENCIA EN LA VIDA ESPIRITUAL ...	214
El sentido de las creaturas	214
 CAPÍTULO V:	
EL DON DE SABIDURIA	217
I. LA SABIDURÍA CRISTIANA	217
Las tres sabidurías	222
II. ESENCIA INTELECTUAL DEL DON DE SABIDURÍA	224
Una sabiduría intelectual	224
III. FUNCIÓN PRIMORDIAL Y ESPECIFICADORA DEL AMOR	226
Una sabiduría amorosa	226
IV. DOS FORMAS DEL DON DE SABIDURÍA	234
Sabiduría contemplativa y sabiduría de acción	234
V. SU MODO DIVINO	235
Una sabiduría deiforme	235
VI. ESTUDIO COMPARADO	237
1. El don de Sabiduría y la virtud de la fe	238
2. Función arquitectónica del don de sabiduría	239
3. Don de Sabiduría y experiencia mística	240
<i>Un problema crucial</i>	240
<i>Las verdaderas perspectivas del problema</i>	242
<i>El mejor método</i>	244
<i>Dos aspectos fundamentales de la experiencia mística</i> ...	248
A. La acción primordial de Dios	248
B. Las reacciones del alma	251
VII. SABIDURÍA Y LOCURA	261
 CAPÍTULO VI:	
EL DON DE CONSEJO	267
I. SU REVELACIÓN	268
II. SU NATURALEZA	270
III. SU CAMPO DE ACCIÓN	272
IV. SU MEDIDA DIVINA Y SU MODO DEIFORME	275
V. SU LUGAR EN EL ORGANISMO SOBRENATURAL	277
VI. VICIOS OPUESTOS	279
VII. LA BIENAVENTURANZA CORRESPONDIENTE	281
VIII. SU FUNCIÓN EN LA VIDA ESPIRITUAL	282
 CAPÍTULO VII:	
EL DON DE PIEDAD	287
I. SU LUGAR EN EL ORGANISMO SOBRENATURAL	287
II. FORMAS BÍBLICAS DEL DON DE PIEDAD	288
III. NATURALEZA DEL DON DE PIEDAD	292
IV. EJEMPLARIDAD DIVINA Y MODO DEIFORME	294

INDICE

V. ESTUDIO COMPARADO.....	296
1. Don de Piedad y virtudes teologales.....	297
2. Don de Piedad y vida de oración.....	298
3. Don de Piedad y virtudes morales.....	300
4. El don de Piedad y los demás dones.....	301
VI. VICIOS OPUESTOS.....	302
1. Una actitud demasiado familiar.....	302
2. Una excesiva rigidez.....	303
VII. SU FUNCIÓN EN LA VIDA ESPIRITUAL.....	304
Don de Piedad y espíritu de adopción.....	304
 CAPÍTULO VIII:	
EL DON DE FORTALEZA.....	307
Una virtud cristiana desconocida.....	307
I. DATOS BÍBLICOS SOBRE EL DON DE FORTALEZA.....	307
II. NATURALEZA DEL DON DE FORTALEZA.....	309
III. EXTENSIÓN DEL DON DE FORTALEZA.....	311
IV. SU MODO DEIFORME.....	312
V. ESTUDIO COMPARADO.....	314
1. El don de fortaleza y las demás virtudes.....	314
2. El don de fortaleza y los demás dones.....	315
VI. VICIOS OPUESTOS.....	315
VII. SU FUNCIÓN EN LA VIDA ESPIRITUAL.....	316
 CAPÍTULO IX:	
EL DON DE TEMOR.....	321
Una actitud religiosa fundamental.....	321
I. EL ESPÍRITU DE TEMOR (Su existencia).....	321
II. NATURALEZA DEL DON DE TEMOR.....	324
1. El temor mundano.....	325
2. El temor servil.....	325
3. El temor inicial.....	326
4. El temor filial.....	326
5. Esencia del don de temor.....	327
III. SU AMPLITUD UNIVERSAL.....	328
IV. SU MODO DEIFORME.....	329
V. ESTUDIO COMPARADO.....	330
1. El don de temor y las virtudes cristianas.....	330
2. El don de temor y los demás dones.....	332
VI. VICIOS OPUESTOS.....	332
1. La presunción.....	333
2. Descorazonamiento.....	333
3. Obliteración del sentido del pecado.....	334
VII. SU PAPEL DE FUNDAMENTO DE LA VIDA ESPIRITUAL.....	335

INDICE

Tercera Parte

LA FE EN SUS APLICACIONES CONCRETAS

«Fides quaerens exemplum»

CAPÍTULO X:

LOS DONES DEL ESPÍRITU SANTO EN CRISTO, EN LA VIRGEN Y EN LOS SANTOS

339	
I. EL JUEGO DE LOS DONES EN CRISTO	340
1. Espíritu de sabiduría	341
2. Espíritu de inteligencia	342
3. Espíritu de ciencia	346
4. Espíritu de consejo	347
5. Espíritu de piedad	348
6. Espíritu de fortaleza	352
7. Espíritu de temor	355
II. EL JUEGO DE LOS DONES EN LA MADRE DE CRISTO	357
1. Espíritu de inteligencia	360
2. Espíritu de sabiduría	362
3. Espíritu de ciencia	364
4. Espíritu de consejo	366
5. Espíritu de piedad	367
6. Espíritu de fortaleza	369
7. Espíritu de temor	371
III. EL JUEGO DE LOS DONES EN LOS SANTOS	372
1. Espíritu de inteligencia	373
2. Espíritu de ciencia	375
3. Espíritu de sabiduría	377
4. Espíritu de consejo	379
5. Espíritu de piedad	383
6. Espíritu de fortaleza	386
7. Espíritu de temor	391

EPÍLOGO

AL SOPLO DEL ESPÍRITU	395
Soplo de Amor de la Santísima Trinidad	395
Soplo creador	397
Soplo de santidad	398
Soplo eterno de Dios	399
INDICE	401



COLECCIÓN PELÍCANO

Otros títulos publicados

FILOSOFÍA CRISTIANA

(4ª edición)

José María de Torre

*INICIACIÓN A LA LITURGIA DE LA
IGLESIA*

(2ª edición revisada)

José A. Abad y M. Garrido

ANTOLOGÍA DE TEXTOS

(11ª edición)

Francisco Fernández-Carvajal

*COMPENDIO DE TEOLOGÍA ASCÉTICA
Y MÍSTICA*

(2ª edición)

Adolphe Tanquerey

LOS PADRES DE LA IGLESIA

(3ª edición)

Enrique Moliné

*LAS TRES EDADES DE LA VIDA
INTERIOR*

TOMOS I Y II (8ª edición)

Réginald Garrigou-Lagrange

COMPENDIO DE TEOLOGÍA MORAL

Aurelio Fernández

ANTROPOLOGÍA Y MORAL

José Antonio Sayés

EL MATRIMONIO. TEOLOGÍA Y VIDA

Antonio Miralles